



DESCRIPCIÓN Y POBLACIÓN DE LAS INDIAS

POR FR. REGINALDO DE LIZÁRRAGA

CAPÍTULO I.

DE LA DESCRIPCIÓN DEL PERÚ.— DE QUÉ GENTE PROCEDEN
LOS INDIOS

Lo más dificultoso de toda esta materia es averiguar de qué gentes proceden los indios que habitan estos larguíssimos y anchíssimos reinos; porque como no tengan escrituras, ni ellos ni nosotros sabemos quiénes fueron sus predecesores ni pobladores destas tierras, mucha parte dellas despobladas ó por la destemplanza de el calor ó por el demasiado frío, ó por los médanos de arena y llanos estériles por la falta de las aguas. Porque afirmar lo que dice Platón en el libro que intituló Dimeo, que desembocando por el estrecho de Gibralthar en el mar océano, no muy lejos de la tierra firme, se descubría una isla mayor que la Europa y toda la Assia, que contenía en sí diez reinos, la cual con una inundación del mar toda se anegó y destruyó, de tal manera que no quedó más ras-

tro della sino el mar ancho que hay por ventura desde el Cabo Verde al Brasil. Lo cual no es creíble, por no se hallar en ningún autor mención dello, ni es posible. Lo que parece se puede rastrear de los primeros genitores de estos indios descubiertos desde las primeras islas: Deseada, Mari-galante, Dominica, y las demás, Santo Domingo, Cuba, Habana, Puerto Rico y la tierra firme, Reino de México y del Perú, es llegarnos á lo que dice Floriano de Ocampo en la *Historia General* que comenzó de España, que es lo siguiente:—“Que cuando los carttagineses eran señores de alguna parte del Andalucía, desembocando con temporal por el estrecho de Gibraltar ciertos navíos de los carttagineses, se derrotaron hasta el occidente, corriendo la derrota que ahora se navega por aquel mar ancho, y no pararon hasta no descubrir unas islas, que por ventura son las arriba referidas. Y viéndolas tan fértiles y pobladas de arboledas, ríos y sábanas, que son llanos abundantes de yerba como de vegas de pastos, los más allí se quedaron; volvieron los otros á Cartago, los cuales proponiendo en el Senado lo que habían descubierto y la fertilidad de la tierra, convenía poblar aquellas islas despobladas. Empero, por los senadores carttagineses fué acordado por entonces se dejase de tratar de aquello, mandando con mucho rigor, nadie volviese á aquellas islas, porque tenían por más importante el señorío y riqueza de nuestra España que poblar nuevas tierras. De estos pudo ser que navegando y buscando tierra firme diesen con ella, y dellos se poblasen estos reinos. Y esto no parece dificultoso de imaginar, porque los carttagineses que se quedaron en aquellas islas con algunos navíos (con algunos navíos se habían de quedar), con los cuales pudo ser que navegando para España ó buscando tierra firme se derrotaron y dieron en ella, que por lo menos en aquella derezera dista de las islas cien leguas, y más, y menos, como corre la costa, así de las islas como de la tierra firme. Porque el día de hoy, como me refirió un español que estuvo preso y cautivo en la Deseada, que los indios de ella en sus canoas, que son unas vigas más gruesas que un buey, de madera liviana, cabadas, largas y angostas, atraviesan á la tierra firme, á la Gobernación de Venezuela, cien leguas por mar, y más, cuando hay viento á la vela y cuando les falta,

á remo; guiándose de noche por las estrellas que tienen marcadas en aquel tiempo que es verano, donde el pobre remaba como cautivo, hasta que huyéndose al tiempo que las flotas nuestras vienen á Tierra Firme suelen aportar á la Deseada á tomar agua y leña. Fué su ventura buena que, á cabo de pocos días, después de huído y llegado al puerto, surgió la flota en él y le tomaron los nuestros. De día estaba escondido arriba en las copas de los árboles, que son muy grandes y altos, y muy coposos y de ramas espesas, y de noche descendía con no poco temor á buscar algunas raíces de él conocidas, ó algún poco de marisco para comer. Porque si sus amos le hallaran, como luego salieron en echándole menos en busca dél, sin duda le flecharan y luego se le comieran. Son todos estos indios caribes, que quiere decir comedores de carne humana, bien dispuestos de cuerpo, morenotes; así los varones como las mujeres, andan desnudos, como si vivieran en el estado de la inocencia: son grandes flecheros y muy ligeros, y el cuero del cuerpo por el mucho calor muy duro. Estas islas son abundantes de muchas víboras ponzoñosas y culebras muy grandes y gruesas, que llaman boas; tienen muchas aves de monte y críanse en ellas muchos venados". Lo que con mucha verdad podemos afirmar es, que no se sabe hasta hoy, ni en los siglos venideros naturalmente se sabrá, de qué hijos ó nietos ó descendientes de Noé los indios de todas estas islas ni tierra firme, ni de México, ni del Perú hayan procedido.

CAPÍTULO II.

DE LA DESCRIPCIÓN DEL PERÚ

Descendiendo en particular á nuestro intento, trataré lo que he visto, como hombre que allegué á este Perú más ha de 50 años (el día que ésto escribo), muchacho de 15 años con mis padres que vinieron á Quito, desde donde, aunque en diferentes tiempos y edades, he visto muchas veces lo más y mejor deste Perú. De allí hasta Potosí, que son más de 600 leguas, y desde allí al reino de Chile, por tierra, que hay más de 500, atravesando todo el reino de Tucumán y á Chile, que

me ha mandado la obediencia ir dos veces, ésta que acabo de decir y fué la segunda, y la primera por mar desde el puerto de la Ciudad de los Reyes. He dicho esto porque no hablaré de oídas sino muy poco, y entonces diré haberlo oído más á personas fidedignas; lo demás he visto con mis propios ojos, y como dicen palpado con las manos, por lo cual lo visto es verdad, y lo oído no menos. Algunas cosas diré que parecerá contra toda razón natural, á las cuales el incrédulo dirá: que de largas vías etc., más el tal dará muestras de su corto entendimiento, porque no creen los hombres sino lo que en sus patrias ven.

CAPÍTULO III.

Este reino, tomándolo por lo que habíamos los españoles, es largo y angosto: comienza (digamos) desde el puerto, ó por mejor decir playa, llamado Manta, ó por otro nombre Puerto Viejo. Llámase Puerto Viejo por un pueblo de españoles así llamado, que dista del puerto la tierra adentro, ocho á diez leguas. No lo he visto, pero sé es abundante en trigo y maíz y otras comidas de la tierra, de vacas y ovejas y es abundante de muchos caballos y no malos; el temple es caliente, aunque templado el calor. Cría la tierra muchas sabbandijas ponzoñosas; y con estar en la línea equinoccial, no es muy caluroso: los aires de la mar lo refrescan. Lluve en él, aunque no mucho.

Los indios de este puerto son grandes marineros y nadadores; tienen balsas de madera, livianas, grandes y sufren vela y remo, los remos son canales. Visten algodón, manta y camiseta. Desde este puerto en viendo los navíos que vienen la vuelta de tierra, salen con sus balsas, llevan refresco que venden, gallinas, pescado, maíz, tortillas bizcochadas. Tienen las narices encorvadas y algún tanto grandes. (Diré lo que ví porque pase por donaire). Cuando veníamos navegando cerca del puertto, llegó una balsa con refrescos, diósele un cabo; traía lo que tengo conferido: un criado de mis padres cantando algunas cosas desttas y no queriendo el indio, que el principal piloto era de la balsa (hablan un poco nuestra lengua) quebrar de la platta que pedía por el refresco, díjole:

“ Oh! qué pesado eres, no pareces sino indio ”. En oyendo esto el indio saltó del navío en su balsa y vira la vuelтта de tierra: ni por muchas voces que se le dieron para que volviese no lo quiso hacer; tan grande fué la afrenta que le hizo y tanto lo sintió.

CAPÍTULO IV.

DE LA PUNTA DE SANTA ELENA

Siguiendo la costta adelante, que toda ella desde la punta de Manglares, que sin duda hay más de 121 leguas, corre norte sur, está la punta llamada de Santa Elena. Tiene pocos ó ningunos indios el día de hoy. Cuando la ví y saltamos en ella eran muy pocos los que allí vivían. En esta punta, aunque es playa, suelen surgir los navíos que vienen de Panamá; toman agua y algún refresco. Hubo aquí antiguamente gigantes y los naturales decían no saber dónde vinieron. Sus casas tenían tres leguas más abajo del surgidero hechas á dos aguas, con vigas muy grandes. Yo ví allí algunas traídas en balsas para hacer un tambo, que allí labraba el encomendero de aquellos indios, llamado Alonso de Vera y del Peso, vecino de Guayaquil.

Ví también una muela grande de un gigante, que pasaba diez onzas y más; refieren los indios por tradición de sus antepasados, que como fuesen advenedizos, no saben de dónde, y no tuviesen mujeres, las naturales no los aguardaban: dieron en el vicio de la sodomía, la cual castigó Dios enviando sobre ellos fuego del cielo y así se acabaron todos. No tiene este vicio nefando otra medicina.

Hay también en este puerto, no lejos del tambo, una fuente como de brea líquida, que mana, y no en pequeña cantidad, de la cual se aprovechan algunos navíos en lugar de brea, como se aprovechó el nuestro, porque viniéndonos anegando entramos en la bahía de Caraques, doblado el cabo de Pasao, ocho leguas más abajo de Manta, de donde se envió el bajel con ciertos marineros á esta puntta por esta brea (creo se llama Copey) y traída, se descargó todo el navío. Diósele lado y con el Copey cocido para que se espesase más

brearon el navío, y saliendo de allí navegamos sin tanto peligro. Dícese es boníssimo remedio para curar heridas frescas, como no haya rottura de nervio.

CAPÍTULO V.

DEL PUEBLO DE GUAYAQUIL

De aquí por mar en balsas se vá al segundo pueblo de españoles, no sé las leguas que hay, doblando esta punta, á Santiago de Guayaquil, y también se camina por tierra llana y en tiempo de agua es cenegosa.

Este pueblo Santiago de Guayaquil es muy caluroso por estar apartado de la mar. Tiene mal asiento por ser edificado en terreno alto, en figura como de silla estradiota, por lo cual no es de cuadrar; ni tiene plaza sino muy pequeña, no cuadrada por la una parte, y por la otra deste cerro tiene la ribera de un río grande y caudaloso, navegable; empero, no se puede entrar en él sino es con creciente de la mar, ni salir si no es en menguante, tanta es la velocidad y violencia del agua creciendo ó menguando. Críanse en las casas muchas sabandijas, cuales son culebras y alguna víbora, sapos muy grandes, ratones en cantidad. Están cenando, y en las camas y véense las culebras correr por el techo tras el ratón, que son como las ratas de España. Al tiempo de las aguas, infinitos mosquitos, infinitos zancudos cantores, de noche infintísimos, no dejan dormir. Otros pequeños que de día solamente pican llamadas rodadores, porque teniendo llena la barriga como no pueden volar, déjanse caer rodando en suelo, y otros, y los peores y más pequeños, que se llaman jejenes y comejenes importunísimos, métense en los ojos y donde pican dejan escociendo la carne por buen rato, como pequeña comezón.

Es pueblo de contratación por ser el puerto para la ciudad de Quito y por se hacer en él muchos y muy buenos navíos, y por las sierras de agua que tienen las montañas el río arriba, de donde se lleva á la Ciudad de los Reyes mucha y muy buena madera. Tiene otras excelencias notables, la primera la carne de puerco es aquí saludable; las aves bonísi-

mas y sobre todo el agua del río, particularmente la que se trae de Guayaquil el viejo, que es donde se pobló este pueblo. Van por ella en balsas grandes en una marea y vienen en otra. Dicen esta agua corre por encima de la zarzaparrilla, yerba ó bejuco notísimo en todo el mundo por sus buenos efectos para el mal grande, ó bubas por otro nombre, las cuales se verán aquí mejor que en parte de todo el Orbe y sana muy en breve los pacientes, dejándoles la sangre tan purificada como si no hubieran sido tocados de esta enfermedad, con sólo tomarla por el orden que aquí se les manda guardar. Empero, si no se guardan por lo menos 6 meses, tornan á recaer. Yo ví un hombre gajo en un valle, distrito de Quito, llamado Riobamba, que no podía comer con sus manos y lo pusieron en una hamaca para llevarlo á que se curase en este pueblo, y dentro de seis meses le ví en los Reyes tan sano como si no hubiera tenido enfermedad alguna; y otros he visto volver sanísimos, suficiente excelencia para contrapeso de plagas referidas. No se dá trigo en este pueblo, mas dáse maíz muy blanco y el pan que de él se hace es mejor y más sabroso que el de nuestro trigo. Dánse muchas naranjas y limas y frutas de la tierra en cantidad, buenas y sabrosas, y la mejor de todas ellas son las llamadas badeas por nosotros. Son tan grandes como melones; la cáscara verde, la carne (digamos) blanca, no de mal sabor; dentro tiene unos granillos, pero menores que garbanzos, con un caldillo que lo uno y lo otro comido sabe á uvas moscateles; las más finas es regalada comida.

Por este río arriba se sube en balsas para ir á la ciudad de Quito, que dista deste pueblo 60 leguas en la tierra, y tierra fría, las veinte y cinco por el río arriba, las demás por tierra. Al verano se sube en cuatro ó cinco días; al invierno en ocho cuando en menos tiempo, porque cerca de á mulo déjase la madre del río y delineándose sobre mano derecha á las sábanas, que son unos llanos muy grandes, llenos de carrizo, pero anegados del agua que sale de la madre del río; llévanse las balsas con botadores, porque el agua está embalsada y no corre: es cierto que si la tierra no fuera tan cálida y llena de mosquitos, causara mucha recreación navegar por estas sábanas. En ellas hay algunos pedazos de tierras altas, que son como islas, donde los indios tienen sus poblaciones con

abundancia de comidas y mantenimientos de los que son naturales á sus tierras, mucha caza de venados y puercos de monte, que tienen el ombligo en el espinazo; pavas, que son unas aves negras grandes, y estas coloradas y no malas al gusto. Hay también en estas islas tigres, no poco dañosos á los indios, y es cosa de admiración: en estas cabañas hay muchas casas ó barbacoas, por mejor decir, puestas en cuatro cañas de las grandes en cuadro, tan gruesas como un muslo y muy altas, hincadas en el suelo; tienen su escalera angosta por donde suben á la barbacoa ó cañiz donde tienen su cama y un toldillo para guarecerse de los mosquitos. Aquí duermen por miedo de los tigres; muchos de estos indios están toda la noche en peso sin dormir, tocando una flautilla, aunque la música, para nosotros á lo menos, no es muy suave. Estas barbacoas no sustentan más que una persona.

Todo este río, á lo menos en la madre que yo ví, es abundante de caimanes ó lagartos, que son los cocodrilos del río Nilo, muy grandes, de veinte y cinco pies de largo y dende abajo, conforme á la edad que tienen; encima del agua no parecen sino vigas, y son tantos que muchas veces ví á los indios que remaban y guiaban las balsas, darles de palos con los botadores para que nos dejasen pasar.

Y pues habemos venido á tratar de estos lagartos ó caimanes, será justo decir sus propiedades, las cuales yo he visto. Tienen la misma figura que un lagarto, pero tan largos como acabo de decir; son velocísimos en el agua; duermen en tierra y en ella son perezosísimos, y esto es necesario por ser de cuerpos tan grandes y de barriga anchos, los pies y manos cortos, el sueño es pesadísimo, por que lo que sucedió con uno destes, en Panamá, é yo le ví muerto en la playa, pasó así: que una mañana de San Juan se salieron tres mujeres enamoradas, las cuales ví en aquella ciudad, con sus hombres á lavarse al río, que es pequeño y cerca del pueblo. El tiempo es caluroso y de aguas por ser el invierno, aunque por San Juan suelen cesar por algunos días, y así se llama el veranillo de San Juan. Llegaron al río y en unas pozas entraron á bañar, en la cual se había un caimán quedado, que con una avenida se subió de la mar por el río arriba y como cesó la avenida no pudo volverse á la mar, donde hay muchos, que en este arroyo no se crían. El caimán esta-

ba durmiendo en tierra; bañáronse estas mujeres y saliendo una á enjugarse, pareciéndole peña el caimán dormido, sentóse encima de él una; y saliendo la otra llamóla, convidándola con la peña blanda. Salió la tercera y convidándola sentóse más hacia la cola, donde los caimanes tienen unas conchas agudas, y como se espinase con ellas, dijo: ¡Oh, qué espino-sa peña! y tentando con la mano (no era aún de día) levantó la cola del caimán y conociéndolo dió voces: ¡caimán! ¡caimán! Las demás levántanse no poco alborotadas; llamaron á sus hombres que se habían apartado un poco, el río abajo. Á las voces acudieron, y con sus espadas mataron al caimán antes que entrase en el agua. El mismo día por la mañana le trajeron unos negros arrastrando á la ciudad y lo pusieron en la plaza, donde todo el pueblo lo fué á ver. Conocí y traté á uno de los que iban con estas mujeres, que se halló presente, llamado Brachamonte, de quien y de otros oí lo referido. Tenía de largo 18 pies.

Ví también en esta misma ciudad otro caimán muerto en el portette de ella, á donde los navíos pequeños y fragatas con la marea entran y con ella salen, que unos negros de un vecino de aquella ciudad, llamado Cazalla, viniendo de una isla de su amo á este portete con la crecientte de la marea al caso, le hallaron, que se había quedado en la menguante precedente en la lama (aquí en esta playa de Panamá crece y mengua la mar tres leguas y todo este espacio es lama). Echáronle un lazo y muerto le trujeron por la popa de la fragatta. Este caimán era muy grande; tenía de largo veinte y dos pies; yo le ví medir. Víle desollar, y del buche le sacaron muchas piedras, que me parece habría 3 copas de sombrero, de las comunes, unas mayores y otras menores; y las mayores tan grandes como huevo de gallina. Es cierto comen piedras y con el calor del buche las dijieren; estaban lisas y por algunas partes gastadas. Ví también que debajo de los brazos (seáme lícito decir) del sobaco, le sacaron unas bolsillas llenas de un olor que no parecía sino almizcle: estocuran al sol, y huele como el mismo almizcle. Entonces llegó del Pirú un hombre rico llamado Boz-mediano y la piel de este animalazo le dieron. Decía lo había de llevar á España y ponerlo en Santiago de Galicia.

No tienen lengua sino paletilla pequeña con que cubren y abren el tragadero, por lo cual debajo del agua no pueden comer. Tienen los dientes por la una parte acutísimos; por la otra encajan unos con otros: hecha presa no la sueltan hasta que la han despedazado.

Es cosa graciosa verlos cazar gaviotas, pájaros bobos y cuervos marinos y otras aves. Cuando éstas se abaten de arriba abajo á pescar, velas venir el caimán y por debajo del agua vá á donde la pobre ave dá consigo en el agua y viniendo con tanta velocidad delinear la caída, como el caballo en medio de la carrera; entonces el caimán, antes que llegue al agua, abre la boca, y pensando el ave dar con el agua dá en la boca del caimán, y pensando cazar la sardina ú otro pez es cazada, y el caimán la abre afuera del agua, levantada y trágase la gaviota ó cuervo marino. El buche de esta bestia es calidísimo; aprovéchase de él bebido en polvos contra el dolor de hijada; son amicísimos de perros y caballos y por ésto la balsa donde ván la siguen muchas leguas.

Cuando están cebados y encarnizados en carne humana son muy dañosos y hacen el daño de esta manera: para hacer la presa en el indio ó negro que lava en el río, ó coje agua, vienen muy ocultante por debajo de ella, y viendo la suya vuelven con una velocidad estraña la cola y dán con ella un zapatazo en el indio ó negro. Cae el indio en el agua, al cual, al instante, le echa mano con la boca de donde pueden; llévanlo el río, ó mar adelante hasta que lo ahogan y sacándolo á tierra se lo comen. De estos caimanes hay mucha cantidad en otros ríos, así de esta costa como de Tierra Firme y México; como el temple sea caluroso en esta del Perú, no pasan del gran río de Montape adelante.

Por este río de Guayaquil arriba (como hemos dicho) se suben balsas grandes hasta el desembarcadero 25 leguas. Hasta el día de hoy hay recuas de mulas ó caballos que llevan las mercaderías á aquella ciudad y á otros pueblos que de Panamá vienen á Guayaquil. Viven en esta ciudad y su distrito dos naciones de indios llamados Guancavillecas, gente bien dispuesta y blanca, limpios en sus vestidos y de buen parecer. Los otros se llaman Chonos, morenos, no tan políticos como los Guancavillecas. Los unos y los otros es gente guerrera; sus armas arco y flecha. Tienen los Chonos mala

fama en el vicio nefando. El cabello traen un poco alto y el capotte trasquilado, con lo cual los demás indios los afrentan en burlas y en veras, llámanlos perros Chonos, cocottados como luego diremos.

Desde aquí, á pocas leguas andadas, se llega á un convento de San Agustín, fundado en el valle llamado Reque, que tiene por nombre Nuestra Señora de Guadalupe. Por que Francisco Lescano, á quien el Marqués de Cañete, de buena memoria, por ciertos indicios desterró á España é volviendo acá trajo una imagen de Nuestra Sra. del tamaño de la de Guadalupe de España. Púsola en la iglesia del pueblo de aquel valle que los padres de San Agustín tenían á su cargo, dándola este nombre de Nuestra Sra. de Guadalupe.

Luego que se puso hizo muchos milagros, sanando diversas enfermedades, particularmente á los quebrados. Oí decir al padre Fr. Gaspar de Carbajal (el cual me dió la profesión) que siendo muy enfermo, como también le ví para España de esta enfermedad, fué á tener unas novenas y las tuvo en aquel convento, y al cabo de los nueve días se halló sano y salvo de su quebradura, como si en su vida no la hubiera tenido y nunca más padeció aquella enfermedad, viviendo después muchos años.

Ya han cesado estos milagros y aun la devoción de la imagen, por la indevoción de los circunvecinos. El convento es religioso de mucha recreación. Susténtanse en él de 16 á 20 religiosos con mucha clausura y ejercicio de letras.

CAPÍTULO VI.

DEL VALLE DE CHICAMA

Pocas adelante leguas, no creo son dos jornadas, corre el valle de Chicama, abundante. Los hijos de los españoles que nacen en este pueblo, por la mayor parte son gentiles hombres y las mujeres les hacen gran ventaja, y aún á todas las del Perú; créese que el agua es gran parte en este particular, porque donde la hay buena, las mujeres son muy bien dispuestas, que donde no es tal. Esto la experiencia lo dice.

Saliendo, pues, de la ciudad de Guayaquil para la mar en una marea ó poco más menguante, se llega á la isla Lampuna, cuyo nombre corrompido llamado Puná, cuyos indios fueron belicosos mucho; comían carne humana. Estaba bastante poblada; produce oro y mucha comida. Toda su costa es abundantísima de pescado; produce también cantidad de sabandijas ponzoñosas, culebras, víboras y otros animales. Por la costa de ella, particularmente la que mira la tierra, se ven muchos caimanes; dista de la tierra firme poco más de ocho leguas.

Estos indios se comieron al primer obispo que hubo en estos reinos llamado fray Vicente de Valverde, religioso de nuestra sagrada Orden, con otros españoles. Fué obispo de más tierra que ha habido en el mundo, porque desde Panamá hasta Chile se prolongaba por mar y por tierra su obispado. Era fama en aquella isla haber un tesoro riquísimo que los indios tenían escondido; despachóle el Marqués Pizarro desde la Ciudad de los Reyes con poca gente para que lo descubriese y sacase. Los indios eran recién conquistados, los cuales recibiendo á nuestro obispo y á los que con él iban de paz, y sabiendo á lo que venían, los descuidaron y descuidados, dan en ellos, mántalos y cómenselos: por esto son afrentados de los indios comarcanos, llamándoles perros lampuna, come obispo. Estos indios son grandes marineros; tienen balsas grandes de madera liviana, con las cuales navegan y se meten en la mar á pescar muchas leguas. Vienen á Guayaquil con ellas cargadas de pescado, lizas, tollos, camarones y otros; suben al desembarcadero, que dejamos dicho, del río de Guayaquil. Cuando en este río se encuentra estos indios con los chonos, se afrentan los unos á los otros; los chonos dícnles:—Ah! perro lampuna, come obispo. Los lampunas:—Ah! perro chono cucotarro, notándolos del vicio nefando. Esto ví y oí. Hay en esta isla plateros de oro que labran una chaquira de oro, así la llamamos acá, tan delicada, que los más famosos artífices ni los de otras naciones la saben, ni se atreven á labrar. De éstas usaban las mujeres principales collares para sus gargantas; llevóse á España donde era en mucho tenida. Prolongando la costa y corriendo norte sur pocas leguas adelante—no son 20—llegamos al puerto llamado Túmbez, que más justamente se ha de

llamar playa y costa bravía. Tiene esta playa un río grande y caudaloso de buen agua, pero los navíos que antiguamente allí aportaban, no entraban en él por la mucha mar de tumba y olas, unas tras otras, que continuamente quiebran en su boca, viniendo más de media legua de la mar; por lo cual es dificultoso entrar en él, aún balsas: y son aguas vivas, es imposible so pena de perecer.

El río no tiene otro nombre que río de Túmbez; solía ser mucho más poblado que ahora y los más de los indios tenían su pueblo casi cuatro leguas el río arriba, donde ahora están poblados. Los pescadores vivían en la costa. Eran belicosos y fornidos; llueve rara vez en este paraje, éya desde esta costa sino es por maravilla no hay lluvias y (como adelante diremos) hasta Coquimbo, el primer pueblo de Chile.

Los que no vivían de pescar tenían por oficio ser plateros de oro. Labraban la chaquira que acabamos decir en el capítulo precedente, tan delicada como los indios de la Puná, y aún más. Lábranla de esta suerte, como lo ví, estando en aquel puertto. El indio que labra, tiéndese de largo á largo, sobre un banquillo, tan largo como él; habrá de un gеме alto del suelo; la cabeza tiene fuera del banquillo y los brazos tendiendo una manta y encima ponen sus instrumentos. Fueron no pocos; ahora cuasi no hay algunos, hanse consumido y se van consumiendo: la causa, las borracheras.

CAPÍTULO VIII.

DEL RÍO DE MOTAPE

Pasando la costa adelante y metiéndonos un poco la tierra adentro, por ser la costa muy brava, llegamos veinte leguas andadas, poco más ó menos, al gran río Motape, donde hay un puerto de este nombre. Quien antiguamente gobernaba en esta provincia, que por pocas leguas se estiende, eran las mujeres, á quien los nuestros llaman capullanas, por el vestido que traen y traían á manera de capuces, con que se cubren desde la garganta á los pies, y el dia de hoy casi en todos los llanos usan las indias este vestido: unas se ciñen por la cintura, otras le traen en bandas. Estas capullanas, que

eran las señoras en su infidelidad, se casaban como querían, porque en no contentándolas el marido, le desechaban y casábanse con otro. El día de la boda, el marido escogido se sentaba junto á la señora y se hacía gran fiesta de borrachera; el desechado se hallaba allí, pero arrinconado, sentado en el suelo, llorando su desventura sin que nadie le diese una sed de agua. Los novios con grande alegría haciendo burla del pobre.

CAPÍTULO IX.

DEL PUERTO DE PAITA

De aquí al puerto de Paita debe haber 10 leguas, poco más ó menos. Es muy bueno y seguro; no le he visto: es escala de todos los navíos que bajan del puerto de la Ciudad de los Reyes á Panamá y México y de los que suben de allá para estos reinos. Si tuviera agua y alguna tierra fructífera se hubiera allí poblado un pueblo grande, empero por esta falta y de leña hay en él pocas casas. El suelo es arena; traen en balsas grandes el agua de más de diez leguas los indios pocos que allí viven. Las balsas son mayores que las de Túmbez y la Puná; atrévense con ellas á bajar hasta la Puná y hasta Guayaquil y volver doblando el cabo Blanco, que es uno de los trabajosos de doblar, y ninguno más de esta costa del Perú. Aprovéchanse de velas en estas balsas y de remos en calmas.

CAPÍTULO X.

DE LA CIUDAD DE PIURA

De aquí nos metemos un poco la tierra adentro, deben ser otras 17 leguas, á la ciudad llamada San Miguel de Piura. Esta fué la primera que edificaron los españoles en este reino. Era ciudad de razonables edificios, casas altas y los vecinos ricos, participaban de los indios de los llanos y de la sierra. Llueve en esta ciudad, aunque poco. Es abundante de mante-

nimientos, así de los de la tierra como de los nuestros y de ganados. Es muy cálida por estar lejos de la mar; la tierra produce muchas sabandijas sucias y entre ellas víboras, culebras y arañas. De las frutas nuestras, cuales son membrillos granadas, manzanas y otras de muy buen sabor y grandes son las mejores del mundo, pero tiene esta ciudad un contrapeso notable, que es ser enfermísima de accidentes de ojos y son incurables, porque al que no le salta el ojo, queda ciego con unos dolores incomparables; apenas ví en aquella ciudad hombre que no fuese tuerto. Esta enfermedad es común en todos los valles que de esta ciudad hay á la de Trujillo, aunque no son tan continuos, ni asperos, y á quien más frecuente les dá es á los españoles; á los indios raras veces.

CAPÍTULO XI.

RÍO DE MOTAPE

De aquí camina la tierra adentro á 12 y menos leguas de la costa de la mar hasta la ciudad de Trujillo, que son 80 leguas tiradas; en cuyo camino hay un despoblado de 12 leguas y más sin agua hasta el valle de Jayanca. Este es muy fértil de muchos indios y el gobernador de él muy españolado. Vístese como nosotros. Sírvese de españoles con su vajilla de plata. Es rico y de buenas costumbres. El valle es tan abundante de mosquitos, zancudos cantores y de los rodadores que es como milagro poderlos sufrir los indios ni los españoles. Yo he caminado veces por los llanos y aunque en todos los valles hay mosquitos, no tantos como en éste.

CAPÍTULO XII.

DE LOS LLANOS

Y para que se entienda qué llamamos llanos y sierra adviértase que desde este valle de Jayanca, y aún más abajo desde Túmbez, aunque allí alcanzan algunos aguaceros, hasta Copiapó, que es el primer valle del distrito del reino de Chi-

le, á lo menos desde el valle de Santa, hasta Copiapó, no llueve jamás, ni se acuerdan los habitantes de ellos haber llovido. Todo el camino, diez leguas, en algunas partes 8, en otras 6 y 4 leguas en otras, hasta la costa de la mar, es arena muerta, aunque hay pedazos de arena ó tierra fija en algunas partes y á trechos: entre estos arenales proveyó Dios hubiese valles anchos, unos más que otros, por los cuales corren ríos mayores ó menores, conforme á como tienen más cercano, ó vienen de más adentro de la sierra su nacimiento; la tierra de todos estos valles es de buen migajón, la cual regada con las acequias que los naturales tienen sacadas para regarlas, es abundantísima de todo género de comidas, así suyas como nuestras. Cójese mucho maíz, trigo, cebada, fríjoles, pepinos, etc. Tienen muchas huertas con mucho membrillo, manzana, camuesa, naranjas, olivos que llaman.... mucha y muy buena aceituna: la grande mejor que la de Córdoba porque tiene más que comer. En muchas de ellas se dá vino muy bueno y la caña dulce se cría, por lo cual son cómodos para ingenios de azúcar, en muchos de los cuales los hay, como en su lugar diremos. Fuera de la abundancia que los valles tienen de mieses, son abundantes de árboles frutales, como son huayabas, paltas, plátanos, melones, ciruelas de la tierra y otras frutas. Mucho algarrobal; con las frutas de los árboles engordan los ganados abundantísimamente, haciendo la carne muy sabrosa, pero hay en algunas partes unos algarrobos parados por el suelo que llevan una algarrobilla, la cual comida de los caballos ó yeguas, luego dan con la crin y cerdas de la cola en el suelo, y porque en el valle de Santa hay más que en otros valles se llama la algarrobilla de Santa, de donde cuando algún hombre por enfermedad se pela, le dicen haber comido la algarrobilla de Santa.

El rey de esta tierra, á quien comúnmente llamamos el Inga, para que en estos arenales no perdiesen los caminantes el camino, tenía puestas de trecho á trecho unas vigas grandes, hincadas muy adentro en la arena, por las cuales se gobernaban los pasajeros. Ya esto se ha perdido por el descuido de los corregidores del distrito, por lo cual es necesario guía. Entrando en el valle por una parte y otra iba el camino real entre dos paredes, á manera de tapias, hechas de barro de mampuesto, de un estado en alto derecho como

una vira, porque los caminantes no entrasen á hacer daño á las sementeras, ni cogiesen una mazorca de maíz ni una huayaba, so pena de la vida, que luego se ejecutaba. Estas paredes están por muchas partes ya derribadas y los caminos no en pocas partes van por detrás de las paredes. En tiempo del Inga no se consintiera ir por los arenales; ya dijimos no se puede caminar sin guía, y lo más del año se ha de caminar de noche por los grandes calores del Sol. Los guías indios son tan diestros en no perder el camino de día ni de noche, que parece cosa no creedera.

Lo que llamamos y es sierra, son unos cerros muy altos, muchos de los cuales por su altura, aunque están en la misma línea Equinocial, como es Quito y mucha parte de aquel distrito, y desde allí á Potosí, que son 600 leguas incluídas entre el Trópico de Capricornio, porque Potosí está en veinte grados, es muy frío; y en partes, y no pocas, las sierras llenas de nieve todo el año y otros lugares por el frío inhabitables, lo cual los antiguos filósofos tuvieron por inhabitable, respecto del mucho calor por andar el Sol entre estos dos trópicos de Cáncer á la parte del Norte y de Capricornio á la parte del Sur, 22 grados y medio apartado cada uno de la línea.

En esta tierra hay muchas y muy grandes poblaciones en valles que hay y en llanos muy espaciosos, como son los del Collado. Corre esta cordillera comúnmente de 17 á 20 leguas de la mar, y lo bueno deste Perú es esta tierra que dista de la Cordillera á la mar y aún de Chile, como diremos.

CAPÍTULO XIII.

DEL CAMINO DE LA COSTA

Volviendo á nuestro propósito, desde Jayanca á Trujillo, ahora tres años, pocos más ó menos, se caminaba á la tierra adentro ocho leguas y diez de la costa de la mar, ó se declinaba á la costa. Yo vine por la costa, donde las bocas de los ríos eran pobladas de muchos pueblos de indios muy abundantes de comida y pescado; aquí hallamos gallinas, cabritos y puercos de valde, porque los mayordomos de los encomenderos que en estos pueblos vivían no nos pedían más

precio que tomar las aves y pelallas, y los cabritos desollarlos, y el maíz desgranarlo. Todos estos indios se han acabado, por lo cual ya no se camina por la costa, que era camino más fresco y no menos abundante que el otro. Los indios que quedaban, porque totalmente no faltasen, los han reducido el valle arriba, donde los demás vivían.

Era realmente para dar gracias á Nuestro Señor, ver unos pueblos llenos de indios y de todo mantenimiento, el cual se daba á todos de gracia; la causa de la destrucción de tanto indio, diré cuando trataré de sus costumbres y para que aquí sea suficiente decir, las borracheras. Bajando pues de Jayanca á la costa y caminando por ella se venía á salir á siete leguas de Trujillo á un valle llamado Licapa.

CAPÍTULO XIV.

DE LOS DEMÁS VALLES

Volviendo pues á Jayanca y continuando el camino la tierra adentro, á pocas leguas unos de otros, se vá de valle en valle, lo cual, si bien se considera, no parece sino que desde Jayanca á Trujillo es todo un valle en diversos ríos; empero, todos de muy buena agua que los fertiliza en gran manera. Entre ellos hay uno llamado Saña abundantísimo, adonde pocos años á esta parte se ha poblado un pueblo de españoles de no poca contratación por los ingenios de azúcar y corambre de cordobanes, y por las muchas harinas que de él se sacan para el reino de Tierra Firme. El puerto no es muy bueno: dista del pueblo algunas leguas; ni en toda esta costa desde Paita á Chiloé, que es lo último poblado de Chile, los hay buenos; los más son playas. Con el que tienen embarcan sus mercaderías para la Ciudad de los Reyes y para Tierra Firme. Esta población de Saña destruye á la ciudad de Trujillo, porque dejando sus casas los vecinos de Trujillo se fueron á vivir á Saña.

CAPÍTULO XV.

DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Abundante, ancho y largo, donde había muchos indios doctrinados por religiosos de nuestra orden, encomendados al Capitán Diego de Mora, varón muy principal en este reino. Entre otros religiosos nuestros de mucha virtud y cristiandad que en la doctrina de aquel valle se han ocupado, fué uno el padre Fr. Benito de Xarandilla, el cual, después que entró en él, nunca de él salió para vivir en otra parte. Aquí se consagró á Nuestro Señor predicando el Evangelio á los indios con admirable austeridad debida en todo lo tocante á su profesión, sin jamás se conocer en él cosa de mal ejemplo, sino gran celo á la conversión de aquellos naturales, donde vivió más de 55 años y ha pocos años, no han dos cuando esto escribí que Nuestro Señor le llevó, como piadosamente creemos, á pagarle sus trabajos. Los indios de este valle tienen dos lenguas que hablan: los pescadores una y dificultosísima, y la otra no tanto. Pocos hablan la general del inca. Este buen religioso las sabía ambas, y la más dificultosa mejor. Su caridad para con los indios era muy grande, porque curarlos en sus enfermedades, repartir con ellos su ración y quedarse ó contentarse para su mantenimiento con un poco de maíz tostado ó cocido, era como natural. Varón de mucha oración y penitencia, doquiera que estaba se había de levantar á media noche á rezar maitines, y á cualquiera hora que le llamaban para confesar al enfermo, con toda el alegría del mundo se levantaba, y aunque el río viniese muy crecido no le temía más que si no llevara agua, y es muy grande al verano. Este es común lenguaje entre los indios, que decían pasaba el río en un macho que la orden le había concedido por sobre el agua á cualquier hora, y cuando más agua traía el río. Esto no lo escribo por milagro sino como cosa comúnmente dicha entre los indios.

En el valle tiene nuestra sagrada religión un convento priorato que este religioso venerable fundó, donde se sustentan de 8 á 10 religiosos y favoreciéndolo Nuestro Señor se sustentarán más, porque las haciendas ván en crecimiento. El

valle es abundantísimo de pan, vino, maíz y demás mantenimientos; críanse en él admirablemente los olivos que cargan de aceitunas muy buenas. Los demás mantenimientos á la tierra naturales, bonísimos. Es famoso por un ingenio de azúcar que allí plantó el Capitán Diego de Mora. Una cosa que por ser peregrina la diré: que los valles de los llanos abundan en moscas y las hay dentro y fuera de las casas de los indios y de los españoles; en la casa que llaman del azúcar y donde se hacen las conservas y están las tinajas llenas de todo género de ellas, no se halla una, ni se ven; helo visto por eso lo digo, pues la miel y el azúcar son madres de moscas.

CAPÍTULO XVII. (*)

DE LA CIUDAD DE TRUJILLO

Dista la ciudad de Trujillo del valle de Chicama cinco leguas tiradas. La primera vez que la ví era muy abundante y muy rica; los vecinos conquistadores, unos hombrazos tan llenos de caridad para con los pasajeros, que en viendo en la plaza un hombre no conocido ó nuevo en la tierra (que llamamos chapetón), á mía sobre tuya, lo llevaban á su casa, hospedaban, regalaban y ayudaban para el camino, si allí no le daba gusto hacer asiento. Un vecino de aquellos cuando salía de su casa ocupaba toda la calle; no había mezón entonces ni en muchos años después, ni carnicería; á todos sobraba lo necesario y aun más y el que no lo tenía no le faltaba, porque los encomenderos les enviaban el carnero, vaca, y lo demás cada día. Liberalísimos para con los pobres; sus casas muy hartas y sus cajas muy llenas de oro y plata: ya todo ha cesado y sus hijos han quedado pobres, porque no siguen la cordura y raras veces hinchen las sillas de sus padres.

Dista esta ciudad del puertto, si así se ha de llamar siendo costa brava, dos leguas. Surgen los navíos más de legua y media de la playa. En el desembarcadero hay mares de tumbo

(*) Así en el original, del capítulo XV pasa al XVII; probablemente por error de numeración del mismo autor.

unos tras otros con tanta violencia cuanta experimentan los que allí se desembarcan. Aquí hay un pueblezuelo que del puerto toma el nombre, llamado Huanchaco; los indios son grandes nadadores y pescadores, no temen las olas por más que sean. Entran y salen en unas balsillas de juncos gruesas llamados enea, que no sufren dos personas, y las que las sufren han de ser muy grandes; en llegando á tierra cuando vienen de pescar, toman la balsa á costas y la llevan á su casa, donde, ó en la playa, la deshacen y enjugan, y cuando se quieren aprovechar de ella, tórnanla á atar. Conocí en esta ciudad, entre otros vecinos y encomenderos, al capitán Don Juan de Sandoval, hombre muy amigo de pobres, gran cristiano, muy rico, casado con una señora muy principal, de no menores partes que su marido, nacida en el mismo pueblo, llamada Doña Florencia de Valverde, hija del capitán Diego de Mora y de Doña Ana de Valverde. Este caballero tenía antes que muriese capellanías instituídas en todos los monasterios. Su enterramiento escogió en el de San Agustín, cuya capilla mayor edificó, aunque no quiso el althar mayor fuese suyo. Al lado del Evangelio hizo un althar, advocación de los ángeles, que adornó con retablos famosos y muy ricos ornamentos labrados en España; dejó mucha renta y poca carga de misas, con la cual se vá edificando el convento, ó por mejor decir, se ha edificado. En el convento de nuestro Padre Santo Domingo se le dice perpetuamente la misa de Nuestra Señora todos los sábados del año y cada día la salve cantada después de completas, como es antiguo uso en la orden desde su fundación. Dejó bantante renta; en el convento de San Francisco también tenía su memoria de misas y dejó renta para que se pague la limosna dellas. Mucho tiempo del que vivió tenía en el puerto desta ciudad indios pagados á su costa para que, en llegando el navío al surgidero, que ya dije es de la playa más de legua y media, saliesen sus balsillas, fuesen al navío y avisasen saliesen ó no saliesen á tierra, porque como el navío surge tan lejos, no quebrasen con las olas en tierra, y avisados no corren riesgo. Antes que este caballero tuviese pagados indios para esta boníssima obra perdíanse muchos bajeles y los que en ellos venían, porque viniendo á desembarcar metíanse en tierra no viendo el peligro. Es esta ciudad, como las demás de los llanos, combatida

de terremotos, aunque no tan recios como desde el..... para arriba.

CAPÍTULO XVIII

DE LA GUACA DE TRUJILLO

Hállanse en estos reinos, particularmente en los llanos, unos enterramientos comúnmente llamados guacas, que son unos como senos de tierra amontonada á manos, debajo de la cual los señores destos llanos se enterraban, y con ellos, según es fama, y aún experiencia, ponían gran suma de tesoros de oro é plata, y la mayor cantidad de plata, tinajas grandes y otras vasijas y tazas para beber, que llamamos cocos. La guaca más famosa era una que estaba por más de media legua de la ciudad de Trujillo, de la otra banda del río, de un edificio en partes terraplano, en partes de ladrillos grandes, ó por mejor decir, de adobes pequeños. Este edificio era muy alto y debía tener (si como marineros nos es lícito hablar) poco menos de media legua. Quién lo edificase no hay memoria, ni los indios tal oyeron decir á sus antepasados: para edificarlo es imposible sino que se pasaran muchos años y labraran en él suma de indios. Si no se vé, no se puede creer: siempre se entendió era enterramiento, y aún enterramientos ó sepultura de muchos señores, cuales fueron los señores de aquel valle de Trujillo, que se entiende fueron mucho antes que los Ingas y poderosísimos, así en riquezas como en ánimos para sugetar mucha parte deste reino; porque á cuatro leguas de la ciudad de Guamanga se ha hallado otro edificio, aunque diferente, pero figuras de indios como las de los deste valle de Trujillo: de donde se colige hasta allí haber llegado el señorío destos señores y aún pasado hasta el Collao, porque en un pueblo deste Collao, Tiaguanuco, se vé otro edificio de cantería y piedras muy grandes, muy bien labradas, semejantes á éste cerca de Guamanga, que los que allí hacen noche lo iban á ver á maravilla. La primera vez que por allí pasé, habré 29 años, con otros dos religiosos, lo vimos y nos admiramos, porque no teniendo estos indios picos, ni escotas, ni escuadras para labrar aquellas piedras, verlas labradas co-

mo si canteros muy finos la hubieran labrado, causaba admiración. Había puertas de tres piedras y grandes, las dos que servían á los lados, la otra de umbral alto. Vimos allí una figura de sola una piedra que parecía de gigante, según era grande, corona en la cabeza y talabarte, como los anchos nuestros con su hebilla. Preguntar qué noticia se tiene desta gente no hay quien la dé, y porque este edificio es semejante al de junto á Guamanga, se cree haberlo hecho un mismo señor y que éste era señor de Trujillo, que para memoria suya donde le parecía lo mandaba edificar. Cosa cierta no hay. Los señores principales deste valle de Trujillo se llamaban como propio nombre Chimu, y de uno hasta el día de hoy hay memoria deste nombre, añadiéndole otro como por sobrenombre, Cápac, que junto se nombraba Chimo Cápac, que quiere decir Chimo riquísimo. Lo que se colige es que destos Chimos era la guaca de Trujillo enterramiento. Los vecinos de Trujillo viendo aquel famoso edificio y teniendo noticia haber allí gran tesoro enterrado, sin que hubiese rastro ni memoria quién allí lo puso, ni á qué herederos les hubiese de venir, juntáronse algunos vecinos de indios y no vecinos y hecha compañía, determinaron de cavar á la ventura, como dicen. Dieron en algunos aposentos debajo de tierra y finalmente dieron en mucho tesoro y no en el principal, como se tiene por cierto. Cúpoles á más de ciento y sesenta mil pesos, pagados quintos, pero no sé que se tenía aquella plata que ninguno la gozó: fuéseles como en humo. Verdad sea que gastaban á su albedrío y sin orden alguna. Ottros cavaban en otras partes; sacaron alguna plata, no tanta como los de esta compañía. Comenzando á sacar plata desta guaca, todos los valles de los llanos se hundían cavando guacas y registrando; sacaron plata de la bolsa, pagando jornaleros, cavadores y mucha tierra; nunca, empero, hallaron lo que deseaban. Hubo en este tiempo en el valle de Lima un famoso hereje, creo inglés, que junto al pueblo de Surco, que es un pueblo, él sólo cavaba una guaca que llaman de Surco y por lo que después cuando preso y descubierto ser hereje se entendió aguardaba otros de su herejía que habían de venir. Allí se estaba de día y de noche cavando y sacando la tierra, él propio, mal vestido. Venía á la ciudad, que dista de la guaca una legua, pedía por amor de Dios y llevaba poco que comer, hasta que se des-

cubrió ser hereje. Preso por el Santo oficio justísimamente lo quemaron en el primer auttó que los señores inquisidores hicieron.

CAPÍTULO XIX

DEL VALLE DE SANCTA

Desde esta ciudad de Trujillo, 18 leguas más adelante la costa en la mano, llegamos al valle y puerto llamado Sancta, abundante mucho de todo género de mantenimientos, donde se comienzan á hacer trapiches de azúcar y muy buenos. Muy cerca del puerto se ha poblado un pueblo de españoles, el cual si tuviera indios de servicio fuera en mucho crecimiento. Tiene pocos indios naturales, bájanlos de la sierra de la provincia que llamamos Guailas. Es en notable daño de los indios, son serranos y corren gran riesgo sus vidas, como en todas partes y todas las veces que á los llanos bajan. Tiene muchas y muy buenas tierras todas de riego, con acequias de un río de boníssima agua y muy grande, que pocas veces se deja vadear. Pásase en balsas de calabazos, y es lo más seguro. Estas balsas las hacen los indios mayores ó menores, como es la gente ó hatto que se ha de pasar. Los calabazos son muy grandes y redondos; pónenlos en una red á la larga 8 ó 10, otros tantos en otra y así lo ensanchan conforme son los que han de balsear. Hácenla de seis, siete y ocho hileras de calabazos; las redes atan unas con otras; atadas, encima echan leña y rama; se meten las personas y el hatto. Luego dos indios, grandes nadadores, como lo son todos los de los llanos, atan una soga á la balsa y ciñéndosela por el hombro toma cada uno su calabazo grande y echándose sobre él nadan, y desta suerte llevan y pasan la balsa de la otra parte del río por poco precio que se les dá. Este río desemboca, viniendo de Trujillo, un poco más abajo del puerto, por cuya boca no se puede entrar ni tomar agua, empero de la acequia principal que pasa por cima del pueblo, sale una pequeña que cae en la playa del puerto.

CAPÍTULO XX

DE LOS DEMÁS VALLES Á LOS REYES

Deste valle al de Chancay ponen 50 leguas, en las cuales pasamos por seis valles, todos abundantísimos, si los naturales no hubieron faltado, que los labraban para todo género de mantenimientos con bastante riego de sus acequias sacadas, pero ya perdidas. El primero es Casma la baja y Casma la alta, donde han quedado pocos indios, que apenas pueden sustentar un sacerdote. De aquí vamos á Guarmey, mejor valle y de más indios, con puerto no muy seguro por la mar de tumbo al desembarcar. Tiene mucho pescado, mucha arboleda, algarrobas que se llevan á los Reyes. Luego entramos en el de la Barranca, fertilísimo de trigo é maíz y de tierras muchas y muy gruesas. De aquí se lleva la mayor parte de trigo que en los Reyes se gasta. Hay en él dos ingenios de azúcar bonísimos; el río es no tan grande como rápido y pedregoso, por lo cual en todo tiempo es dificultoso de pasar. Tiene puente tres leguas arriba, á la cual por no ir algunos se han ahogado; aquí hay unos pocos de indios poblados. Pasado el río, luego se sigue el de Guaura, que tiene las mismas calidades que éste con otros pocos de indios, y de donde se lleva mucho maíz é trigo á los Reyes, por mar. Tiene puerto, no muy seguro.

CAPÍTULO XXI.

DEL VALLE Y CIUDAD DE LOS REYES

El valle donde se fundó la Ciudad de los Reyes, llamado Rímac en lengua de los indios, sin hacer agravio á otros, es uno de los buenos, y si dijere uno de los mejores del mundo muy ancho, abundante de muchas y muy buenas tierras, todas de riego, pobladas de chácaras, como las llamamos en estas partes, que son heredades donde se dá trigo, maíz, cebada, viñas, olivares; á las aceitunas llamamos criollas, son las

mejores del mundo, camuesas, manzanas, ciruelas, peras, plátanos y otros árboles frutales de la tierra, membrillos y granadas, tantos é tan buenos como los de Zaragoza. Las legumbres, así de nuestra España como las de acá, en mucha abundancia en todo el año; el agua del río no es tan buena como la de los demás valles de estos llanos, respecto de juntarse con el río principal otro no de tan buena que la daña, pero proveyóle Dios de una fuente á tres cuartos de legua de la ciudad de una agua tan buena, que los médicos no se si quisieran fuera tal. Oí decir á uno de ellos, y el más antiguo que hoy vive, que la fuente desta agua le había quitado más de tres mil pesos de renta cada año, porque después que el pueblo bebe della, las enfermedades no son tantas, particularmente las cámaras de sangre, que se llevaban á muchos. Esta agua se trujo á la ciudad y en medio de la plaza hay una fuente muy grande, bastante para darla el agua necesaria, pero porque es grande y más sin costa aprovéchase de ella. En los barrios hay sus fuentes como en la plazeta de la Inquisición, en la esquina de las casas del licenciado Renjifo, en el barrio de San Sebastián y en todos los monasterios y en casas de hombres principales y en las cárceles, y en Palacio hay dos, porque como las calles sean en cuadro y el agua vaya encañada por medio de las calles, es fácil de la calle ponerla en casa.

Llamaron los fundadores, que fueron el Marqués Don Francisco Pizarro y sus pocos compañeros á este pueblo la Ciudad de los Reyes, porque en este día la fundaron. Diéronle, aunque acaso auspiciatísimo nombre, porque si muchos reyes la hubieran ennoblecido en tan breve tiempo como diremos, no hubiera crecido más, ni aun tanto más como el favor del cielo sea mayor que el de los hombres: Nuestro Señor, por intercesión de los santos Reyes, la ha multiplicado. Es la silla metropolitana de todo este reino, de Quito á Chile. Aquí reside el Virrey con el Audiencia, la Sancta Inquisición y aquí se fundó la Universidad. De todo diremos adelante más en particular lo que á esto toca, cuando trataremos de los virreyes y prelados eclesiásticos.

El río desta ciudad en tiempo de aguas en la Sierra, que llueve como en nuestra España, es muy grande y extendido, no tiene madre, como no la tienen los demás destos llanos. Corre por cima de mucha piedra rolliza, antes que tuviese

puente muchas personas se ahogaban en él queriéndole vadear, porque, aunque tenían una puente de madera de horcones hincados en el suelo, estaba tan mal parada que no se atrevían á pasar por ella y no podían pasar sino uno solo, y con sus pies, lo cual visto por el Marqués de Cañete Don Andrés Hurtado de Mendoza, de buena memoria, llamado el Limosnero, gran amigo de pobres, dió orden cómo se hiciese puente toda de ladrillo y cal, de siete ó ocho ojos, que comienzase desde la barranca del río, adonde casi llegaban las casas reales y desde los molinos del capitán Gerónimo de Aliaga, secretario que fué de la Audiencia, que hacen casi calle con las casas reales, al cual diciendo los oficiales maestros de la obra que mejor se fundaría más abajo, donde estaba la puente de madera que acabamos de decir, aunque había de ser más larga, porque haciéndola allí el río se iba á su camino sin echarlo á la ciudad, lo cual forzosamente se había de hacer, haciéndola donde el Virrey lo mandaba, y que la barranca era señal evidente ya el río había llegado una vez allí y había de llegar otra por el común refrán: al cabo de los años mil vuelve el río á su carril, respondió la mandaba hacer en aquel sitio porque los pasajeros que viniesen de abajo y pliegos de su Magestad de España, por tierra, entrasen á una cuadra de las casas reales donde el virrey viviese, y por la calle derecha á la plaza, una cuadra della; y cuanto á echar el río á la ciudad que no habían de ser los virreyes tan flojos que el río la hiciese daño; palabras realmente de gran republicano, como lo era. Con todo eso, como diremos, ha hecho daño el río si los virreyes no tienen ánimo para remediarlo. No creo ha habido en el mundo ciudad que en tan breve tiempo haya crecido en el número de monasterios ni igualmente á los religiosos que en ellos sirven á Dios, alabándole de día y de noche y ejercitándose en letras para el bien de las ánimas como esta de los Reyes, habiendo ayudado muy poco ó nada los príncipes y gobernadores destos reinos á la edificación dellos. El más principal y el primero della es el nuestro, llamado Nuestra Señora del Rosario; no ha 68 años que se fundó. El primer fundador fué el padre Fr. Juan de Olias; su sitio es una cuadra de la plaza y muy cercano del río. Oí decir á los viejos lo que aquí referiré de su fundación: llegado el Marqués Pizarro con los demás conquistadores á este valle, después de haber preso en Cajamarca á Atabali y habiéndolo

le muerto, vinieron con él dos religiosos, uno nuestro, el sobredicho, y otro de la orden del glorioso padre Sn. Francisco; eligieron para fundar su ciudad el sitio que ahora tiene, que es el mejor del valle, junto al río á la barranca, casi del Oriente, á la del Sur por la parte de arriba, una cequia de agua ancha que atraviesa todo el valle de Oriente á Poniente; por la parte del Poniente el puerto llamado el Callao, dos leguas de la Ciudad de los Reyes carreteras; por la parte del Norte el camino real para Trujillo y dende abajo señalaron sus cuadras y sitios para casas, y á los dos religiosos dijéronles: vosotros no sois más que dos, vivid ahora juntos en este sitio que os señalamos, que es el que tiene ahora nuestro convento. Llana la tierra y conquistados los indios del valle, que á la sazón eran muchos, el que se quisiere quedar con ese sitio se quedará con él; al otro le daremos el que más cómodo le pareciere. Sucedió así, aceptando los dos religiosos ser el partido, que un día vinieron todos los indios del valle y otros llamados sobre los nuestros, los cuales dijeron á los religiosos: padres: vosotros no habéis de pelear; tomad en esa bota vino y bizcocho, y á los que estuvieren cansados y flacos dadles de comer y beber y á los heridos recojedles y lavadles las heridas con vino. Los indios llegaron donde los nuestros los esperaban con gran vocería; así pelean. El padre de Sn. Francisco pareciéndole no le convenía esperar el fin de la batalla ni hacerlo encomendado, que en aquél trance le era muy lícito, puso faldas en cinta, tomó la vía del puerto; llega cansado lleno de polvo, sudando y á los pocos de los nuestros que allí había dejado el Marqués con dos navíos y no muchos soldados con dos caballos dáles nueva que el Marqués y los demás eran muertos y solo se él había escapado. El capitán de los navíos (creo era el capitán Juan Fernández, de quien abajo haremos mención) con los demás hirieron el sentimiento justo, tuvieron por perdido el mejor reino del mundo y perplejos no sabían qué se hacer si por ventura desamparaban el puerto y se volverían á Panamá, ó á Trujillo ó aguardarían otra nueva. El buen padre instaba en ser verdad lo por él afirmado; finalmente resolvieronse en que dos soldados, los más valientes, con sus armas tomasen los caballos y caminando por la ciudad fuesen á ver si era así, y cuando lo fuese, no era posible todos quedasen muertos, algunos escaparían y encontrarían en el camino ó fuera de él

y á estos recojiesen y volviesen al puerto y entónces deliberarían lo que más conviniera. Salen nuestros dos valientes soldados en sus caballos, armados, llenos de tristeza, é no con menos temor en el camino que muy poblado era de arboleda, á lo menos la legua y media. Cada hoja que se meneaba les parecía ejércitos de enemigos, pero prosiguiendo su camino, sin encontrar hombre viviente, llegan á la ciudad y hallan á los nuestros alcanzada la victoria, curando á los heridos, y los sanos descansando del trabajo de la batalla. Su alegría fué muy grande cuando vieron cuán al contrario era lo que el padre de San Francisco dijo, de lo que por sus ojos vieron. Llegan donde estaba el Marqués, dán cuenta de lo dicho y la razón por qué vinieron, el cual con los demás estaban cuidadosos qué hubiese sido de aquel padre, no imaginando se hubiese huído sino que por ventura los indios se lo hubiesen llevado; empero sabida la verdad del hecho, el Marqués mandó embarcarlo y en el primer navío que despachó á Panamá, lo llevaron con juramento que hizo que mientras viviese no le habían de entrar fraile de San Francisco en su gobernación; y así se cumplió, no siendo bien hecho ni lícitamente jurado. Aquél no fué defecto sino de un fraile particular pusilánime, y por este defecto no se había de perder ni carecer del bien grande que la religión del seráfico padre San Francisco, donde quiera que vive hace. Si los del puerto le desampararan creyendo lo dicho por este religioso, en gran riesgo lo ponían al Marqués y á los demás de perderse; porque como el reino sea muy grande y muchos los indios, si les faltaran navíos con qué enviar á pedir socorro á Tierra Firme, totalmente se perdería. Nuestro religioso puso también sus faldas en cinta, arrebató su bota y bizcocho y á los cansados dábales de beber y un bocado á los heridos. Curaba como mejor podía y así andaba en medio de los que peleaban. Desta suerte quedamos con el sitio que ahora tenemos, el cual entonces pareció el más cómodo; ahora no lo es por no se poder extender tanto es necesario, y por el río que es mal vecino en todas partes. Después muchos años, poblaron los padres de San Francisco y tienen el mejor sitio del pueblo y más que todos los conventos juntos, aunque del río corren un poco de riesgo, como nosotros, y se correrá más si no se remedia.

CAPÍTULO XXII.

DE NUESTRO CONVENTO

Quedando pues, con este sitio, que es de cuadra y media de largo, de ancho no tiene cuadra entera (porque la barranca del río no dá lugar á ello por correr al sesgo), se comenzó á edificar el convento. Empero, quien con más ánimo fué el más valeroso y no menor religioso, gran predicador, gran servidor de su Magestad, Fr. Tomás de San Martín, á quien por otro nombre llamaban el Regente, por haberlo sido en la Española ó isla de Santo Domingo. Este religiosísimo padre siendo provincial en esta provincia, y el primero, á quien dió por nombre San Juan Bautista, comenzó el edificio de la iglesia de bóveda, de tres naves, e hizo la mitad de la iglesia, dejando los cimientos de lo restante sacados. Oí decir al padre Fr. Antonio de Figueroa, un religioso nuestro muy esencial, gran siervo de Dios, verdadero hijo de Santo Domingo, que fué mi maestro de novicios, que le acaecía á este ínclito religioso, siendo como era provincial, salir de casa por la mañana con un bordón, á pie, é ir una legua, poco más ó menos, á la calera y estar allí todo el día en peso hasta la noche que se venía al convento, sin comer y lo que hallaba en el convento era un poco de capado fiambre, porque entonces no se había multiplicado tanto el ganado nuestro mayor ni menor que hubiese carnero ni se comía en la ciudad, y con tanta alegría pasaba este trabajo como si tuviera todo el regalo del mundo; parecía adivinaba el aumento que Nuestro Señor había de hacer en breve tiempo de religión, cristianidad y letras en aquella casa. Después fué este varón heroico primer obispo de la ciudad de La Plata, aunque no llegó á sentarse en su silla; llevándole la Magestad del muy Alto primero á gozar de su gloria. El día de hoy se ha acabado la iglesia con la buena diligencia del maestro Fr. Salvador de Rivera, hijo deste convento, aplicando justísimamente todo cuanto puede de los religiosos que se ocupan en doctrinar á los indios y tan bien acabada, que en Indias ninguna mejor: sola una falta se le pone, y sin envidia,

que la capilla mayor es pequeña, la cual tiene un retablo muy aventajado.

CAPÍTULO XXIII.

DE LAS CAPILLAS

La capilla colateral es por la parte del Evangelio, la primera; se llama del Crucifijo. Esta es del capitán Diego de Agüero, varón famoso entre los conquistadores deste reino, el segundo después del Marqués Pizarro. Dotóla vastamente; dícensele dos misas rezadas cada semana, sus vísperas y misa mayor el día de Santiago, en el cual día tiene un jubileo plenísimo y cinco aniversarios. Dejó demás desto la mitad de unas casas para reparos de la capilla, que hoy rentan más de 500 pesos cada año. Su hijo, el capitán Diego de Agüero, la ha ennoblecido mucho, puso en ella un retablo grande á proporción de la capilla, con un crucifijo de muy buena y devota figura, y en el retablo muchas reliquias de santos en sus medallas, que le dió el convento. Luego se sigue la capilla nombrada de San Juan de Letrán, donde tiene su enterramiento junto al althar, al lado del Evangelio, el capitán Juan Fernández, quien dijimos era capitán de los navíos que estaban en el puerto cuando el padre de San Francisco se huyó de la batalla que tuvo el Marqués Pizarro con los indios en la plaza. Dotóla su dueño muy aventajadamente con limosna para dos misas rezadas cada semana y con las octavas de todos Santos, vigilia y misa cantada, y el día de San Juan Bautista vísperas é misa con sermón, con bastante limosna. Y dejó para reparo de la capilla y ornamentos buena renta, que la cobra el convento y la gasta en lo susodicho. El arcediano de la santa Iglesia desta ciudad viene cada año por nombramiento del señor de la capilla á tomar cuenta en qué se distribuye la renta para el ornato de la capilla, y se le dá un tanto señalado por el capitán Juan Fernández por este cuidado y trabajo. Un provincial nuestro, Fr. Salvador de Rivera, con poco acuerdo, y aún con no poca nota, quiso quitar esta capilla y la advocación de ella y darla á no se qué otras personas. Súpolo el

heredero, salió á la contradicción, y viendo el provincial el agravio, á lo menos avisado, lo hacía por el señor Arzobispo de México, Bonilla, la volvió á sus herederos. Y no sé cómo tal cosa pretendió hacer y cómo los padres del consejo en ello vinieron, porque oí decir muchas veces al padre Fr. Antonio de Figueroa, que el capitán Juan Fernández trujo en sus navíos la tierra desta capilla desde Roma, porque en ella todos los que quieren enterrar se les dá sepultura de gracias y para que los cuerpos se comiesen pronto trujo esta tierra. Ví un año de catarro pestilencial que la capilla con ser del espacio de dos los que en ella se enterraban, que fueron muchos al tercero día los cuerpos están consumidos: todos los que aquí se entierran ganan indulgencia plenaria y las gracias que los que se entierran en San Juan de Letrán en Roma. Para el día de San Juan Bautista hay jubileo plenísimo. Muchos años ví que el día deste gloriosísimo santo, virrey, Audiencia y toda la ciudad venían á nuestra casa á celebrar en este día la fiesta. Luego se sigue la capilla de Santa Catherina de Sena, muy bien aderezada con retablo é imagen desta gloriosa santa. Los tintoreros desta ciudad la tomaron para su enterramiento y la tienen muy bien adornada. Celébrase en ella la fiesta de la gloriosa santa virgen Santa Catherina con mucha solemnidad y con un jubileo plenísimo. Por la parte del lado de la Epístola es de San Jerónimo; dotóla el capitán Gerónimo de Aliaga con dos misas rezadas cada semana, vísperas y misa el día de San Gerónimo y sus aniversarios. Dejó bastante limosna, y como al tiempo de la rebelión de Francisco Hernández fuese á España por procurador destes reinos y no volviere más á ellos, muchos años la vimos muy mal parada, que no decíamos misas en ella por no tener ornato, hasta que habrá 6 años que una nieta suya, doña Juana de Aliaga, hizo un retablo grande á proporción de la capilla, con una imagen de la Concepción arriba, que le costó más de tres mill pesos, añadiendo paños de seda para las paredes y ornamentos. A esta capilla se sigue la del Rosario, con un retablo hecho en España, bueno, y una imagen de bulto de Nuestra Señora en el cóncavo del retablo, de las buenas piezas que hay en toda España, porque en Indias ninguna llega á la redonda de la imagen, los quince misterios del Rosario

de bulto, cuanto la proporción del retablo lo sufre. En el pedestal, la muerte de los niños inocentes, que parece cosa viva, con la adoración de los Reyes al Niño Jesús en el pesebre; y fuera desto tiene en cuatro encajamentos cuatro santos de la orden, de bulto, de muy galana proporción y figura. Lo alto de la capilla es dorado con unas piñas de yeso pendientes, grandes, todas escarchadas de oro; tiene la capilla tres lámparas de plata grandes, que, por lo menos, la una arde perpétuamente. Todo esto ha hecho la cofradía del Rosario con la industria de los devotos y mayordomos. Los primeros domingos de cada mes se hace una procesión por el claustro, que para los que en ella se hallaren cofrades se les concede indulgencia plenaria. Sácase una imagen de bulto de Nuestra Señora del Rosario, muy devota, que llevan cuatro diáconos; sírvese de mucha cera, concurre mucha gente por la devoción grande que se tiene, particularmente á la imagen puesta en el althar. El segundo domingo se hace procesión con el Niño Jesús por la cofradía de los Juramentos, fundada en nuestra casa, ni puede fundarse en otra parte por concesión de los sumos Pontífices ó con licencia del provincial donde no hubiere convento de la orden, de la imagen de Nuestra Señora puesta en el althar; y si no fuéramos descuidados hubiera muchos milagros escritos que ha hecho. Siendo yo prior deste convento pretendí, dándome los señores inquisidores licencia para ello, sacarlos á la luz, haciendo para ello las diligencias necesarias, empero el provincial que á la sazón era no sé por qué respecto lo impidió.

CAPÍTULO XXIV.

DE LA CAPILLA DE LAS RELIQUIAS

Luego, más abajo, se sigue la capilla de las Reliquias; llámase así porque tiene un retablo con sus vidrieras tan grandes como un guadameri lleno de ellas, traídas de Roma; trújolo el Rvdmo. Fr. Francisco de Victoria, primer obispo de Tucumán, hijo desta casa, varón docto, que fuimos novicios juntos y condiscípulos en las Artes y Philosophía. Esta capilla de las Reliquias es celebrada por la multitud que dellas hay, ma-

yores y menores, en cantidad de famosísimos santos. Hay entre ellas un poquito del verdadero Lignum Crucis, donde Christo murió, y un cabello de Nuestra Señora. Luego se sigue la del glorioso san Jacinto, con retablo dorado y figura del santo muy buena. La capilla bien adornada; hizose solemnísima fiesta el día que en esta ciudad se celebró la canonización del santo, con admirable adorno de la iglesia y más del claustro, con un coloquio amosísimo de la vida de este santísimo hermano nuestro. Aquí se ha juntado la imagen de san Raymundo, ahora nuevamente canonizado por Clemente Octavo, que canonizó á san Jacinto, en cuya fiesta fué mucho más el ornato del claustro. Debajo del coro, al uno y otro lado, hay dos capillas, al de la Epístola una de los indios con imagen de Nuestra Señora, de bulto, y otra de los negros, asimismo con imagen de bulto, también de Nuestra Señoral. Los mulatos tomaron otra, que es por donde se sale al claustro, esta es la menos adornada. Será Nuestro Señor servido se adorne á su servicio y de su Santísima Madre.

CAPÍTULO XXV.

DE LOS PROVINCIALES QUE HAN AUMENTADO EL CONVENTO

Dijimos arriba que el principal fundador deste convento fué el religioso y no menos valeroso Fr. Tomás de San Martín, primer provincial, el cual, después de haber comenzado la obra de la iglesia fué el que buscó y atrajo todos aquellos capitanes y otras personas á que tomasen las capillas y las dotasen; buscó y atrajo al convento mucha renta de otras partes, como fué que á su persuasión el capitán Gabriel de Rojas hizo limosna á este convento de 6,000 pesos ensayados con no más obligación de que le encomendasen á Dios Nuestro Señor en los capítulos, lo cual perpetuamente se hace, y en las misas como á principal bienhechor nuestro.

Fray Domingo de Santo Tomás, maestro de santa Teología, fué el primero que imprimió y redujo á arte la lengua general deste reino. Varón de grande entendimiento y prudencia, en nuestro convento no sé que haya aumentado por que siendo provincial le fué forzoso ir á no sé qué á España;

pero se conoció tenía poca afición á los bienes temporales, ni para el convento ni para otro alguno, como se experimentó. Y es que había en la ciudad un mercader llamado Nicolás Ocorco, hermano de Juan Antonio Ocorco, el rico; estándose para ir á España con 80,000 pesos y más ensayados, dióle el mal de la muerte; envía á llamar al padre nuestro Fr. Domingo de Santo Tomás, que había pocos días era llegado de España, y dice le confiese y que allí tiene 80,000 pesos y más ensayados, que como le fía el ánima le fía y entrega la hacienda para que haga de ella lo que quisiere, en bien y descargo de su conciencia, porque no tiene heredero forzoso. No creo otro que apostólico varón hiciera lo que este hizo: toda la hacienda repartió entre pobres y particularmente al hospital de los naturales desta ciudad. Bastante argumento es del poco amor que á la plata tenía. Luego, de allí á poco, le hizo merced su Magestad de la silla episcopal de la ciudad de La Plata.

Lo que allí hizo y su muerte, cuando trataremos de los obispos destes reinos lo diremos.

CAPÍTULO XXVI.

DE LOS PROVINCIALES DE NUESTRA ORDEN

A este excelentísimo varón sucedió el gran Fr. Gaspar de Carvajal, religioso de mucho pecho y no menor virtud, carretera y llana, el cual á todos los conventos que llegaba cuando los iba á visitar, en lo espiritual y temporal, favoreciéndolo el Señor, dejaba aumentados: en su tiempo, en parte dél, fué prior desta casa el muy religioso maestro Fr. Tomás de Argomedo, varón docto y de mucho ejemplo, el cual, el año de 60 me dió el hábito, á quienes si no era cuál ó cuál, nos quitaba los nombres y nos daba otros, diciendo que la nueva vida nuevos nombres requería; yo me llamaba Baltasar, mandó me llamase Reginaldo, y con el que me quedé hasta hoy. Este religiosísimo varón fué el primero que en nuestro convento comenzó á poner orden en el coro, que hasta entonces no lo había por no haber religiosos que lo sustentasen. En pocos meses tomamos más de treinta el hábi-

to, con los cuales, y los demás sacerdotes del convento, se comenzó de día y de noche, como en el más religioso de España, á guardar la observancia de la religión; y lo mismo se comenzó en los demás desta ciudad porque hasta este año de 60 muy corto era el número de religiosos que había en los conventos.

Para que se vea cuán en breve tiempo la mano del Señor ha venido favorabilíssima sobre todos ellos: dióme la profesión el padre provincial Fr. Gaspar de Carvajal cumplido mi año de noviciado, que ojalá y en la simplicidad que entonces tenía, hubiera perseverado. A este boníssimo varón sucedió el padre Fr. Francisco de San Miguel, venerable por sus canas y vida ejemplar; muy afectado á la virtud. Dióle nuestro Señor este dón; tenía en su mano al auditorio para le alegrar y para le compungir y hacer derramar lágrimas. Después del cual fué provincial el padre Fr. Alonso de la Cerda, hijo deste convento, varón recto, de unas entrañas humaníssimas, gran religioso y de muy buen ejemplo. Siendo prior compró el retablo para el althar mayor, de media talla, de boníssimas figuras, que costó 3500 pesos puesto en el althar; fué el primero que comenzó á edificar el convento, haciendo una enfermería muy buena con muy alegres celdas altas y bajas, como se requieren para el regalo de los enfermos; ayudó mucho á ésto una legítima que dejó siendo novicio el padre Fr. Tomás de Heredia. Todos los que en esta enfermería mueren ganan indulgencia plenaria, como he visto las letras apostólicas. Siendo provincial el padre Fr. Alonso de la Cerda, fué prior el padre Fr. Antonio de Cribas, doctíssimo varón y maestro mío en la Teología, y fué después obispo de Cartagena, en el Reino de Tierra Firme, como diremos.

Volviendo á nuestro provincial Fr. Alonso de la Cerda, en los cargos que en la orden tuvo fué muy bien quisto de los religiosos por su llana condición y bondad. Fué después obispo de Puerto Cabello y luego de Charcas, como escribiremos en su lugar.

Subcedióle en el provincialato el padre Fr. Andrés Vélez, docto y buen predicador, de agudo ingenio; fuése á España y por eso no tenemos nada que tratar del aumento deste convento, á quien sucedió el padre Fr. García de Toledo, va-

rón de bueno y galano entendimiento, pero no amplió en el convento como se pensó y en su elección lo prometió el Virrey don Francisco de Toledo, deudo muy cercano suyo. Acabó su cuatrienio y fué electo el padre Fr. Domingo de la Parra, también varón religioso y muy observante; fué á España y no volvió; mas en acabando, fué electo en el Cuzco el provincial Fr. Domingo de Valderrama, maestro en santa Teología, buen predicador, el cual comenzó la casa de novicios, de las buenas que hay en la orden, y fuera tiene cincuenta celdas altas y bajas.

Acabado el cuatrienio deste, fué electo en provincial el padre Fr. Agustín Montes, presentado en santa Teología, hijo deste convento, donde tomó el hábito de 15 años; varón muy religioso y amigo de ampliar con edificios su casa, el cual acabó la casa de novicios, hizo el claustro bajo, adornándolo con lienzos de figuras é imágenes de santos muy devotos; augmentó la sacristía con ornamentos y mucho servicio de plata y un cáliz todo de oro; augmentó también el retablo del althar mayor; hizo un cofre grande de plata en que en el retablo colocase el Santísimo Sacramento, porque hasta entonces no estaba sino en una cajita de madera.

A éste subcedió el padre maestro Fr. Salvador de Rivera, hijo deste convento, en el cual tomó el hábito de 17 á 18 años; buen predicador, es hijo de padres nobles de todos los cuatro costados: su padre se llamó Niculás de Rivera, el viejo; su padre fué uno de los de la fama de la isla del Gallo, varón liberal, su casa era hospital de todos los de su patria y enfermería deste nuestro convento. La madre se llamaba doña Elvira de Avalos, de cuya virtud en breve no se puede tratar. En su tiempo se acabó todo el cuerpo de la iglesia con la mayor perfección; hiciéronse paños de terciopelo carmesí bordados con oro, la que cubren de alto á bajo, tan buenos que en nuestra España se hallan pocos iguales. Acabó el claustro y la portería, tan buenos como los mejores de Castilla; sin otras cosas tocantes á la sacristía, todo lo cual hasta aquí augmentado han hecho los provinciales con lo que han aplicado de los salarios de las doctrinas donde viven los religiosos.

Al sobredicho padre subcedió el presentado Fr. Diego de Ayala, hijo también deste convento, el cual por vivir poco é

irse á España, y pasando en Italia murió en Roma, y hay poco que decir dél.

Subcedióle el padre maestro Fr. Juan de Lorenzana, el más docto destos reinos, hijo, creo, de Salamanca; buen religioso, de claro ingenio, el cual, después de haber leído muchos años Teología, fué electo en provincial; gobierna á la hora que esto escribo; lo que haya augmentado no lo sé.

CAPÍTULO XXVII.

DE LOS RELIGIOSOS QUE SUSTENTA

Y porque dije que en muy breve tiempo se ha multiplicado esta casa favoreciéndole la Magestad del muy Alto, el día de hoy sustenta 130 religiosos, lo cual causa admiración, porque no hay en toda la cristiandad conventos de 400 años á esta parte fundados, si no son cuál ó cuál, que sustenten otros tantos. Celébranse en esta casa los officios divinos de día y de noche con tanto concierto como en el más religioso de la orden; los estudios con todo el rigor posible y las demás ceremonias muy al justo. El coro tiene sillas altas y bajas de madera y de cedro labradas, de media talla los respaldares y de admirables figuras de santos que si fueran doradas no había más que desear; costaron 18,500 pesos de á nueve reales y el oficial perdió mucha plata.

En este breve tiempo han salido deste convento siete obispos, y tres casi á un tiempo juntamente, solo en lo cual excede á todos los conventos, no de nuestra orden, pero de las demás en España.

El primero fué el Revdmo. Fr. Tomás de San Martín, de quien tratamos arriba y trataremos algo más cuando escribiremos sobre los obispos que en este reino he conocido; primer obispo de la ciudad de la Plata, el cual obispado dominaba todo el reino de Tucumán y la provincia de Santa Cruz de la Sierra.

El segundo, el Revdmo. Fr. Domingo de Santo Tomás, de la misma ciudad.

El tercero, el Revdmo. Fr. Alonso de la Cerda, primer obispo de Puerto de Cabello.

El cuarto, el Revdmo. Fr. Alonso Guerra, primer obispo del Río de la Plata, el quinto el Revdmo. Fr. Francisco de Victoria, primer obispo de Tucumán. Estos tres señores obispos son hijos de este convento y todos tres se vieron obispos juntos en su casa.

El sexto, el Revdmo. Fr. Antonio de Hervías, obispo de Cartagena, en el reino de Tierra Firme.

El séptimo, el menor y más indigno, soy yo, á quien la Magestad de Dios levantó á obispo de Imperial, reino de Chile y espero en Nuestro Señor se han de sacar más.

Demás destes señores obispos, ha hecho Nuestro Señor merced á nuestra sagrada religión en nuestros tiempos dándole en estas partes varones apostólicos que con mucho celo del servicio de Nuestro Señor y de las ánimas, han predicado á los naturales la Ley Evangélica con claro ejemplo de costumbre y vida. Uno dellos fué el padre Fr. Melchor de los Reyes, que después de muchos años vino á morir á nuestro convento, y abriéndose su sepultura al cabo de siete años se halló su cuerpo entero y los hábitos y capa de anascote sin lesión alguna, y ésto el señor arzobispo de México, Bonilla, Visitador de la Audiencia Real, lo vió, é yo también, y todo el convento.

El padre Fr. Benito de Xarandilla, verdadero hijo de Santo Domingo, el cual por más de 40 años en el valle de Chicama, 5 leguas de la ciudad de Trujillo, se ejercitó en la conversión de los naturales sin salir de aquel valle, donde vivió con admirable ejemplo.

El padre Fr. Baltasar de Heredia fué un religioso esencial, el cual, aunque no se ocupó tanto en doctrinar los naturales, no obstante se ejercitó en muchas obras de virtud y caridad que le hallaron muerto hincado de rodillas, en una chácara de la ciudad de la Plata, estando para venir al reino de Chile por vicario provincial y visitador, por tierra.

El padre Fr. Antonio de Figueroa, hijo deste convento, fué un varón gran religioso y muy libre de cualquier interés humano; fué muchos años superior deste convento con mucho ejemplo de vida y costumbres; fué mi maestro de novicios, á quien debo más que á mis padres. A todos los referidos padres conocí y traté mucho de vista; otros muchos han habido buenos religiosos, empero estos, conforme á lo que de ellos

conocíamos, son los más aventajados, que para estos defectuosos tiempos son afamados.

CAPÍTULO XXVIII.

DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

Hay en esta ciudad otro convento del Seráfico Padre San Francisco que en breves años ha florecido y florece en religión, santidad, letras y número de religiosos con admirable ejemplo, donde yo he conocido famosos varones.

El padre Fr. Luis de Oña, que fué provincial, varón consumado y no menor púlpito (sic). El padre Fr. Gerónimo Villacarrillo; el religiosísimo Fr. Diego de Medellín, deudo nuestro, obispo de Santiago de Chile, donde murió como un santo, habiendo vivido en la orden con gran religión más de 60 años. Halléme en su muerte, siendo en aquel reino primero provincial de mi orden, no lo mereciendo, y fué Nuestro Señor servido hacerme esta merced. El padre Fr. Juan del Campo, gran varón en opinión de santidad y letras. Todos los cuales fueron provinciales y algunos vicarios generales ó comisarios, como en esta sagrada religión se nombran. Es mucho más moderno que el nuestro, que no creo ha 45 años se fundó, por lo arriba dicho; ha crecido favoreciéndolo la mano del Altísimo; el edificio de la casa, bueno y alegre, con muchas fuentes y un estanque que llaman.....dado por el Marqués de Cañete el Viejo, de buena memoria, el cual era como casa de recreación del Marqués Pizarro. Sustenta 130 y más religiosos y estudio; han salido della tres obispos. El Revdmo. Fr. Diego de Medellín, de quien poco ha tratamos; el Revdmo. Fr. Juan Izquierdo, obispo de Puerto de Cabello y ahora obispo de Yucatán; el Revdmo. Fr. Fernando Trejo, obispo de Tucumán, los dos últimos hijos de esta provincia, y se espera habrá otros muchos más; el padre Fr. Gerónimo Villacarrillo y el padre Juan del Campo no quisieron iglesias, enviándoles cédulas dellas Su Magestad, tanta era la humildad y religión destos venerabilísimos padres.

CAPÍTULO XXIX.

DEL CONVENTO DE SAN AGUSTÍN

El convento de nuestro Padre San Agustín, ó por mejor decir, de nuestro abuelo, es más moderno, empero de buen edificio. Comenzóse la iglesia toda de ladrillo y cal y de muy buena traza. También ha crecido en número de religiosos en breve tiempo, porque no hace cuarenta y cuatro años que se fundó esta orden en este reino; hubiera crecido más si las obras de los edificios dieran lugar á recibir novicios. Sustenta 60 religiosos, y más, con mucha religión, letras y ejemplo: ha habido famosos varones, los cuales yo he conocido. El padre Fr. Juan de San Pedro fué 4 veces provincial, varón de gran opinión y crédito; el padre Fr. Andrés de Santa María, varón muy religioso, murió siendo provincial; el padre Zepeda; el padre Corral, gran predicador, que por predicar la verdad padeció un poco de riesgo en el Cuzco; el padre maestro Fr. Diego Gutiérrez, muchos años lector de Teología en su casa; el padre Fr. Juan de Almaraz, maestro en santa Teología, discípulo deste sobredicho padre, fué catedrático de escritura en la Universidad, murió provincial y electo obispo del Río de la Plata, hijo deste convento. El Revdmo. Fr. Luis López, obispo de Quito, varón docto y predicador, maestro de los que ahora predicán y enseñan en su orden, hombre prudente mucho y de gran ánimo, emprendió el edificio de la iglesia todo de ladrillo y cal, como acabamos de decir, siendo provincial y después prior, varón derechamente religioso de gran ejemplo y verdad; el padre maestro Fr. Alonso Pacheco, ahora provincial y lo ha sido otra vez, hijo desta casa, donde tomó el hábito ahora 37 años, siendo de 16, varón de letras, púlpito ejemplar, gran religioso. Otros muchos religiosos tiene que la brevedad no dá lugar á tratar dellos: á su Orden se le quede este cuidado.

La capilla del Crucifijo de los plateros es muy devota; tiene cofradía que siempre es celebrada con mucho concurso de gente y mucha cera.

CAPÍTULO XXX.

DEL CONVENTO DE LA MERCED

El convento de Nuestra Señora de las Mercedes, después del nuestro, es el más antiguo en esta ciudad. La iglesia es bien edificada, aunque no de bóveda, con sus capillas colaterales. Conocí en este convento al padre Orenes y al padre Fr. Juan de Vargas, que fueron provinciales; ambos varones religiosos y de mucho y buen ejemplo. El padre Angulo y el padre Ovalle, catedrático de Prima de Teología en la Universidad, varón religioso. Sustenta este convento 60 religiosos; la sacristía tiene muchos y muy buenos ornamentos.

CAPÍTULO XXXI.

DEL CONVENTO DEL NOMBRE DE JESÚS

En nuestros días, siendo ya sacerdote, se fundó el colegio del nombre de Jesús de los padres de la Compañía, habrá 30 años. Es para dar muchas gracias á Nuestro Señor y á su Santísimo nombre ver en cuán breve tiempo ha crecido en número de religiosos y haciendas, porque el día de hoy sustenta más de 80 religiosos, sin la casa de los novicios que tiene fuera de la ciudad. El primer fundador fué el padre Portillo, gran predicador y bonísimo religioso, con otros padres que con él vinieron, á quienes hospedamos en casa y de allí salieron para irse al sitio donde ahora viven, uno de los mejores del pueblo. Ayudóle nuestro convento y acreditóles en todo lo posible, y reconocen la buena obra que se les hizo, porque en llegando nosotros á las suyas no hacen toda caridad. Después la augmentó el padre Acosta, provincial, gran predicador y muy docto, y otros religiosos siervos de Dios y con ánimos de se entrar por la tierra á predicar la ley evangélica sólo con las armas de la fee.

CAPÍTULO XXXII.

DEL CONVENTO DE LOS DESCALZOS

De pocos años á esta parte se ha comenzado á fundar, de la otra parte de la puente y río, no son 14 años pasados, el convento de los Descalzos, con gran abstinencia y cristiandad. Este convento Nuestro Señor lo prosperará como cosa suya y donde se sirve mucho á su Divina Magestad.

CAPÍTULO XXXIII.

DEL MONASTERIO DE LA ENCARNACIÓN

El monasterio de la Encarnación, de monjas, que há se fundó poco más de 45 años por doña Leonor Portocarrero y doña Mencía de Sosa, su hija, es como cosa de milagro ver en cuán poco tiempo lo que ha crecido en toda virtud y en religiosas profesas, con favor del Altísimo Dios, que el día de hoy sustenta más de 140 monjas, sin más de 40 novicias, con toda religión y ejemplo. Madre é hija fueron las dos principales fundadoras, las cuales han gobernado y ahora doña Mencía de Sosa, abadesa, con tanta prudencia y discreción que parece más que humana. Con madre é hija entraron otras dueñas y doncellas, Antonia de Castro y Antonia Velásquez, doña Juana Girón; dos hermanas, doña Isabel y dona Inés de Alvarado, doña Mariana de Adrada, doña Juana Pacheco, todas cuasi viven el día de hoy. Tiene este convento una excelencia, que no sé si en la cristiandad se halla el día de hoy: el cuidado en celebrar los oficios divinos, la solemnidad y concierto, con tanta música de voces admirables, con todo género de instrumentos, que no parece cosa de acá de la tierra, y sobre todo los sábados, á la salve, donde concurren la mayor parte del pueblo y de las órdenes, muchos religiosos á oírlas. Yó, confieso de mí, que si todos los sábados, hallándome en esta ciudad, me diesen mis preladados licencia para oírla, no la perdería. Los señores in-



quisidores muchos sábados no la pierden y los virreyes hacen lo mismo; ha usado Nuestro Señor con este terrestre convento como el de la Concepción, de su larguísima misericordia y particular cuidado en conservarlas en su servicio, que con no ser los edificios muy altos, las ha guardado y guarda, de suerte que jamás se ha imaginado cosa que no sea virtud y religión; porque ni duerme ni dormirá el que guarda á Israel. Guardan la profesión y regla de las monjas de San Pedro de las Dueñas de Salamanca, sujetas al ordinario; pretendieron con todas sus fuerzas ser monjas nuestras, empero, nunca pudieron acabar con el padre Fr. Gaspar de Carvajal, de quien arriba brevemente tratamos, siendo provincial, que las recibiese, aunque el prior del convento el padre maestro Fr. Thomás de Argomedo, las favorecía todo lo posible, y por muchos días no perdieron la esperanza, y rezaban el orden de rezar nuestro y guardaban las constituciones de nuestras monjas, hasta que ya perdida tomaron la que tienen y profesan. Celebran en este convento el Tránsito de Nuestra Señora.

CAPÍTULO XXXIV

DEL MONASTERIO DE LA CONCEPCIÓN

El monasterio de monjas de la Concepción habrá 35 años se fundó. Fué fundadora dél doña Inés de Rivera con gran pujanza de haciendas, así en muebles como en raíces; hále augmentado Nuestro Señor mucho á su servicio. Susténtanse en él más de 120 monjas de velo y muchas novicias; hay en él grandes siervas de Dios, grandes religiosas de mucha penitencia, buen gobierno, y entre ellas han gobernado no poco tiempo con título de subprioras (hasta que Nuestro Señor llevó al Cielo la fundadora á pagarle el servicio en su favor hecho, y el que se hace y se ha de hacer) María de Jesús, gran religiosa, después de la cual han gobernado dos hermanas, doña Leonor de Rivera y doña Beatriz de Orozco, ya con título de abadesa. (porque acabando la una de ser abadesa, elejían á la otra) con gran ejemplo, religión, prudencia y blandura y no poca penitencia, con la cual á las demás

animaban al cumplimiento de lo profesado. Veíanlas en los trabajos las primeras, por lo cual nadie se excusaba: hacen lo que Cristo Nuestro Señor:—el mayor entre vosotros sea como menor, y el que manda sea siervo de los demás. Gracias á Nuestro Señor que así no se ha dicho deste monasterio como ni del otro. Son sujetas al ordinario. En lo que toca á la celebración de los oficios divinos, si no son iguales en la música al de la Encarnación, vánles pisando los calcañales, y no les hacemos en esto agravio, porque el otro como más antiguo y principio, proveyóle Nuestro Señor de voces y destreza en el canto y todo género de música para alabar á su Magestad. No quiero decir más no me apedreen, aunque es así que en este convento hay religiosas muy diestras y de voces admirables, y en el órgano famosas.

CAPÍTULO XXXV.

DEL MONASTERIO DE LA TRINIDAD

Fundóse otro monasterio de monjas llamado de la Trinidad habrá 20 años, de la orden de San Bernardo; fundadoras fueron madre é hija, doña Lucrecia de Soto y doña Mencia. Doña Lucrecia fué casada con Juan de Rivas, vecino de la ciudad de la Paz, por otro nombre llamada el Pueblo Nuevo; siendo ambos ya viejos, y la hija viuda, aunque moza, se concertaron marido y mujer que se metiesen monjas madre é hija y fundasen este monasterio con la hacienda que tenían, que era mucha: salieron con su intento la madre é hija. Eligieron por sitio el que dejaron los padres de San Agustín donde gastaron mucha plata en un dormitorio alto y bajo y en sacar los cimientos de la iglesia, de tres naves, y se mudaron á medio de la ciudad, donde no tienen tanto sitio como tenían aquí, que es el sitio muy grande: tiene tres cuabras en largo, una huerta muy espaciosa y buena; eligieron para fundar su monasterio, pared en medio de la parroquia de San Marcelo. Vivese aquí con gran recogimiento; tiene bastante-mente lo necesario, pueden recibir seis monjas sin dote y en muriendo alguna de éstas, luego reciben otra. Guardan su profesión al pié de la letra; el locutorio y libratorio se fre-

cuentaba tan poco que no parecía haber en aquella casa monjas. En este tiempo se ha multiplicado porque hay en él más de 30 monjas de velo, y novicias se ván recibiendo. No comen carne en el refectorio perpetuamente; los edificios se ván labrando y Nuestro Señor lo multiplicará todo; no quieren música de canto de órgano: su canto es llano y muy devoto y órgano solamente, y proveyóles Nuestro Señor de una monja tan hábil en la tecla, que es cosa de admiración. En esta Ciudad de los Reyes fué doña Inés de Sosa, hija legítima de Francisco de Talavera, de los antiguos conquistadores, y doña Inés de Sosa, habiendo sido casada dos veces, del segundo marido murió y no dejando hijos, toda su hacienda dejó para que se instituyese un monasterio de monjas descalzas, debajo del título de la Concepción de Nuestra Señora. Edificóse junto á la plazuela de Santa Ana y para él salieron del monasterio de la Concepción las dos hermanas arriba dichas, doña Inés de Rivera y doña Beatriz de Orozco, con otras cuatro ó cinco religiosas, donde guardan la observancia con mucho rigor. Creo es constitución no pueda haber á lo más largo, más que 20 monjas de velo. Espero que á Nuestro Señor se ha de servir aquí grandemente.

CAPÍTULO XXXVI.

DE LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Fuera desta ciudad, junto al camino de Pachacama, fundó Alonso Ramos Cervantes y su mujer, doña Elvira de la Serna, una iglesia con invocación de Nuestra Señora de Guadalupe, á su costa, por orden y licencia del Reverendísimo Arzobispo Mogrovejo, á instancia de un religioso de la dicha orden de San Gerónimo del monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe de España, cuya primera piedra del fundamento de la iglesia puse yó, ya consagrado obispo. El fundador es natural de Medellín, é yó nací en aquel pueblo, para que se entienda que sabe Dios de pueblos pequeños, sacar un Marqués del Valle, don Fernando Cortés, y un obispo, aunque indigno para el cargo, y un fundador de iglesia de Nuestra Señora. Todo esto sea á gloria del Hijo y de la Madre. Es cosa

admirable ver en cuán poco tiempo ha crecido la devoción á aquella iglesia; tiene un retrato al vivo de la imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, puesta en el althar mayor que retrató el mismo religioso de San Gerónimo arriba dicho, con muchas piedras preciosas; tiene muchos y buenos ornamentos y cuatro lámparas de plata y dos althares colaterales en el encaje de las paredes. Es mucha la frecuencia de la devoción de los fieles, porque cada día se dicen allí más de doce misas por devoción, con que pobres sacerdotes se sustentan, y algunas veces sobran las limosnas de las misas. Un buen hombre, luego que se puso la imagen, todos los sábados á cuatro sacerdotes dá á cada uno cuatro reales porque canten la salve; y un hermano del fundador, sacerdote, llamado Esteban Ramos, dejó instituída una capellanía en esta iglesia de más de doscientos cincuenta pesos de renta. Es cosa admirable la devoción que los fieles tienen á la advocación de esta iglesia y cómo se vá multiplicando, porque hasta en la mar los que se hallan en tormentas reciben mil favores de Nuestra Señora, y así ningún navío deja de traer limosna á esta iglesia. Un religioso del convento de Nuestra Señora de Monserrat fundó también otra iglesia con la misma advocación.

El Rvdmo. desta ciudad ha hecho otro monasterio con título de Santa Clara en el mejor sitio de ella, con limosna que ha pedido á naturales y á todo género de gentes cuando visita su obispado y con parte de su hacienda. Cuando esto escribo debe estar acabado, pero hasta ahora no sabe hayan entrado en él ningunas monjas; tienen mucho y gran sitio y muy bien cercado. Los clérigos han hecho otra iglesia llamada San Pedro, una cuadra más arriba del convento de San Francisco, donde se entierran los sacerdotes pobres y los curan de sus enfermedades. Entiérranlos con mucho acompañamiento. Fué fundador la cofradía de la Caridad; tiene una casa de recogimiento del mismo nombre, donde se recogen algunas doncellas pobres debajo del gobierno de una matrona honrada y buena cristiana, y se les provee de lo necesario. El día de la Asunción de Nuestra Señora, sacan desta casa seis doncellas y las traen en procesión á la iglesia mayor y a queste mismo día se les dán maridos y su dote señalado.

La cofradía del Santísimo Sacramento es muy rica, y acompaña en esta ciudad, cuando sale afuera, con mucha cera y mucho concurso de gente; tanto como en cualquiera parte del mundo. Las varas del palio llevan sacerdotes con sus sobrepellices y el guión así mismo, y dos maceros con dos mazas grandes de plata delante del Santísimo Sacramento; á los sacerdotes que llevan las varas, al del guión y á los maceros, les dá la cofradía, por cada vez, á cada uno, cuatro reales de limosna. Esta cofradía está fundada en nuestro convento con las gracias de la Minerva de Roma.

La cofradía de la Veracruz así mismo está fundada en casa nuestra; tiene bastantemente lo que ha menester con su capilla por sí, detrás de la capilla del capitán Diego de Agüero, bien adornada, donde en los días de la Cruz se saca en procesión un pedacito del Lignum Crucis, en que Cristo Nuestro Señor murió, con gran veneración y concurso de todo el pueblo y muchas hachas de cera y de más de á media libra para todos los cofrades.

En otros monasterios hay otras, como en San Francisco la de la Concepción de Nuestra Señora, muy rica; en San Agustín, la de Santa Lucía y la del Crucifijo que tienen los plateros, y todas tienen sus cofrades que llaman veinte y cuatros, los cuales en los días señalados que hacen sus procesiones, llevan cirios encendidos, y cuando alguno destos veinte y cuatros muere, los demás han de acompañar el cuerpo con sus cirios; le han de mandar decir cada uno una misa rezada.

Los negros tienen sus cofradías aparte y veinte y cuatros. Es cosa de ver cuánto cirio sacan en muriendo alguno; yo ví un acompañamiento de una negra que me admiró, es cierto que acompañaban el cuerpo más de treinta cirios, sin la cera menuda. La capilla que llaman de la cárcel, donde los presos así de la cárcel de corte, como los de la ciudad, oyen cada día misa, es una de las buenas cosas que en provecho de los pobres presos se ha fundado en el mundo. Juntáronse algunos para pedir limosna para los pobres de la cárcel, y lo tomaron tan á pecho, que cuando les faltaba, lo suplían desde sus haciendas y casas. Determinaron de entrar á pedir limosna al Marqués de Cañete, de buena memoria, y para hablarle no fué necesario aguardar mucho: luego les mandó entrar; bésanle las manos, suplicanle les mande dar

limosna para los pobres de la cárcel y de primera instancia mándales dar cien pesos, y para cada mes, en adelante, tuviesen cuidado de pedir á su mayordomo cincuenta pesos, que luego los daría, como así fué. Desta suerte los pobres están asistidos y la capilla tiene señalado capellán con muy buen producto, y el capellán ha de ser graduado de doctor para confesar los presos y predicarles, y para los que han de ajusticiar exhortarlos y salir con ellos. Ahora hay señalados mayordomos y oficiales, que tienen por mucha honra ser de los principales desta cofradía. La advocación de la capilla es de San Pedro; celébrase la fiesta el día de su cátedra con mucha solemnidad, y porque en la capilla no cabe el pueblo, cúbrese la plaza, buena parte, con velas de navíos y el púlpito pónese á la puerta de la capilla, de suerte que, en la capilla y plaza cubierta, entra toda la gente que concurre.

CAPÍTULO XXXVII.

DE LA UNIVERSIDAD

Su Majestad el Rey Felipe II, de inmortal memoria, celo so del bien deste reino, como lo son todos los que gobiernan con tanta justicia y cristiandad cuanta ningún rey ha gobernado hasta ahora, mandó se fundase una universidad donde se leyesen las ciencias, y á los que en ella se graduasen les concedía las excepciones que gozan los graduados en Salamanca. Por orden de su Majestad la instituyó y fundó el Visorrey don Francisco de Toledo, donde se lee por muy doctos maestros y doctores, Latinidad, Artes, Lógica, Filosofía, Cánones, Leyes, con suficiente salario, y Escritura Divina; Medicina hasta hoy no se ha leído, ni Retórica ni Astrología. Corren á estudiar de Quito y Chile nacidos en estas tierras buenas habilidades. Con esta universidad ha hecho gran bien y merced su Majestad á los reinos, hálos ennoblecido y há descargado mucho su conciencia real, gratificando y haciendo hombres á los hijos, nietos y tataranietos de los conquistadores y pobladores, á cuyos antecesores no se les había hecho mercedes, y si hecho, no tanta cuanta sus servicios merecían. De los nacidos acá, se han graduado, y con ri-

gurosísimo examen, algunos doctores y maestros en las facultades dichas, y se graduarán muchos más é ván graduando, por lo que ni los graduados en otras universidades se desdeñan de incorporarse en esta. También por orden de su Majestad, se fundó un colegio llamado el Real donde sustentan cierto número de colegiales á costa de su Majestad para descargo de su real conciencia, bien y merced de sus vasallos; llámase San Felipe, dáseles lo que se suele dar en otros colegios. El Arzobispo don Toribio Mogrovejo, fundó otro, que es el Seminario que manda el Concilio Tridentino; hay pocos colegiales. Los padres de la Compañía tienen otro colegio, á las espaldas de su casa, donde enseñan solamente latín, nombrado San Martín, á devoción del Visorrey Dn. Martín Enríquez: por cada muchacho que allí entra paga 120 pesos cada año.

CAPÍTULO XXXVIII.

DE LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE COPACABANA

En la provincia del Collao (como en su lugar diremos) hay un pueblo de indios llamado Copacabana; aquí hay una imagen de Nuestra Señora que ha hecho no pocos milagros, ahora en nuestros días; á devoción de esta imagen, en todos los pueblos casi de españoles y en muchos de indios, se han pues imágenes de Nuestra Señora con la mayor devoción. En esta ciudad se hizo una capilla, del Perdón, de la iglesia mayor, con una imagen nombrada Nuestra Señora de Copacabana, la cual debe haber diez años, poco más, se puso donde con gran devoción concurre el pueblo, la cual tiene muy adornada, y un capellán que sirve en esta capilla y se sustenta muy abundantemente con las limosnas que acuden.

Sustenta esta ciudad cuatro hospitales: uno de españoles llamado San Andrés, por respeto del Marqués de Cañete don Andrés Hurtado de Mendoza, de buena memoria, á quien dejó su hacienda, dió muchas limosnas y crecidas, pasadas de 30,000 pesos, como diremos cuando trataremos de su gobierno y virtudes. Aquí se curan solamente españoles y negros de todas enfermedades con mucho cuidado y regalo. La

enfermería de las enfermedades cotidianas, es á modo de cruz; el un brazo muy cercano á la puerta, sirve de cuerpo de iglesia; los otros tres para los enfermos, en las paredes hechos sus encajes, donde está la cama del enfermo con su cortina delante, y de donde pueden ver misa; el altar se colocó en medio destes brazos. Después acá no sé que virrey le haya hecho tantas limosnas. Fuera destas enfermerías hay otros apartamientos para curar otras enfermedades contagiosas. Quien con más cuidado comenzó á tenerse de los pobres hasta que la edad no le permitió, fué el padre Molina, sacerdote, gran celador de los enfermos y aumentador de las haciendas del hospital con notable ejemplo de vida y cristiandad, con la cual acabó en el Señor.

El segundo se llama Santa Ana, donde solamente se curan indios: fundólo á su costa, así la iglesia como la capilla mayor de bóveda y lo demás de buenos edificios, el Iltmo. y Rvdmo. Fr. Gerónimo de Loayza, primer Arzobispo desta ciudad y reinos, de feliz recordación, dejándole bastantísima renta, donde murió y está enterrado. El día de su advocación se gana y muchas veces indulgencia plenísima, mejor diré jubileo plenísimo. Cúranse aquí los indios de todo el reino que caen enfermos con todo el regalo y cuidado posible, donde ha habido grandes siervos de Dios, seglares, que se han venido ellos mismos y dedicado al servicio de los indios y entre ellos floreció, en nuestro tiempo, el padre Machín sacerdote vizcaíno, y otros muchos.

El tercero es nombrado el Espíritu Santo; aquí se curan solamente los marineros, porque ellos á su costa lo han fundado, han hecho una buena iglesia. Los edificios ván labrándose; cada navío le acude con una soldada, fuera de las limosnas que piden en los viajes, y otras que marineros é pilotos les dejan al tiempo de su muerte. Háse fundado otro, que es el cuarto, llamado San Diego, de convalecientes; este es muy moderno; aquí se dá bastante recaudo á los tales hasta que enteramente han recuperado la salud y puedan trabajar.

CAPÍTULO XXXIX.

DE LA IGLESIA MAYOR

Hasta ahora la iglesia mayor desta ciudad era muy pobre de edificios, solamente la capilla mayor era de bóveda, del Marqués don Francisco Pizarro, dotada por él con una rica capellanía, y al lado del Evangelio, en la pared, tiene su sepultura. Ahora se ha hecho una muy buena, de cal y ladrillo, de tres naves donde se celebran los divinos oficios con mucha puntualidad y canto de órgano. En esta santa iglesia está fundada la cofradía de las Animas del Purgatorio, en su capilla, con althar privilegiado, donde cada misa que en él se dice se saca una ánima del purgatorio, y son tantas las que cada día se dicen, que al cabo del año pasan de 4,000, y al sacerdote que la dice, se le dá luego su limosna acostumbrada, de suerte que se sustentan sacerdotes pobres, porque allí tienen la limosna cierta. Hay otras capillas, tal como la de los carpinteros, la de San José, cuya festividad celebran con grande aplauso, y los zapateros, otra con la advocación á San Crispino y Crispiniano, que los celebran como mejor pueden; los negros tienen también otra cofradía, como ya dijimos:

CAPÍTULO XL.

DE LOS EDIFICIOS

Los edificios desta ciudad son de adobe, pero buenos, y como no llueve, los techos de las casas son chatos. Las casas principales tienen sus azoteas; desde afuera no parece ciudad sino un bosque por las muchas huertas que la cercan, y no ha muchos años que casi todas las casas tenían sus huertas con naranjos, parras grandes y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan; empero, como se ha poblado tanto, por maravilla hay casa que tenga árbol ni parra. La plaza es muy buena y cuadrada, porque toda la ciudad es de cuadras, tiene los dos frentes cer-

cados de ladrillos y sus corredores encima, ó por mejor decir, doblados en los portales; arriba mucho ventanaje y muy bueno, de donde se ven los regocijos que en ella se hacen. Estos portales y arquería adornan mucho la plaza y defienden el Sol á los tratantes, el cual á su tiempo es muy caluroso. Debajo destes portales hay muchos oficiales de todo género que en la plaza se sufre haya.

Lo que en esta ciudad admira mucho, y aún se había de refrenar, es los vestidos y trajes de las mujeres; son en esto tan costosas que no se sabe cómo lo pueden sufrir sus maridos; no creo yo hay, en lo descubierto del mundo, ciudad en su tanto ni cuatro veces mayor que á tanta soberbia en este particular, como esta nuestra ciudad, llegue. Acuérdome que los años pasados, más há de 38, que llegando un religioso nuestro de España, nacido y criado en Toledo á nuestro convento desta ciudad, cerca de la fiesta del Corpus Christi, tratando della y de la suntuosidad, magestad y riqueza que aquel día en Toledo, en calles y ventanas se mostraba, le decíamos que no nos espantase, porque en nuestra ciudad vería cómo no le hacía mucha ventaja Toledo: llegó la fiesta, vió la riqueza que se mostró en los vestidos de las mujeres, adornos de ventanas, althares y calles, y dijo: que la riqueza de Toledo, en este día mostrada, no hacía ventajas á la desta ciudad; pues es cierto que hay tanta diferencia, de entonces á ahora, en lo que vamos tratando, como de vestidos de aldea á vestidos de corte. Con justo título se podría moderar por los virreyes esta soberbia; pero no sé por qué no se modera, y si sé por qué ni los maridos tienen ánimo para moderarlo ni los gobernadores tampoco.

CAPÍTULO XLI.

DEL ACOMPAÑAMIENTO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Había en esta ciudad una costumbre muy loable, mas ya se vá cayendo por la mucha codicia, y era: que en tocando la campana del Santísimo Sacramento para se dar á los enfermos, por maravilla quedaba hombre en su casa que no acudiese luego á la iglesia mayor; las tiendas de los mercaderes se ce-

rraban y ellos y sus criados, con gran fervor, iban á acompañar al Señor del cielo y de la tierra, y á todos cuantos llegaban, fueran ó no cofrades, se les daba cera; pues en este particular, gasto tan excesivo, no sé como se puede aguantar siendo así que la cera se trae de España. No conocemos ciudad en ningún reino cristiano, que tal gasto de cera tenga, que hasta las cofradías de los indios y los negros llevan sus imágenes de bulto en andas y con sus hachas de cera; esta cofradía es muy rica, tiene muy buenas posesiones de casas y tiendas en la plaza, hizo una custodia toda de plata de muy buena labor y muchos pilares macizos de plata, poco menos que un estado de un hombre, y para llevarla en hombros el día del Santísimo Sacramento, son necesarios doce sacerdotes de remuda y se lleva en un carretón. Esta cofradía dimana de la que está fundada en Roma, en la Minerva, que es convento nuestro. Tiene summa de gracias, indulgencias y jubileos más que otra alguna, y justísimamente por concesión apostólica, tenemosla en nuestro convento. Sucedió, pues, así: viniendo yo en él, recién sacerdote, el domingo siguiente después del jueves que se celebra la fiesta en la iglesia mayor, se celebra en nuestra casa el sábado; antes, tráese la custodia de la iglesia mayor á nuestra casa para sacar en ella, en nuestra procesión el domingo, el Santísimo Sacramento, la cual se celebra con mucha pompa y alegría, saliendo del convento y andando una cuadra en torno, y una frente de la cuadra es la plaza; la peana desta custodia sobre que se arma toda ella, se fija otra custodia de oro toda, muy bien labrada, con que el Ilmo. Fr. Gerónimo de Loayza, Arzobispo desta ciudad, sirvió á la Magestad del Señor, vale tres mil pesos, encima de la cual, en su beril, se pone el Santísimo Sacramento. El padre sacristán era un sacerdote muy esencial; yo lo conocí é traté mucho; fuímos novicios juntos, en un bufete puso las andas en la iglesia, en la capilla del capitán Diego de Agüero, de quien habemos arriba sumariamente tratado. Cubriólas con unos manteles de los que hay sobrados para los althares; sucedió, pues, así: que aquella noche quien quiera que fué, notó bien dónde se ponía la custodia, y después ó antes de maitines de media noche, fuése por la custodia, desclavó la de oro y fué Nuestro Señor servido, que con ser la peana gesabada y porque cualquiera de las puertas de los ge-

sabos podía entrar y salir la custodia de oro, no se fija en este lugar ni está en él sino cuando ha de salir en ella el Santísimo Sacramento, que no acertase aquél infame ladrón á sacarla á hurto ó desclavarla, y no acertó á sacarla. El sacristán era gran siervo de Dios, y de Nuestra Señora muy devoto, llámanla Nuestra Ama, que vió por la mañana la custodia de oro desclavada y que no la pudo sacar aquél más que pérfido ladrón, arrimada á una de las puertas del gesabo, dió muchas gracias á Nuestro Señor y á su Madre Santísima; y si no fué el primero fué el segundo á quien lo dijo: este sacrílego ladrón debía de ser algún tiempo luterano.

CAPÍTULO XLII.

DE LA CHRISTIANDAD DE ESTE PUEBLO

Pues porque digamos á gloria de Nuestro Señor lo que resplandece mucho en este pueblo, aunque es así, que en los trajes es demasíadamente soberbio, con todo eso, es muy christiano. La cofradía de la Charidad, casa tantas doncellas como habemos dicho, y fuera desto, como en todos los monasterios haya tantos jubileos, indulgencias y perdones, los más de los que para ganarse, requieren confesar y comulgar, es cosa de gran alegría ver en los monasterios tanta frecuencia en confesiones y comuniones. Son, pues, tantos los jubileos que en esta ciudad, á los monasterios, iglesias y capillas son concedidos, que no sé yo si fuera de Roma hay otra en toda la christiandad de tantos, ni con tanto fervor se acuda á ganarlos, haciendo y tomando los medios que para ganarlos los sumos Pontífices que los concedieron mandan se tome. A toda esta ciudad, por una parte la rodea el río, por las otras tres, huertas y viñas, llenas de árboles frutales; como dejamos escrito de los de la tierra, si no son plátanos, ya casi no hay otros, por ser de tan buena fruta como los nuestros. El vino, pan y carne que se gasta, es cosa increíble. Buena población es la que consume en el rastro más de 5,000 carneros, sin los que se gastan en la carnicería; y más de 100 reses vacunas, cada semana; carne de puerco no hay quién se atreva á darle á basto, dán tantos para cada día. Oficia-

les, tanto género de ellos como en Sevilla. El puerto, uno de los mejores y más capaz del mundo, abundantísimo á su en tiempo de mucho pescado, donde jamás faltan 40 navíos grandes y pequeños, y dende arriba, de Panamá, México, Chile y Guayaquil. Empero, tiene un gran contrario temeroso y enfadoso, y es los temblores de la tierra, que la suelen descomponer, como el año pasado sucedió uno que derribó muchos edificios, mas en breve se han tornado á reedificar muy mejor que antes, y después que se tomó en suerte por abogada la fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, ha sido Nuestro Señor servido, por intersección de su Santísima Madre, no haya venido temblor dañoso. Celebra la ciudad esta fiesta con procesión, que sale de la iglesia mayor, anda en contorno de la plaza con la solemnidad casi que se celebra la del Corpus Christi, y con tanto concurso del pueblo. No sale el Santísimo Sacramento, ni las cofradías, ni oficiales. En lo demás, la misma solemnidad se guarda.

CAPÍTULO XLIII.

LAS COSAS CONTRARIAS Á ESTA CIUDAD

Es combatida esta ciudad de enfermedades que de cuando en cuando Nuestro Señor, por nuestros pecados, envía, y en otro tiempo lo era de cámaras de sangre, por causa del agua del río. Como dijimos, después de traída la fuente, esta enfermedad ha cesado; las enfermedades cotidianas son, en alcanzando algún nortecillo, romadizo, catarros, juntamente con dolores de costado. El viento Norte en todas estas partes, en Tucumán y Chile, es pestilencia, porque como es de su natural muy frío, en corriendo, son estas enfermedades con nosotros, y en todos los que habitamos de la tierra; y de los demás dos reinos no corren otros vientos sino Norte ó Sur. El Sur sano, el Norte enfermo; demás desto, como las mercaderías se traían de otros reinos, si en ellos han pasado algunas enfermedades contagiosas, nos vienen y causan mucho daño, y gran disminución de los naturales, como ahora lo causa una enfermedad de viruelas, juntamente con sarampión, llevándose mucha gente de todas naciones, espa-

ñoses, naturales, negros, mestizos y de los demás que en esta tierra vivimos, y escribiendo este capítulo, ahora, actualmente corre otra no de tanto riesgo, acá en la sierra como lo fué en llanos, de sarampión, solo el cual en secando, sacude un catarro, que de los muy viejos é niños deja pocos, y en la Ciudad de los Reyes hizo mucho daño, particularmente en negros; y caen en esta ciudad algunos de los conquistadores viejos, á los cuales oí decir que llegados á este valle, les parecía era imposible morirse, aunque también decían habían oído decir á los indios que no fueran poderosos á conquistarlos, si pocos años antes no hubiera venido una enfermedad de romadizo y dolor de costado que consumió la mayor parte dellos. Las frutas nuestras, como son melones, higos, pepinos, col y otras de la tierra, en gente desreglada causa grandes calenturas, á los que si les halla un poco faltos de virtud, los despacha, pero desto es la causa la incontinencia de los necios. Dejo otras particularidades, por no ser prolijo, y no se diga de mí que como aficionado las trato. Serlo aficionado no lo niego, por tenerla por patria, en lo demás no digo tanto de bien como en ella, por la bondad de Dios, ha crecido en tan breves años

CAPÍTULO XLIV.

DE LAS CALIDADES DE LOS NACIDOS EN ELLA

Los que nacen en esta ciudad, meros españoles, son gentiles hombres por la mayor parte, y de buenos entendimientos y animosos, y lo serían más si los ejercitasen en cosas de guerra. Son muy buenos hombres de á caballo y galanos, y para otras cosas que adornan la policía humana, no les falta habilidad. Cuando Don García de Mendoza, Marqués de Cañete, envió contra el inglés tres navíos grandes y otros pataches, yo iba en la almirante, y cuantos criados iban en ella y hombres bien nacidos en entrando en la mar, cayeron como amodorridos y el día que vimos al enemigo, de mareados que estaban no eran hombres, y en tierra riñeran con el gran diablo de Palermo, lo cual si estuvieran hechos á entrar en la mar no les sucediera. Esto no es falta de ánimo si-

no falta de ejercicio marítimo; que los nacidos en puerto de mar y á la lengua del agua, no sepan conocerla, notable descuido es. De las mujeres nacidas en esta ciudad como en las demás de todo el reino de Tucumán y Chile, no tengo que decir sino que hacen mucha ventaja á los varones; perdónenme por escribirlo, y no lo escribiera si no fuera notíssimo. Dos leguas desta ciudad á la parte de Poniente, demora el puerto desta ciudad llamado el Callao, poblado de muchos españoles y otras naciones, con su jurisdicción. Ha crecido mucho y crecerá más, por ser temple más fresco y más sano que la Ciudad de los Reyes, á causa de ser fundado á la orilla ó costa de la mar; solamente le falta agua, y el suelo todo es cascajo, y si alguna tierra hay es salitrosa, y de leña no tiene sino mucha falta. Tiene su iglesia mayor; sustenta cuatro conventos: Santo Domingo, llamado por otro nombre nuestra Señora de Buena Guía, el cual fundó con authoridad de la orden el venerable viejo Fr. Melchor de Villa Gómez; después se ha augmentado de suerte que es priorato; San Francisco, San Agustín, los padres de la Compañía; y se sustentan razonablemente, aunque con pocos religiosos: los más son los nuestros, que son de seis para arriba, y fué necesario fundarlo para que los religiosos que se embarcan se vayan á sus conventos, y no á casa de seglares que es inconveniente. También es fatigado de temblores de tierra, y de tarde en tarde de inundaciones de la mar, porque cuanto ha que le conozco, que son de más de 50 años á esta parte, sola una ha sucedido, que gobernaba el Conde del Villar, de la cual quando de él trataremos, diremos lo que le subcedió. Solo una cosa diré por ser tocante á nuestro convento: antes de la inundación ó justamente con ella, vino un temblor de tierra muy grande, que derribó y arruinó muchos edificios. En el althar mayor de nuestro convento está la caja del Santíssimo Sacramento, y encima desta caja, en un tabernáculo, una imagen de Nuestra Señora, de bulto, grande; con el temblor cayó la imagen, saliendo de su lugar. Todos los hombres de la mar tienen singular devoción á esta imagen y convento. Los navíos que salen, llevan sus alcancías para pedir limosna para Nuestra Señora, y quando vuelven, acuden con la recogida con mucho amor. Tiene el puerto abundancia de pescado al verano, que es desde Noviembre hasta fin de

Abril, luego entran las garúas y hace un poco de frío, y entonces hácese los peces á la mar á buscar abrigo.

CAPÍTULO XLV.

DE LOS VALLES QUE SE SIGUEN

Siguiendo la costa adelante, al Sur, llegamos luego al valle nombrado Pachacámac, no muy ancho, aunque en partes tiene dos leguas y más de fértil suelo. Hay en él muy pocos naturales; las borracheras los han consumido, el día de hoy. A la entrada del valle vemos aquel famoso adoratorio ó huaca, que es un edificio poco menos que el de la huaca de Trujillo, dedicado por los indios al demonio, que les hacía creer era el creador de la Tierra. Es fama en esta huaca haber gran suma de tesoro aquí enterrado y ofrecido al demonio: han algunos cavado en ella, empero, no han dado en él sino sacado plata de la bolsa; hoy la vemos casi cubierta de arena que los aires sobre ella han amontonado. A este valle, cinco leguas adelante, se sigue el valle de Chilca, que son unas hoyas naturalmente hincadas de arena, en las cuales se dá mucho maíz y demás mantenimientos de la tierra; de nuestras frutas, uvas, higos, granadas, membrillos y melones, los mejores del mundo, y las demás frutas muy sabrosas porque la tierra pica en salitre. Este valle ni hoyas tienen agua con que se rieguen, ni del cielo ni de la tierra, pero tiene bastante humedad con el agua que por debajo de la tierra se trasmína, la cual es poderosa para que las comidas crezcan, se multipliquen y lleguen á sazón. Hállanse en estas hoyas fagueyes, que son unos pozos poco hondos, con la mano alcanzamos á ellos, de agua salobre; y hay otros pozos que el agua es un poco mejor, con la cual se sustentan los indios y los españoles, que por aquí caminan. Para sembrar el maíz, usan los indios una cosa extraña: al grano de maíz lo meten en una cabeza de sardina y así lo ponen debajo de tierra; es mucha la que dá esta costa huyendo de los peces mayores. La costa es abundantísima de pescado, lisas, corvinas, lenguados, tollos y otros; los indios usan sus balsas de junco como los demás desta costa y valles. Puerto ninguno tiene; los naturales se van

consumiendo por la razón en el otro capítulo dicha. Luego á cuatro leguas, se sigue el valle llamado Maza, y por otro nombre Mala, con mucha y muy buena tierra, con un río de la mejor agua destos llanos; es río de oro, de aquí se sacaba. 5 ó 6 leguas más arriba está un pueblo pequeño de 100 indios, casados, poco menos, nombrado Calango que lo doctrina nuestra orden. El valle es fertilíssimo de maíz, trigo y más mantenimientos, todo acequiado. Cultívase poco respecto de haberse consumido los indios por las borrecheras. Dos leguas adelante, poco más, se sigue el de Asia, ó por mejor decir, el de Comillo; tiene pocos indios consumidos por lo dicho y malas aguas: el río se sume más de seis leguas antes de la mar y junto á ella revienta en poca agua en una laguna pequeña que se hace cerca del tambo llamado Asia. Tiene buenas tierras, aunque es angosto, de riego. Fueron los indios deste valle ricos de oro y ellos entre los naturales destos llanos los más nobles de condición; fué muy poblado y ya son muy pocos.

CAPÍTULO XLVI.

DEL VALLE DE CAÑETE

Prosiguiendo la costa adelante, á siete leguas andadas, entramos en el valle ancho y fertilíssimo llamado Guarco de los indios, y de nosotros Cañete, por un pueblo que en él se fundó, llamado Cañete, de españoles, respecto del Marqués de Cañete el viejo, de laudable memoria, que fué quien le mandó poblar. Tiene puerto, aunque no muy seguro; las tierras deste valle son muy apropiadas á trigo y maíz, son boníssimas para viñas, olivares y demás árboles frutales y mantenimientos, así de la tierra como nuestros, no tiene río que por medio dél corra. Riégase con dos acequias sacadas desde el tiempo de los Ingas, grandes, del río de Lunahuaná, y el agua es buena; es abundante de ganados nuestros y de crías de mulas muy buenas. Aquí no hay indios naturales; tiene una fortaleza que guarda el puerto fácilmente. El pan de aquí es de lo bueno del orbe, por lo cual ya es proverbio:—en Cañete toma pan y vete; porque como no hay servicio de indios en

el mesón y muy poco recado para los caminantes, no se puede parar mucho en el pueblo. Pasado este valle hay otro de más de tres leguas de ancho y siete de largo, todo acequiado, de fertilísimo suelo si lo hay en el mundo, el cual no se labra por se haber perdido una acequia con que todo se regaba, que hizo sacar el Inga á los naturales del río de Lunahuaná. El valle de Lunahuaná, por donde pasa este río, dista un poco más la tierra adentro, cuatro leguas deste valle; es angosto pero abundante de mucho y muy buen vino y frutas nuestras y de la tierra. Aquí se han conservado los indios un poco más que en los otros valles, y con todo eso se ván apocando.

CAPÍTULO XLVII.

DEL VALLE DE CHINCHA

Síguesele á este valle de Lunahuaná el de Chincha, á pocas leguas, muy ancho y espacioso, sino que le falta agua. Cuando los españoles entraron en este reino habían en él 30 000 indios tributarios, ahora no hay 600 y porque no tienen agua suficiente para que todos pudiesen labrar la tierra, el Inca señor destes los tenía repartidos desta suerte: los 10,000 eran labradores, los 10,000 pescadores y los 10,000 mercaderes; los pescadores no habían de labrar un palmo de tierra; con el pescado compraban todo lo necesario; los labradores no habían de entrar á pescar: con los mantenimientos compraban el pescado, y entre estos labradores había algunos oficiales buenos plateros y el día de hoy han quedado algunos. Los mercaderes tenían licencia de discurrir por este reino con sus mercaderías, que las principales eran mates para beber muy pintados y tenidos en mucho hasta la provincia de Chucuito, en el Collao; no se había de entremeter el uno en el oficio del otro, no debajo de menor pena que de la vida. Con este concierto se sustentaban en el valle tanta cantidad de indios varones con sus casas, que por lo menos chicos, chicas é grandes habían de ser más de 100,000; y el día de hoy no se hallan en él 600 indios. A los deste valle les ha cabido en suerte, por la mayor parte, religiosos nuestros, varones muy esenciales que les doctrinasen, y entre ellos dos grandes

siervos de Nuestro Señor, y aún tres. El primero el maestro Fr. Domingo de Santo Thomás, de quien habemos comenzado á tratar, que en este valle doctrinándolos gastó lo mejor de su vida, con admirable ejemplo y obras, y después fué primer obispo de los Charcas: el segundo Fr. Melchor de los Reyes varón apostólico, gran siervo de Dios, libre de todo vicio que es contrario á la predicación del Evangelio, castíssimo abstinentíssimo, varón de grandes partes; el tercero el venerable Fr. Cristóbal de Castro, el cual, aunque no era tan docto como los referidos, no le hacían ventaja en religión y caridad para con los indios; todos tres grandes lenguas. A este padre Cristóbal, cotidianamente y aún hasta que murió el Ilustríssimo Fr. Gerónimo de Loayza, porque conocía la entereza de su vida, le ocupaba en visitar todo su arzobispado, por lo cual los indios le llamaban el hermano del señor Arzobispo. Todos tres acabaron loablemente. Otros religiosos han tenido los deste valle, pero no de tanto nombre; y para dar á entender lo poco que á estos indios les entraba la fé é indómitos que eran, diré lo que pasó al padre maestro Fr. Domingo de Santo Thomás, en la ciudad de los Reyes Este padre maestro, siendo provincial, fué á España á un capítulo nuestro general, donde todos los provinciales se habían de hallar; volvió y llegado á nuestro convento de los Reyes, viniéronle á ver muchos indios de los de Chíncha, de los principales; á uno de ellos preguntóle la doctrina; no la supo, ó no quiso responder. Díjole el padre maestro:—pues cómo, ¿no te enseñé la doctrina cristiana y la sabías muy bien? Respondió:—padre enseñándosela á mi hijo se me ha olvidado; he dicho esto para que se vea la calidad desta gente. Los indios particularmente los señores, eran riquíssimos de oro y los que ahora son señores, creo lo son. Tiénelo enterrado y hay en este valle muchas huacas; en algunas de las cuales españoles han cavado, mas han sacado de ellas tierra, y plata de la bolsa. A cinco ó seis leguas llegamos al valle Humay de las mismas calidades del de Chíncha, no tan espacioso; no fué tan poblado y en él hay muy pocos naturales; pasa por él un río caudaloso que pocas veces se vadea.

CAPÍTULO XLVIII.

DEL VALLE DE PISCO

Seis leguas adelante llegamos al valle de Pisco, ancho y espacioso, con puerto y agua bastante sacada en acequias del río de Yumay. Fué poblado de muchos indios, hanse consumido como los demás de los llanos; es abundante de todo mantenimiento y de muchas heredades, donde ya casi está fundado un pueblo de españoles. Abunda también en pescado. Entre este valle y el de Ica puso Dios aquellas hoyas que llamamos de Villacori, muy mayores que las que dijimos haber en Chillca, donde se dá mucho vino, granada, membrillo, higos, melones y demás frutas, sin riego alguno, ni del cielo ni de la tierra, algunas jagueyes de agua razonable porque por la mayor parte es salobre. Vemos aquí hoyas donde se plantan 4000 cepas y es cosa de admiración que en medio de unos médanos de arena muerta pusiese Dios estas hoyas tan fértiles.

En estos arenales de Villacori, desbarató el tirano Francisco Hernández Girón al capitán Lope Martín, y es fama algunas noches oírse pífanos, atambores y grito de batalla, tropel de caballos con cascabeles que pone no poca grima. Por estos arenales no se puede caminar sin guía, yendo ó viniendo á Ica, y de noche por los muchos calores. Los indios de guía oyendo esta grito y voces, animan á los españoles diciéndoles que el demonio por espantarlos causa aquellos ruidos.

CAPÍTULO XLIX.

DEL VALLE DE ICA

Otras seis leguas de la costa de la mar, pobladísimos de muchos algarrobos, con un río no muy grande, de muy buena agua, y fuera mucho mayor sino se trasminara por todo el valle, por lo cual las heredades que hay en él, muchas y



muy buenas de viñas y demás mantenimientos, no tienen necesidad de mucho riego. El vino que aquí se hace, alguno es muy bueno, porque ya es común sentencia entre los caminantes: en Ica hinche la bota y pica. Fundóse aquí un pueblo de españoles, algunos de ellos son ricos de viñas y chacaras, sus casas llenas de todo mantenimiento. Era valle de muchos indios, ahora no hay sino dos ó tres pueblos de ellos: vánse consumiendo como los demás destos llanos por las razones dichas. Todos los llanos y tierra que se habita desde las vertientes de la sierra y cordillera nevada hasta lo último del reino de Chile, es grandemente combatida de temblores de tierra, y este valle lo es mucho, ya dos veces lo ha derribado un temblor, y la iglesia del convento de San Francisco, que era buena, dos veces ha dado con ella en el suelo, lo que desanima mucho para que á cualquier pueblo no se pase adelante. De aquí al vallecillo de Guayuri, se ponen 15 leguas de despoblado y sin agua. A las 5 leguas á la salida del valle de Ica solía haber un jaguey, y aún una ventilla, que con un temblor cayó y se despobló. Guayuri es muy angosto, de poca agua, pero buena; plantáronse en él solas dos viñas, no hay espacio para más: la una de 500 cepas y la otra 1,500. Cargan tanta uva y de ella se saca tanto vino, que si no se vé no se puede creer. De las 500 se cogen 1,500 botijas de vino y de las otras 4,000. Fuera desto, dánse muy bien nuestros árboles frutales, granadas, membrillos, higos, melones y otras legumbres. El vino es el mejor de todo el reino.

CAPÍTULO L.

DEL VALLE DE LA NASCA

Saliendo deste vallecillo, á nueve leguas adelante entramos en el gran valle de la Nasca, muy ancho y largo. Fué muy poblado de indios, ahora le faltan por las causas arriba dichas. Es fértil como los demás de los llanos de vino y demás cosas, no de mucha agua, pues los indios el tiempo de las secas se aprovechan de pozas hechas á mano á trechos y en lugares altos, como estanques grandes de agua, de los cuales sacan acequias para comenzar á sembrar y sustentarse

de ellas hasta que viene el río. Dista de la mar más de 14 leguas, todas arenales y sin aguas; con todo eso en carretas llevan el vino al puerto, que es seguro.

CAPÍTULO LI.

DE OTROS VALLES SIGUIENTES

Quince leguas se ponen desde este valle hasta Acari, de despoblado, grandes arenales y sin agua, si no es en una pequeña quebradilla, muy angosta, á las siete leguas, de muy poca agua, gruesa y cenagosa. Es Acari buen valle y de las calidades de los demás; había en él muchos indios, hánse consumido como los demás y por la misma razón. Luego se sigue el valle de Atico, estrecho, y no tan abundante como los demás; luego el de Ocaña, angosto, pero de buenas frutas y viñas y abundante de maíz. Los indios son muy pocos y se ván disminuyendo.

CAPÍTULO LII.

DEL VALLE DE CAMANÁ

(Año de 604, víspera de Santa Catalina mártir, lo destruyó un temblor de tierra).

Síguese á éste, ocho leguas adelante, el valle Camaná, de las mismas calidades de los otros, donde se fundó un pueblo de españoles. Su trato es vino, pasas, trigo de lo bueno deste reino; es abundante de pescado. El puerto es playa, pasa por él un río grande que pocas veces se deja vadear; desde aquí á Arica, y aún hasta Chile, ya fenecieron los valles grandes y fértiles y se siguen vallecillos angostos y no de las calidades de los pasados. Desde aquí nos comenzamos á meter la tierra adentro canimando para la ciudad de Arequipa, distante dél veintidos leguas, y más, donde hay dos valles, uno llamado Siguas, angosto, de muy buena agua y mejor vino, ya casi sin indios por se haber consumido como los demás referidos. Cinco leguas delante, entramos en el valle llamado Víctor. Este es más

ancho, donde los más de los vecinos de Arequipa tienen sus heredades; cogen mucho vino y muy bueno, que se lleva al Cuzco, distante 65 leguas, y á Potosí más de 140, y se provee todo el Collao. Esta ciudad fué los años pasados de mucha contratación, hasta que don Francisco de Toledo, Visorrey destos reinos, le quitó el puerto y lo pasó á Arica. Conocí en este puerto un hombre extranjero residente en él, que tenía tanta experiencia en la mar, que por distar de tierra donde los navíos daban fondo más de dos leguas, conocía este hombre cuándo con toda seguridad se podía hacer desembarco; empero, en cualquier tiempo, como sean aguas vivas, tres días antes y tres días después es peligroso desembarcar. Tiene este asiento poca agua; una fuentecilla hay en él, que para deshacer la piedra de los riñones, es muy aprobada; es combatido de muchos temblores de tierra y es cosa de admiración que la mar también tiembla. Volviendo á la ciudad de Arequipa, es del mejor temple deste reino por estar fundada á la falda de la sierra, de buen cielo, aunque un poco seco. Dentro del pueblo se dán muchas uvas y todas las frutas nuestras, en particular peras, no mayores que cermeñas: son mal sanas. El agua del río es mal sana por pasar por lugares salitrosos. Fundóse al lado de un volcán llamado de Arequipa, á cuya causa, y por ser la tierra cavernosa, es combatida de frecuentes terremotos y tantos que acaecen tres y cuatro veces al día y otras tantas en la noche, unas veces con más violéncia que otros. Los años pasados, gobernando don Francisco de Toledo, sucedió uno y tal que arruinó toda la ciudad; á nuestro convento echó todo por el suelo sin quedar dónde se pudiese vivir ni dónde poder decir misa. Sustenta cinco conventos: Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, la Merced y los Teatinos, que aunque llegaron tarde, tienen el mejor puesto. Los vecinos viejos eran ricos, sus hijos son pobres porque no siguen la prudencia de sus padres y los nietos de los conquistadores y vecinos serán pauperrísimos.

CAPÍTULO LIII.

DEL PUERTO DE ARICA

Desde esta ciudad al puerto ó playa de Arica hay más de cuarenta leguas, en el camino de las cuales hay algunos valles angostos, donde se dán las cosas que en los demás, pero no en tanta abundancia, por ser estrechos. Viven en ellos algunos españoles que allí tienen sus haciendas, donde como mejor pueden pasan su trabajo; la playa de Arica es muy grande y muy conocida por un morro (que llaman los marineros), ó blanco que de muchas leguas se vé. Es blanco respecto á los muchos pájaros que en él vienen á dormir, cuyo estiércol le ha vuelto tal: es valle muy angosto, de poca agua y no muy buena. Este reino se componía en tres (*): el de los Reyes por todo el distrito de las apelaciones para la Audiencia; el de los Charcas por el suyo, y el de Quito por el suyo; y porque si en Arequipa, que es distrito de la Audiencia de los Reyes, se desembarcaban las mercaderías de las ganancias, por ser dentro de un mismo reino, no se debían desembarcar, por cuyo motivo, pasó don Francisco de Toledo (como ya dijimos) la contratación á Arica, y puso allí caja real y oficiales, á donde ván á parar los azogues para Potosí. Reside allí el corregidor cotidianamente, y es necesario, porque en este pueblo viven de todas las naciones. Aquí hay juegos, figones, hay flamencos y ojalá no hubiese entre ellos algunos ingleses y alemanes luteranos encubiertos, y siendo escala donde los navíos que vienen de Chile paran, y los luteranos, que desde el año 78 han sido (digo han entrado), que han sido tres piratas ingleses que han venido á reconocer y han surgido en él, ¿cómo dejan vivir allí tanto extrangero? En el morro que dijimos está puesta una atalaya y descubre más de 10 leguas de mar por una parte y otra. Antes que llegue cualquier vela al puerto le ha descubierto de más de seis leguas, por lo cual de noche pueden dormir segurísimos que enemigo no entrará en él; hay en él cuatro ó cinco piezas

(*) Probablemente el copista suprimió la palabra *distritos*.

gruesas de artillería, muy buena, que alcanzan una legua y más, bastante para defender la entrada al enemigo.

Tres leguas el valle arriba se dán muchas uvas y buen vino y frutas de las nuestras muy buenas; el trigo, maíz y harina se trae de fuera, parte, y por esto vale caro; al tiempo del verano es abundante de pescado y bueno; es muy enfermo; siempre hubo en él pocos indios, ahora no creo hay seis.

CAPÍTULO LIV.

DE LOS DEMÁS VALLES HASTA COPIAPÓ

Desde aquí se vá prolongando la costa derecha al Sur con algunos valles angostos en ella, y despoblada de 15 ó más leguas; el camino arenales, y pasadas 60 leguas, luego se entra al valle de Tarapacá. Este solía ser muy buen repartimiento y rico de minas de plata, de donde se camina por un despoblado de 80 leguas hasta Atacama, por el cual sin guía no se puede caminar. Los indios de Atacama han estado hasta ahora medios en paz y medios de guerra; son muy belicosos y no sufren los malos tratamientos que algunos hombres hacen á los de acá del Perú. No dán más tributos de los que quieren y cuando quieren. Desde aquí se entra luego en el gran despoblado de 120 leguas que hay desde aquí á Copiapó, que es el primer repartimiento del reino de Chile, el camino es de arena no muy muerta. En este trecho de tierra hay algunas caletillas con poca agua salobre, donde se han recogido y huído algunos indios pescadores pobres casi desnudos; los vestidos son de pieles de lobos marinos y en muchas partes desta costa beben sangre destos lobos á falta de agua. No alcanzan un grano de maíz, ni lo tienen; su comida solamente es pescado y marisco. Llaman á estos indios camanchacas porque los rostros y cueros de sus cuerpos se les ha vuelto como una costra colorada, durísimo. Dicen les proviene de la sangre que beben de los lobos marinos y por esta color son conocidísimos. Caminando por aquí se llega á un río, que en la lengua de los indios se llama Anchallesllac, que quiere decir, río gran mentiroso, porque verémosle correr particularmente á la tarde y parte de la noche y si luego no se toma el agua

necesaria y dá de beber á los caballos, á poco rato no hay gota de agua, y no es río pequeño: la causa es que con el calor del Sol se derriten las nieves de la cordillera y corre el agua á la tarde y parte de la noche, y cuando resiría la noche cesa la corriente, por lo cual los que piensan á la mañana hallar agua, hállanse burlados y la madre del río seca. Hay otro río que como viene corriendo el agua se vá cuajando en sal; por esta parte se mete mucho la mar hacia la Cordillera y los tres meses dichos del año hace mucho frío y caen nieves. Los indios pocos que habitan las caletillas desta costa, desde Arica á Copiapó, que es el primer pueblo del reino de Chile, salen á pescar en balsas de cuero de lobos marinos llenas de viento. Cósenlos tan fuertemente que no les puede entrar una gota de agua; la costura está para arriba y el ombligo en medio de la balsilla, en el cual cogen una tripilla de dos palmos de largo por donde la trinchan y luego la revuelven ó tuercen y enroscan. Cuando sienten que la balsilla está floja desenroscan la tripilla y tornan á trinchar su balsa. En medio deste gran despoblado, desde Atacama á Copiapó, hay un cerro muy conocido, llamado Morro Moreno de los marineros, al cual, llegando por tierra, parece ser el que divide los términos del Pirú de los de Chile. Aquí casi fenecen los arenales y la tierra es ya dura pero inhabitable, por ser muy seca, sin agua, ni leña más de la que habemos dicho: desde este morro comienzan á ventaer á su tiempo los nortes, desde mediados de Abril hasta Noviembre, unas veces un poco más tarde y otras más temprano. Ahora volvamos á las ciudades deste nuestro Perú por el camino de la sierra, y luego trataremos de la calidad de los indios de ella y de sus costumbres.

CAPÍTULO LV.

DE LA CIUDAD DE QUITO

La ciudad de Quito es pueblo grande, cabeza de obispado y donde reside una Audiencia Real; su comarca es fértil, así de trigo como de maíz y demás mantenimientos de la tierra y nuestros, abundantísima de todo género de ganados, mayo-

res y menores. Dista de la línea equinoccial un tercio de grado y con distar tan poco es muy fría, destemplada y lluviosa; que casi todos los meses poco ó mucho, llueve. Háse aumentado mucho esta ciudad; reside en ella la Audiencia Real, tiene muchos indios en su comarca y las tierras muy abundantes, los campos llenos de ganados mayores y menores, de donde hasta la ciudad de los Reyes, que son más de 300 leguas, traen ganado vacuno, y aún carneros. Lo que han multiplicado yeguas y caballos, parece no creedero. Hay fundados en esta ciudad conventos de todas órdenes y un monasterio de monjas. Nuestros religiosos tienen provincial por sí, y los del glorioso San Francisco, divididos desta provincia del Perú los padres de San Agustín y teatinos sujetos á los provinciales de los Reyes. El convento del Seráfico San Francisco, fué el primero y la ciudad se fundó el día de San Francisco por lo cual se llama San Francisco de Quito. Esta sagrada religión, como más antigua, comenzó á doctrinar á los naturales con mucha religión y cristiandad, donde yo conocí algunos religiosos, y entre ellos, al padre Fr. Francisco de Morales, Fr. Rodoco y Fr. Pedro Pintor. El sitio del convento es muy grande, en una plaza, y á más de enseñarles la doctrina, enseñan también á leer, escribir y contar y tañer flautas. Habían muchachos que tenían muy buenas voces. Conocí en el colegio que tenía el convento de San Francisco un muchacho indio llamado Juan, y por ser bermejo de su nacimiento, le llamaban Juan Bermejo, que podía ser tiple en la capilla del Sumo Pontífice. Este muchacho salió tan diestro en el canto, órgano, flauta y tecla que le sacaron para la iglesia mayor. Combaten á esta ciudad y toda su comarca grandes temblores de tierra, á causa de que la ciudad, á la parte del Septentrión, tiene uno ó dos volcanes, y el uno dellos que casi siempre humea. Toda aquella provincia tiene tantos que en lo restante del Perú no se vén sino cuál ó cuál y allí á cada paso. Los años pasados, debe haber 23 ó 24, salió tanta ceniza deste volcán cercano á la ciudad que por algunos días no se veía el Sol y el pueblo, campos y paseos llenos de ceniza, por lo cual todos los ganados se venían á la ciudad á buscar comida bramando. Hiciéronse procesiones y muchas rogativas, mediante lo cual fué Nuestro Señor servido, se fuesen descubriendo algunos aguaceros, por donde salía la yerba. Por fin

reventó este volcán y declinando á la mar del Sur arruinó algunos pueblos de indios y se los llevó el agua que salió dél. A la parte del Sur desta ciudad, demora la provincia de los Quijos ó por otro nombre, de la Canela, por se hallar en ella, y de allí se trae ya por estas partes buena y mejor que la que viene de la India, porque como más fresca pica y quema más.

CAPÍTULO LVI.

DE RÍOBAMBA Y TUMIBAMBA

Saliendo de la ciudad de Quito por el camino Real del Inga para venir por acá arriba, á 25 leguas desta ciudad, llegamos al valle llamado Ríobamba, antes del cual hay cinco pueblos de indios, buenos. Este valle no tiene una legua de largo, poco más; de ancho no alcanza á media legua; no era poblado de indios, pero fértil de pastos. Por aquí comenaron dos ó tres españoles que conocí á hacer sus estancias de ganados, multiplicaban admirablemente, y ahora es un razonable pueblo de españoles, rico de todo género de ganados y de trigo. Es falto de leña y algún tanto destemplado. En este pueblo (gobernando don Francisco de Toledo) andaba un hereje luterano extranjero, en hábito de pobre, y sustentábase de limosnas, que como á tal le hacían, y en este estado vivió 3 ó 4 años, que sin duda debía esperar algunos otros de su secta y como se tardaron, un día de fiesta, estando la iglesia llena de gente oyendo misa, el impío luterano arriba junto á la peana del altar mayor, donde el cura decía misa, así como el sacerdote consagró la hostia y la levantó para que el pueblo consagrada la adorase, se levantó y con un ánimo endemoniado la quitó con sus manos sacrílegas de las manos del sacerdote y la hizo pedazos, echando mano á un cuchillo carnicero que tenía escondido, creo hirió livianamente al sacerdote. El pueblo viendo este sacrilegio, admirado, los que se hallaron más cerca, se levantaron las espadas desnudas y llegando al luterano, diéronle de estocadas y le mataron. Otras 25 leguas más adelante entramos en el valle muy espacioso y abundante, nombrado Tumipampa

donde ningunos naturales dejó el Inga, por que cuando iba conquistando estos reinos llegando aquí, le hicieron mucha resistencia, pero vencidos á los que dejó con la vida, que fueron pocos, los transportó por acá arriba. En el valle de Jauja, que dista deste más de 300 leguas, puso algunos pocos descendientes destos; y de allí á poco sucedió que cuando se alzó toda la tierra contra los españoles, á pocos años después de conquistada y muerto el señor della Atabalipa, tuvieron los indios serranos y yungas cercada la ciudad de los Reyes, no poco trecho, y en el valle de Jauja mataron más de 30 españoles y en otras partes los que podían haber, y al Cuzco también cercaron. Un vecino de Quito, conocido, llamado el capitán Sandoval, encomendero si no de toda esta provincia de la mayor parte de ella, sabiendo el aprieto en que estaban los nuestros, juntó 4 ó 5,000 indios cañares y vino en favor de los españoles. Púsose en camino con ellos y prosiguiéndolo, sabido por los indios cercadores venían los cañares contra ellos, alzaron el cerco, y los cercados saliendo contra ellos, los hicieron volver á sus tierras y desde entonces hasta hoy no se han atrevido á se revelar, aunque lo han procurado. Prosiguiendo el camino adelante del Inga, á 35 leguas, entramos, en el valle donde la ciudad de Loja se fundó, llamado en la lengua del Inga Cusipampa, que es tanto como decir valle de placer, y así lo es realmente. Es alegrísimo, de grata arboleda, por medio del cual corre un río de saludable agua; casi en todo el año se siembra y coge en él trigo y maíz, uno en un mismo tiempo está en verza otro se siega, en otras partes eran para sembrar. No es muy ancho el valle, pero bastante para sustentar la ciudad que no es muy pequeña: tiene muchos indios de encomienda. La comarca fértil y más templada que la de Quito y más lluviosa; en su distrito caen las minas de oro que llaman de Zaruma. Sustenta tres monasterios de las órdenes mendicantes, aunque no de muchos religiosos; el nuestro es más antiguo. Desta ciudad declinando el Oriente la tierra adentro, se camina á la ciudad de Zamora y gobernación que llamamos de Salinas, donde hay tres ó cuatro pueblos de españoles, algunos de ellos ricos de oro, particularmente lo fué, y ahora no le falta á Zamora, en cuyas minas se hallaron dos granos uno que pesaba 1,600 pesos y la mitad otro 800. Para ir á esta

gobernación se pasan uno ó dos páramos despoblados y muy fríos, los cuales pasados, lo demás es tierra muy cálida, montuosa y de muchas aguas del cielo, llena de sabandijas ponzoñosas. A esta provincia no he visto, por eso trato brevemente della.

CAPÍTULO LVII

DE LA PROVINCIA DE CAJAMARCA

Saliendo desta ciudad y valle por el camino real del Inga, de la sierra, hasta llegar á la provincia de Cajamarca, no sé las leguas que hay, ni las particularidades del camino. No lo he visto. La ciudad de Loja si ví, porque viniendo de Quito para la ciudad de los Reyes, desde la de Loja, bajamos á Tumbes, cuyo camino es áspero y de muchas piedras, para ir á Cajamarca, cuestras y algunos despoblados, hasta llegar á esta provincia, donde fué preso Atabalipa, señor de todos estos larguíssimos reinos, desde Pasto, 40 leguas más abajo de Quito, hasta la ciudad de Santiago de Chile, y aún 18 leguas más adelante y todo el reino de Tucumán. Es bien poblada esta provincia de indios, y abundante de todo mantenimiento, porque aunque es por la mayor parte fría, tiene algunos valles templados, donde cójese mucho maíz y trigo, y en los altos abundante de papas, que son como turmas de nuestra tierra, empero, de mejor nutrimento. Los padres de San Francisco la han doctrinado desde el principio, y la doctrinan con mucho ejemplo de cristiandad y religión.

CAPÍTULO LVIII.

DE LA CIUDAD DE CHACHAPOYAS

A las espaldas de Cajamarca la tierra adentro, caminando hacia el Oriente, se fundó la ciudad llamada comúnmente Chachapoyas, á los principios rica de oro y poblada de gente más bien dispuesta que la del Perú, más gallarda, pero grandes

ladrones. Es región más cálida que fría, los valles son cálidos, lluviosos y con abundancia de víboras y otros animales sucios y ponzoñosos. En la provincia de Bracamoros, que está más hácia el Norte, se fundó otra ciudad llamada Jaén, no tiene mucho nombre porque no es más que abundante de comida, es el paraíso de Mahoma, tiene, las calidades la tierra que la de los Chachapoyas. Saliendo desta ciudad y volviendo al camino real, á 30 leguas andadas, entramos en el valle de Jauja, donde al presente escribimos este breve compendio, uno de los mejores y más poblados. Es abundantísimo de trigo, maíz y otros mantenimientos de la tierra y carnes. Pasa por medio dél un río grande y caudaloso al tiempo de las aguas, pero el más desaprovechado del mundo, porque no se puede sacar dél una sola acequia para regar los sembrados. Lleva pescado y bueno; sustentáanse en él 13 pueblos de indios, los 7 por la una banda, y los 6 por la otra, poblados con sus cuadras; las iglesias de adobes y teja, adornadas de razonables ornamentos. Vánse disminuyendo estos indios, á lo menos los varones, por estar tan cerca de Huancavilca; la causa diré en el capítulo siguiente. Cásanse en algunos pueblos pocas indias solteras, en particular en el que ahora resido doctrinándo los llamados Chongos, porque dicen que si casadas los maridos las han de tratar mal, como lo hacen estando borrachos, que más quieren su libertad y buen tratamiento; y es así que como para los indios varones no hay castigo por las borracheras, por estos malos tratamientos, que á veces llegan á matar las mujeres, como soy testigo, no hay de qué maravillarse. Tiene de largo este valle 9 leguas tiradas, y por lo más ancho dos. Es falta de leña, que si la tuviera ya se hubiera poblado en él un pueblo de españoles; es templado, aunque no sufre naranjos, ni limones; dánse algunos membrillos y duraznos y de las legumbres nuestras, algunas.

CAPÍTULO LIX.

DE LA VILLA DE OROPESA, POR OTRO NOMBRE GUANCAVILCA

Cuatro jornadas deste valle, no muy grandes, se descubrieron, creo en tiempo que gobernaba el Marqués de Cañete de buena memoria, ó al fin de su gobierno y principio del Conde de Nieva, las minas que llaman del azogue, en un valle llamado Guancavilca, frío, porque está en medio de la Cordillera de las Sierras nevadas que atraviesan todo este reino del Perú y Chile hasta el estrecho de Magallanes, donde se pobló un pueblo de españoles, gobernando don Francisco de Toledo, por cuyo respecto se nombró Oropesa, con título de villa. Descubrieron estas minas unos indios vecinos de Guamanga, en cuyo distrito se hallaron, de donde sacó y se vió prosperísimo en riqueza, no murió con tanto y su mujer é hijos, ahora padecen necesidad (*). Al principio repartióse el cerro á hombres particulares en minas, como si fueran minas de plata; ellos las labraban pagando su quinto al Rey. Después acá Su Magestad las quitó justísimamente y aplicó para sí; solo dejó con propiedad de su mina al descubridor, Amador de Cabrera y á sus herederos. Arrienda estas minas Su Magestad á cierto número de españoles con condición que todo el azogue que sacaren lo metan en el almacén y Su Magestad les paga el quintal á cuarenta pesos ensayados. Su Magestad les reparte indios de los comarcanos, pagándoles sus trabajos los arrendadores conforme á lo que el Virrey señala. Este cerro de azogue ha sido la vida deste Perú, porque si no se hubiera descubierto, fuera el más pobre y más costoso del mundo. Con los azogues ha revivido, porque toda la plata que en Potosí y en Porco se saca es por azogue y con azogue. Los que comenzaron á labrar el azogue fueran poderosísimos de plata si tuvieran juicio para guardar y gastar, faltóles y el día de hoy están alcanzadísimos, porque como el azogue se vá en humo, así sus riquezas se han resuelto en él. Lo mismo que sucede en este valle, sucede en los de-

(*) Parece que el copista ha omitido aquí el nombre de Amador de Cabrera, descubridor de la mina de Huancavelica.

más, que de más cerca y lejos ván á trabajar á estas minas, y destos son testigos también los repartimientos de Guamanga y en particular el del primer descubridor, era uno de los buenos del reino, del Cuzco para abajo; ahora está menoscabadíssimo, que si al socavar hubieran hecho sus respiraderos se labraran las minas como antes y no padecieran este detrimento la vida de los naturales, lo que viendo los miserables, huyen por no ir á Guancavilca, como es justo se huya de la muerte. No se puede dejar de creer si no que si Su Magestad fuese sabedor de este menoscabo de sus vasallos, que mandaría ó cesar la labor, ó que se labrase como antes, porque el Rey sin vasallos es como cabeza sin miembros, y quien tanto cela el bien destos pobres con tanto amor y christianidad, no es posible no lo mandase remediar, y aún castigaría á quien lo pusiese luego en ejercicio.

CAPÍTULO LX.

DEL ASIENTO DE MINAS DE CHOCLOCOCHA Y POR OTRO NOMBRE CASTROVIRREINA

Quince leguas declinando á los llanos deste cerro Guancavilca, dista un cerro de minas llamado Choclococha, al pie del cual porque se descubrió y pobló gobernando el Marqués de Cañete, por ser casado con la ilustríssima señora doña Theresa de Castro que á estos reinos trujo consigo, le pusieron por nombre Castrovirreina, asiento frigidíssimo más que Potosí, no es tan rico, ni con mucho. Este cerro también ha consumido parte de los indios que se repartieron para la labor de las minas, porque aunque la labor de las minas de plata, no consuma la vida como la del azogue, porque los indios repartidos vienen por tierras frigidíssimas, y aquel asiento lo es y primero que hicieran casas donde guarecerse de las nieves y aguas del cielo, el temple desabridíssimo y malo, los hacía enfermar y morir, como han muerto muchos. Ya esto ha cesado con el reparo de las casas.

CAPÍTULO LXI.

DE LA CIUDAD DE GUAMANGA

Volviendo al camino real (es necesario hacer estas digresiones por no volver á ellas) desde Jauja á la ciudad de Guamanga, ponen 36 leguas, no de muy buen camino, en el cual no hay pueblo ninguno de indios, si no son los tambos, con servicio de naturales para los pasajeros, donde se halla recado de pan, vino, maíz, carnero y caballos de alquiler de jornada en jornada, como ya casi en todos los tambos que son ventas, desde Quito á Potosí. Dos leguas más adelante de Huamanga es el valle llamado Viñaca, en el cual hay algunas viñas muy buenas que dán buen vino, y parece adivinaron los indios llamánlo así, Viñaca, por lo que en él se ha plantado de viñas. Es caliente, mucho, aunque á su tiempo hiela no mucho y el río arrecia á mano izquierda; por una parte y otra dél se han plantado y plantan viñas.

La ciudad de Guamanga es de buenos edificios y son los mejores que hay en el reino, particularmente las portadas de las casas son muy buenas, de piedra, que la tienen junto al pueblo y la sacan cuan grande quieren, y la cal no está lejos. Los monasterios, que son 3: Santo Domingo, San Francisco y la Merced, las tienen buenas; donde en cada convento se sustentan de ocho á diez religiosos. Es falta de agua, porque no tiene río, empero, tiene una muy buena fuente en medio de la plaza y de muy buena agua. Edificó un vecino desta ciudad llamado Sancho de Orúe un convento de monjas de Santa Clara á su costa, con una iglesia, la capilla mayor de bóveda, el cuerpo de la iglesia bueno y es el mejor del pueblo. Dejóles renta bastante, la cual con las que han entrado se ha aumentado y crecido; puso en él cuatro hijas que todas profesaron; las 3 viven hoy religiosas muy principales y de mucha cristiandad y gobierno. El fundador no tenía mucha renta de indios, aunque tenía haciendas. Oí decir que mientras edificaba el convento, le proveyó Nuestro Señor en una mina que labraba bastante plata para el edificio, el cual acabó, cesó la veta y aún las demás del cerro, porque el día de hoy nadie labra en él. Fué dichoso en hijos este varón, tuvo

once: los seis varones y las cinco hembras y de los varones los 4 son religiosos del orden del Seráfico San Francisco, que viven con gran ejemplo de christiandad y virtud, á quienes la orden ha encomendado officios honrosos. Al fundador deste convento le dió Nuestro Señor una muerte que fué su vida, porque además de la obra famosa deste monasterio era hombre de mucha oración y disciplina, y en esto su mujer le era boníssima compañera, la cual aunque le vió espirar no hizo los extremos ni tragedias que otras suelen hacer, sino con el semblante alegre, ella propia le amortajó; puso en el atahúd y en su casa aquél día no se vieron lágrimas, ni voces, sino un silencio, una tristeza sujeta á la razón, y muchas gracias á Nuestro Señor y conformidad con su voluntad; y si lágrimas ó voces fueron piadosas y christianas, murió esta santa como vivió con gran satisfacción de su vida.

CAPÍTULO LXII.

DEL RÍO Y CAMINOS DE GUAMANGA HASTA EL CUZCO

De la ciudad de Guamanga dista la del Cuzco 60 ó 70 leguas, divididas en 12 jornadas. El camino es malo y destemplado; porque en algunas jornadas hay dos temples diferentes, salidos de uno templado y llegamos á dormir á donde hace un frío insoportable; como saliendo de Guamanga y parando en los tambillos de Illaguasi. En esta distancia encontramos con tres ríos muy grandes, en valles calidísimos; el primero es en Villcas, á 6 leguas de Guamanga, en tiempo de aguas poderoso; pásase por puente de criznejas en tiempo de seca, y ésto como deja el vado, que unas veces lo deja pedregoso y otras veces sin ellas, y no se puede hacer en él puente de calicanto, por no haber cómodo para ello. Más adelante se sigue el valle llamado Amancay, por unas flores olorosas blancas que en él nacen en abundancia; y al lado un río, el que nunca se vadea por tener puente de calicanto, mandada hacer por el Marqués de Cañete, de feliz recordación, el primero. Aquí hay por ser templado, uno ó dos trapiches, donde se hacen buenas cosas de azúcar. Más adelante llegamos al río de Aporímac. Este tampoco se vadea, pásase por

una puente de criznejas; todos estos tres ríos se juntan con el de Jauja y otro que pasa cuatro leguas del Cuzco por el valle de Yucay, no menor que cualquiera destes y hacen aquel grande y famoso río de Marañón, que desemboca en la Mar del Norte con 80 leguas de bocas; es el mayor río del orbe. Prosiguiendo nuestro camino adelante, 4 leguas antes de la ciudad del Cuzco, entramos en el valle de Jaquijaguana, donde fué desbaratado el tirano Gonzalo Pizarro y sus valedores sin rompimiento de batalla, por el Gobernador Licenciado Pedro de La Gasca y demás servidores de Su Magestad. Valle ancho y largo, donde hay dos ó tres pueblos de indios apartados un poco del camino real. Es más frío que templado, aunque se dá maíz en el y trigo, empero si acierta á helar un poco temprano, arrebatata el hielo al maíz; el trigo sufre más y por eso no le hace tanto daño. Es abundante de ganado, de lo nuestro de todo género; las aguas son malas, gruesas y salobres.

CAPÍTULO LXIII.

DE LA CIUDAD LLAMADA EL CUZCO

De aquí á la ciudad llamada el Cuzco ponen 4 leguas buenas. Era el asiento principal de los reyes destes larguíssimos reinos, á quien llamaban ingas. El sitio es malo y las aguas malas; fundaron aquí su ciudad los españoles en el mismo sitio donde la tenían los indios. Siembran trigo é maíz de riego y dáse bien si los hielos no acuden temprano. Casi la mayor parte desta ciudad está fundada en una ladera; no la dividieron los fundadores por cuadras como las demás deste reino, ni tiene calle derecha ni proporcionada. Pasa por medio della un arroyo de poca agua el verano: las casas de los españoles por la mayor parte son sombrías y tristes, si no es la del capitán Diego de Silva que la labró alegre. Es pueblo muy rico por la gran cantidad que tiene de indios de encomienda, los vecinos antiguos todos lo fueron; sus hijos ahora tienen abundancia de deudas y no les alcanza la sal al agua; gastan sin orden y sin discreción. Sustenta

cinco monasterios de religiosos y uno de monjas de Santa Clara. Nuestra casa es la que antiguamente se llamaba, gobernando los ingas, la casa ó templo del Sol, á quien adoraban por principal de todos sus dioses falsos. Permanece en en nuestro convento una pila grande de piedra, ochavada por de fuera, que de ancho tendrá por cualquier parte que la midan más de vara y media y de fondo más de vara y cuarta. A esta pila henchían con cantidad de chicha escogida de la que el inga bebía para que bebiese el Sol y lo que en ella se embebía, creía esta gente bárbara que el Sol lo bebía. Cubría la boca desta pila una lámina de oro en la cual estaba el Sol esculpido. Cuando los españoles entraron en esta ciudad le cupo en suerte á uno de los conquistadores, que yo conocí, llamado Mansio Sierra, de nación vizcaíno y creo provinciano, gran jugador; jugó la lámina y perdióla: verificóse en él, que jugó el Sol. Tiene nuestro convento la huerta que así mismo nombraban del Sol, la que antes venían á labrar y cultivar los ingas y aún se dice que la última vez lo que en ella sembraban eran unas cañas de maíz todas de plata y las mazorcas de oro. Estas no han parecido, ni se sabe donde están. Es fama en nuestra casa haber gran suma de oro enterrado, pero no se sabe dónde ni en qué paraje. Don Carlos inga, salía á este partido: que le dejasen cavar debajo del altar mayor y de lo que sacase daría tanta parte, y si no hallase cosa alguna, tornaría á reedificar lo derribado á su costo, de la misma manera que antes estaba. No se le admitió el partido y así se quedó. El monasterio de Nuestra Señora de las Mercedes tiene el mejor sitio, aunque los teatinos también, por estar en la plaza junto á la Iglesia mayor; el de San Francisco tiene plaza y bien grande; sustenta más de 30 religiosos; el de San Agustín se vá edificando, que sustenta 20 religiosos. Después de la ciudad de los Reyes y Potosí, es el mejor pueblo destes reinos. A la redonda, hay seis ó siete parroquias de indios que abastecen á la ciudad. El valle es muy poblado de muchas chácaras, fuera de que la comarca es muy fértil. Esta ciudad es cabeza de obispado y lo era de todo el reino y aunque así se nombra en los contratos y escrituras que en ella se hacen, ya vá perdiendo este título, porque la ciudad de los Reyes se lo lleva con la asistencia del Virrey, Audiencia y Santa Inquisición. La Iglesia Cathedral es pauperrísima en edificios,

aunque en rentas es la más aventajada de todas las Indias. Hay muchos templos en pueblos de indios muy mejores; la causa porque no se haya edificado, no la sé; unos echan la culpa á personas ya muertas, otros á vivas: no me quiero entrometer en esto. En ornamentos es rica, pero en lo que más florecía era en la celebración de los Divinos Oficios, viviendo el chantre primero que en ella hubo, porque todas las horas se cantaban cada día, el oficio menor de Nuestra Señora á media noche. Carece esta ciudad de leña, por lo cual no ha crecido más; yo la he visto repartir como carne en la carnicería, ni tiene de donde le venga, ni carbones. De cuando en cuando le alcanzan temblores de tierra, y á veces son tan vehementes los truenos que parecen temblar los cielos. Junto á la ciudad, saliendo della, caminando para el Collao, hay una fuente de agua salada clarísima y abundante, la cual recogida en un estanque grande que desde el tiempo de los ingas está hecho, se reparte por la tierra en contorno del estanque, la cual dentro de pocos días se vuelve sal blanquísima. La tierra en que cae se dividió por chácaras por los vecinos de indios y conventos; tenemos allí nosotros nuestra chacarilla. Hacen los indios desta sal mil pajaritos, leones, tigres y otros animales y así la venden. Un poco más adelante entramos en el llano donde se dió la batalla nombrada de las Salinas, por ser cerca destas, entre Hernando Pizarro y Don Diego de Almagro. Fué la primera que hubo entre españoles, y los suyos fueron vencidos; fué bien reñida, pero tratar del llano hace á nuestro propósito, y ésto cuanto á la ciudad del Cuzco.

CAPÍTULO LXIV.

DE LOS ANDES DEL CUZCO Y COCA

Muchas cosas hacen á esta ciudad muy rica: los muchos indios de repartimiento; los que tienen en contorno del pueblo; la contratación de los mercaderes, pero lo que más la enriquece es la contratación de la coca que comen los indios. Esta coca es un arbolillo pequeño que no se levanta del suelo cuando mucho una vara, las ramas delgadas, casi como el zu-

maque, aunque es más ancha; esta coca no se dá sino en tierra muy cálida y lluviosa, siémbrese á mano. Tres ó cuatro jornadas del Cuzco hay una tierra llamada los Andes, donde hay estas chácaras de coca, con las cuales los vecinos y muchos otros han enriquecido, porque se sacan, para Potosí particularmente, cada año más de 60 mil cestos de coca, que cada uno debe pesar de 20 á 25 libras. Sácanla en carneros de la tierra y lleva un carnero 4 y 5. Desde Potosí vienen al Cuzco con las barras de plata á comprar esta coca; vale el cesto cuando menos 3 pesos. Es imaginación ó esta hoja tiene alguna virtud de sustentar, lo cual los indios si han de trabajar y no traen un poco della en la boca, ó si han de caminar luego desmayan y como la llevan trabajan y caminan todo el día, si no es cuando se sientan á comer, que brevemente concluyen. Entre estas chácaras de coca hay muchos animales ponzoñosos que en ellas mismas se crían y la picadura era irremediable hasta de pocos años á esta parte que se halló remedio, y fué así: que andando á caza de perdices un soldado gentil-hombre, á un perro suyo picóle una víbora en el hocico, hinchándosele la cabeza como una bota; viniéndose tarde para su casa, el perro veníase así tras su amo, pero en viendo un arroyo de agua que cerca de la casa corría, fuese á toda furia para el agua. El amo pensandó que la rabia de la muerte lo llevaba, paróse, vióle poner la cabeza en el agua. Dejóle el amo por muerto, pero ya que quería cenar, entra el perro sano y bueno y halagando á su amo, y aún para más confirmación se experimentó en otro perro, que sanó luego de la misma suerte. La tierra es muy contraria á la salud de los pobres indios y aún á la de los españoles, sino que á nosotros no nos dá la enfermedad de las narices como á los indios. Es tierra llena de montaña, calurosísima, como habemos dicho, y abundantísima de lluvias, pero el interés la hace habitable por más indios que en ella perezcan, lo cual deberían considerar y aún remediar los que nos gobiernan.

CAPÍTULO LXV.

PROSIGUE EL CAMINO DEL CUZCO Á VILLCANOTA

Volviendo, pues, al camino real y pasando del llano do fué la batalla de las Salinas, vá corriendo el valle del Cuzco ensanchándose un poco más. Si le queremos prolongar hasta la rinconada llamada Mohina, terná de largo poco menos de cinco leguas, por medio del cual el río los ingas llevaban acanalado. Ahora por descuido de los nuestros á mediana venida anega la mayor parte del valle. Fenecido este valle, diez leguas más adelante, llegamos al pueblo ó valle Quiquijana, la mitad del pueblo fundado de la una parte del río, la otra mitad de la otra. Es río grande y pocas veces se vadea, de gruesa agua. Pásase por puente de criznejas sin riesgo alguno. Luego proseguimos nuestro camino para el Collao, el río arriba, pasando por muchos pueblos de indios que á la mano izquierda de él hay poblados, á la derecha uno solo, hasta llegar á su nacimiento, que es una laguna llamada Villcanota, que se hace de nieves que corren de un cerro alto y nevado, antes de la cual hay unos baños de agua caliente que de lejos no parece sino que hay allí cantidad de fuego, tanto es el vapor como humo que de los manantiales sale, y tan caliente el agua que hierve á borbollones, y confieso que la primera vez que ví tanto humo juzgué haber allí muchos indios. Tiene virtud esta agua para el dolor de ijada y deshace la piedra de los riñones bebiéndola todo lo caliente que se pueda sufrir. Volviendo á nuestra laguna Villcanota, será tan grande como seis cuadras; es digno de memoria lo que en ella hay. Este asiento es muy alto y muy frío; la laguna y camino real entre dos cordilleras nevadas, vierte á dos partes dél un desagadero á mano del norte que es el principio deste río grande de Quiquijana, el que juntándose con el de Apurímac, Amancay, Villecas, Jauja y otros, hace el famoso río de Marañón, que dijimos desemboca en la Mar del Norte con 80 leguas de boca. La otra vertiente ó desagadero hace el río que llamamos de Chungara y Ayaviri, que entra en la laguna de Chucuito, y ésta desagua por una parte á la Mar del Sur. Un poco más adelante, como media legua, vemos una pa-

red de piedra de mampuesto que corre desde la nieve del un puerto al otro, atravesando el camino real. Esta pared dicen los antiguos se hizo por concierto entre los ingas y los indios del Collao, los cuales, trayendo guerras muy reñidas entre sí, vinieron en este medio que se hiciese esta pared en el lugar dicho, de un estado de un hombre, no muy ancha; la cual sirviese como de muralla para que ni los ingas pasasen á conquistar el Collao, ni los Collas el Cuzco. Rompieron por su mal los Collas las paces y quisieron conquistar los ingas, mas estos revolviendo sobre los otros, los conquistaron y no pararon hasta Chile. Esta pared se vé al día de hoy desde la nieve de un cerro, y atravesando el valle y camino real sube hasta la nieve del otro.

CAPÍTULO LXVI.

PROSIGUE EL CAMINO AL COLLAO

Puestos en este paraje de Villcanota, luego comenzamos á bajar hasta el Tambo de Chungara, donde en todo el valle se apacienta copia de ganado vacuno, y á mano derecha no poco ovejuno y ganado de la tierra. Este tambo es muy frío y desde aquí á la provincia de los Charcas ya no se dá maíz sino papas y quinua, y ha de ser muy buen año, por que si los hielos se anticipan, las papas corren riesgo; la quinua mejor lo sufre. De aquí vamos al primer pueblo del Collao llamado Ayaviri; ventoso y frío, pueblo grande y rico de ganado de la tierra, como lo son los demás desta provincia. De Ayaviri, siete leguas adelante, llegamos al pueblo llamado Pucará, también pueblo grande, famoso porque aquí se desbarató el tirano Francisco Hernández Girón. Cególe Nuestro Señor como andaba en deservicio suyo y del Rey; porque si se tuviera 10 días más que no saliera del sitio y fuerte donde estaba, siendo señor de las comidas, y teniendo agua y leña que no se les podía quitar, era imposible el real del Rey sustentarse y se había de deshacer por falta de mantenimientos, pero quiso la Divina Magestad le desbaratasen la gente, por cuyo motivo se puso en fuga con 160 soldados á la vuelta de Quito; pero llegando al valle de Jauja, ó poco más adelante,

salieron á él dos capitanes de la ciudad de Huánuco y lo prendieron y á los pocos que con él iban. Trujéronle á la ciudad de los Reyes, donde como á tirano y traidor á la Corona real, le cortaron la cabeza y la pusieron en el rollo, en medio de la plaza, en una jaula de hierro, á vista de todo el pueblo, con su letrero que decía: Esta es la cabeza del tirano Francisco Hernández.

CAPÍTULO LXVII.

DE LA LAGUNA DE CHUCUITO

Pasando adelante, por el camino real, á pocas jornadas de aquí, no son ocho, dimos en la laguna de Chucuito. Es la más famosa del mundo, la mayor y muy poblada; casi á la playa della son las poblaciones. Los vientos causan en ella tormentas como en la mar, y aún más ásperas por no tener puerto fondeable; lo que sirve de puerto son totorales que son una juncia gruesa como el dedo pulgar; y aunque allá dentro se anda con vientos y tempestades, en llegando á la juncia la ola, cesa toda la tormenta. El agua es muy gruesa, nadie la bebe, con no ser tan salada como la del mar; tiene de travesía 40 leguas y de largo 80. Es abundante de peces por la una y otra costa; algunas veces se mete la tierra adentro, pero por el camino real del inga iba muy derecho no lo torcía, antes por medio de la ensenada, más ó menos conforme á la derecera del camino, se proseguían hechas á mano unas calzadas derechas como una vira y á trechos sus ojos llanos, por los cuales corría el agua. Hay calzadas de dos leguas y más, á lo menos por el otro camino llamado de Omasuyo. También las hay menores, conforme como es la ensenada, pero ya muchas dellas por esta parte se han perdido por descuido de nuestras justicias y se rodean en partes más de dos leguas, y ver aquellas calzadas y caminos derechos perdidos, causa compasión. Lo que no ví en la Mar del Norte, ni he visto en esta del Sur, ví en esta laguna: fué una manga de agua, la cual vista me admiró mucho; no había visto otra. En la compañía caminábamos cuatro ó cinco de conformidad

venía un piloto que huyendo de la mar quiso ver á Potosí, pero volviéndose á su inclinación natural, no le había parecido bien la tierra y volviöse. Preguntéle qué era aquello, entonces me dijo: aquella se llama manga de agua y si cae en navío sin puente, sin remedio le anega y de noche son muy peligrosas porque no las vemos; de día huímos della como de la muerte. Cae de lo alto de las nubes hasta el agua. Al viso parecía tan gruesa como un mástil, y como vá descargando se vá adelgazando á la cual, delgada, el viento la pone como un arco hasta que totalmente la nube queda sin agua. Todo esto ví entonces, he dícholo para probar las tormentas que aquí se padecen, por lo cual y por que no hay puertos no se puede navegar con bergantines. Uno se hizo y se comenzó á navegar en él, pero con una tormenta se perdió, y nunca más se ha hecho otro ni intentado hacerle. Los indios en sus balsas también usan y se aprovechan de velas conforme á lo que la balsa sufre.

CAPÍTULO LXVIII.

DE LOS PUEBLOS QUE HAY EN LA PROVINCIA DE CHUCUITO

Tomó la denominación esta laguna acerca de los españoles, llamándola la laguna de Chucuito, la más rica del Collao, cuya cabeza es un pueblo así llamado y fundado casi á la playa desta laguna por la una parte, y por la otra sobre un cerro, no agrio de subir. Aquí reside el curaca principal y la justicia con título de gobernador. Los pueblos sujetos son á dos leguas, Acora, Arvilavi, Juli, Pomata y Zepita; son grandes y ricos de ganados de la tierra, y de los nuestros no hay faltas. Nuestra sagrada religión la tuvo á su cargo desde que se redujeron á la Corona Real de Castilla para la doctrinar, en que se ocupó muchos años el padre Fr. Melchor de los Reyes, de quien en breve dejamos hecha mención, el padre Fr. Agustín de Formicedo, que hoy muy viejo vive, el padre Fr. Domingo de Narváez, cuyo cuerpo dijimos estar enterrado en el convento de nuestro padre San Diego de los Reyes, que pasados 7 años se halló entero su cuerpo y el hábito sin lesión, y el padre Fr. Domingo de la Cruz, á quien un demonio

perseguía de día y de noche, con otros muchos grandes religiosos con cuyos trabajos, artes, vocabularios, cartapacios, y sermones, otros el día de hoy triunfan, como si ellos lo hubieran trabajado. Sucedió que en un pueblo llamado Copacavana, donde está la imagen deste mismo nombre, había un indio casado que á su mujer daba mala vida y aborrecía grandemente. Ella era buena cristiana y devota de aquella imagen de Nuestra Señora; el marido persuadido del demonio sacóla al campo para ahorcarla, echóle la soga á la garganta y quísola ahorcar. La india muy deveras se encomendó muy mucho á Nuestra Señora y teniéndola ya su marido para lanzarla de un árbol abajo, apareciósele Nuestra Señora. El indio deja la mujer y pone pies en polvorosa mirando para atrás lleno de temor, y la india quedó libre, hallándose en el suelo, la cual también vió á Nuestra Señora en su favor. Víno-se á la Iglesia, hincóse de rodillas delante del altar de Nuestra Señora dándole gracias; hácese averiguación del milagro cogiendo al marido que confesó luego por que aún estaba temerosísimo; llámase al corregidor de aquel partido, que lo era Don Gerónimo Marañón; convocáronse los clérigos comarcanos; hízose una solemne procesión con los indios del pueblo y otros que acudieron y algunos españoles. Luego se comenzaron á multiplicar milagros que pintaron en las paredes de la Iglesia. Los milagros han sido muchos y notables de los que escribiré dos aquí, que oí al bachiller Montero: el uno fué que habiendo falta de agua para las comidas, los indios determinaron hacer una procesión á instancia deste sacerdote, sacando la imagen de Nuestra Señora y para ésto la parcialidad que llaman hanansaya, que es la más principal, tratólo con la menos principal, que llaman urinsaya. Esta no quiso venir en ello; los hanansayas hacen su procesión, y fué Nuestro Señor servido, para confundir á estos indios de poca fé, que con tener las chácaras juntas lloviese en las de los hanansayas y no en las de los urinsayas. El otro fué: dos indios, marido y mujer trujeron, de más de 42 leguas, un hijo solo que tenían contrahecho á Nuestra Señora que se lo curase. En abriendo la puerta de la iglesia por la mañana tomaban su hijo que ya sabía hablar—tenía de 7 á 8 años—y ponían delante del altar de Nuestra Señora; de esta suerte le ponían por diez ó doce días. Sucedió que el niño un día comenzó á hablar con la ima-

gen de Nuestra Señora, y decirla: Señora, ya há muchos días que mis padres me ponen aquí adelante de vos para que me sanéis y no me sanáis, la comida ya se les ha acabado y es tan lejos de nuestra tierra; sanadme ya, Señora, si no volveremos á nuestra tierra. Dicho ésto se levantó el niño sano y salvo, como si no hubiera padecido lesión alguna, y salió á buscar á sus padres que estaban en el cementerio fuera de la iglesia, y con ésto se volvieron á su tierra; y las palabras del niño los demás que allí se hallaron las refirieron. A la fama de esta imagen y milagros concurrían de lejas tierras; hasta de 100 leguas venían. El contador Garnica, que era quebrado, ciñéndose la medida de Nuestra Señora sanó; los hechos es de más escribirlos porque piden un libro entero. Los padres agustinos tendrán cuidado dello. El indio que hizo esta imagen, aunque ha hecho otras, ninguna ha sacado como ella; ha sido llamado á muchas partes y las ha hecho, y estando en la ciudad de la Plata le llamó el Presidente de la Audiencia para cenocerle, el Licenciado Cepeda, y dióle silla diciendo quien hace imagen de Nuestra Señora que obra tanta multitud de milagros, merece se le dé silla delante de un Presidente.

CAPÍTULO LXIX.

DEL PUEBLO DE ZEPITA Y DESAGUADERO

De Copacavana volvemos al camino real sobre mano derecha, en demanda del último pueblo de la laguna de Chucuito, ocho leguas tiradas; es pueblo frío y destemplado, como los demás, y ninguno tanto como éste en toda esta provincia, del cual dista el Desaguadero desta laguna dos leguas y media. El Desaguadero tan ancho como un tiro de piedra, el agua parece como embalsada; oí decir que cayendo alguna cosa en el agua era imposible salir, y lancé un perro, el que luego salió á nado. Tiene este Desaguadero una puente la mejor, más fácil y segura del mundo, es llana y totora asentada sobre tres ó cuatro maromas de ichu muy estiradas; hacen los indios unas balsas fuertemente atadas desta totora, á manera de media luna, cuando muestra después de la conjunción, el combejo que es lomo asientan sobre las ma-

romas muy bien atado, y luego junto á ésta otra, y así las multiplican desde el principio al fin, de suerte que son segurísimas tales maromas, y aún yo he pasado muchas veces dicha puente llevando la cabalgadura del diestro. Hay aquí indios con pescado, los cuales tienen cuidado á su tiempo de renovarla, y son tan diestros en ello y en saber por la experiencia que tienen cuando conviene hacerlo, que no pierden punto, porque ya saben cuando han de renovar las maromas y las balsas. Deste desaguadero se hace otra laguna que llaman de Pariaó de Chalacollo, por otro nombre no tan grande ni con mucho como ésta; desagua contra la Mar del Sur, sumiéndose sin que responda á alguna parte por ventura por las entrañas de la tierra á dar al mar.

CAPÍTULO LXX.

DEL PUEBLO DE TIAGUANACO

Seis ó siete leguas delante del Desaguadero, llegamos al pueblo de Tiaguanaco, donde hay apartado un poco del camino real, unos edificios antiguos, de piedra recia de labrar que parecen labradas con escuadra, y entre ellas piedras grandísimas. Casi no pasa por aquel pueblo hombre curioso que no las vaya á ver. La primer vez que por allí pasé, con otros dos compañeros, las fuimos á ver, donde vimos unas figuras de hombres de sola una piedra tan grandes como gigantes, y junto á ellas de muchachos la cintura ceñida con un talabarte labrado en la misma, piedra, sin tiros, como van los que traen tahalíes. Ahora se aprovechan de aquellas piedras para el edificio de la iglesia deste pueblo. De aquí á Calamarca, otro pueblo de indios, hay dos jornadas largas, donde se junta el otro camino de Omasuyo, que por la otra parte de la laguna pasa, porque es necesario volver á tratar dél.

CAPÍTULO LXXI.

DEL CAMINO DE OMASUYO

Desde el pueblo de Ayaviri, que dijimos ser el primero del Collao, tomando sobre mano izquierda, comienza el camino y sigue la provincia llamada Omasuyo, que corre por la otra parte de la laguna de Chucuito. Esta provincia es muy poblada y por la otra parte son abundantes de ganados de la tierra, y participan de más maíz y trigo que los de la otra parte, por tener sobre mano izquierda la provincia de Larecaja abundante de lo uno y otro. Esta provincia es montuosa, llena de sabandijas ponzoñosas; ésta no la he visto dos veces que por ella he caminado, porque no he encontrado cosa digna de memoria, sino es el pueblo de Guarina, dos leguas delante del cual fué la batalla desgraciada entre el General Diego Centeno, que defendía la parte del Rey, y el tirano Gonzalo Pizarro, éste con cuatrocientos hombres y Centeno con mil y doscientos. Aquí fué desbaratado y la flor de los vecinos y capitanes muertos y presos y enterrados más de cuatrocientos hombres en un hoyo donde ahora está una hermita, harto mal parada, sin que los hijos de los que allí tienen sus padres la reparen, ni aún hayan gastado un real, y son algunos de éstos vivos y muy ricos, más de sus padres creo se acuerdan poco.

CAPÍTULO LXXII.

DE LA CIUDAD DE LA PAZ

De aquí, de Guarina á la ciudad de La Paz son dos jornadas, la cual se llamó así por ser poblada en medio de Potosí y el Cuzco, donde había los años pasados algunos alborotos, y porque aquí se había de salir á apaciguarlos se llama la ciudad de La Paz, en la cual por la mayor parte hay poca entre los vecinos de ella. Poblóse en valle hondo por lugar más abrigado, junto á un río pequeño de buena agua. No lleva

peces por la frialdad del temple, pero provéese de la laguna que la tiene á 8 leguas poco más. En este valle tienen los más de los vecinos sus heredades; el trigo é maíz les traen de la provincia de Larecaja y de otro valle más abajo nombrado Cochapampa; los vecinos de aquí, á lo menos los viejos, eran muy ricos, así de plata como de ganados, particularmente ovejuno, por los muchos y buenos pastos que hay en la comarca y cerca del pueblo, á cuya causa en el mismo pueblo conocí un obraje de paños, donde se hacían blancos y pardos, mejores que los que traen de Castilla; frezadas y otras cosas. Sustenta cuatro monasterios: San Francisco, San Agustín, la Merced y Teatinos, que en breve se han arrendado y muy bien; tienen su sitio en una cuadra de la plaza y en él tiendas no pocas para mercaderes y pulperos. Es pueblo de mucha contratación, á lo menos solíalo ser, y donde se remediaban soldados pobres hasta que se proveyeron corregidores de naturales.

CAPÍTULO LXXIII.

DEL PUEBLO DE CALAMARCA Y DEMÁS PROVINCIAS DEL COLLAO

De aquí al pueblo Calamarca, que quiere decir pueblo fundado en pedregal, y así es, ponen ocho leguas largas y llanas, á donde no una legua de él se junta con el camino real. Fundóse otro pueblo á corta distancia, que llaman los Quillacas, y éstos son del repartimiento de la ciudad de La Plata, provincia más seca, no tan fértil como la otra, pero de la calidad misma en otras cosas, y desde el Desaguadero hasta los Quillacas todo comúnmente se nombra Pacajes. En todas esas naciones hay pueblos de indios grandes y ricos de ganados, faltos de leña para cubrir las casas, y aún para el fuego, aunque les proveyó Nuestro Señor de una que llaman tola, que casi la hoja tira á nuestro romero, y quemada huele bien, no mucho. Hay en estas provincias grandes salinas, por lo cual ahora pocos años se descubrieron unas minas de plata, que por este respecto se llamaron de las Salinas; ya creo ha cesado por su pobreza.

CAPÍTULO LXXIV.

DEL TAMBO DE CARACOLLO Y CAMINO HASTA LA PLATA

De Calamarca al Tambo de Caracollo, asaz, frío y des-templado, se ponen cuatro jornadas, en medio de las cuales se fundó el pueblo llamado Sicasica. Tiene el nombre por una fuente de agua que le trujo, boníssima, y por un espinillo que no crece un palmo, salubérrimo, tomando su sahumero para catarros, toses y apretamiento de pecho y para otras enfermedades, bebida el agua de su cocimiento, tanto que de España se pide como cosa preciada. De aquí á Caracollo son 12 leguas; las 7 á una ventilla, en torno en la cual solía andar un mestizo, famoso ladrón de caballos y mulas. De Caracollo, tomando el camino por la mano siniestra, 15 leguas andadas, llegamos al valle de Tapacari y pueblo. Esta tierra es algo templada, aunque por estar al pie de la sierra es muy fría. Dáse maíz y trigo, duraznos y membrillos en lugares abrigados. Hay aquí un convento de los padres de San Agustín con título de priorato; los padres que en él residen son dos ó tres, los demás en otros pueblos. De Tapacari hay dos jornadas al gran valle de Cochabamba, que quiere decir tanto como valle cenagoso, porque todo está lleno de ciénegas, si no son á las faldas de los cerros, que por una parte son muy altos y nevados. En estas faldas se dá mucho maíz y trigo y aún algunas parras, frutas de las nuestras todas, y árboles. Es este valle el sustento de Potosí: de trigo, maíz, tocino, manteca y hará 34 años se pobló un pueblo de españoles, el que vá en mucho aumento, cuyos vecinos, algunos ricos de plata, pero de ganados nuestros casi todos. Aquí tenía su repartimiento el Licenciado Polo con una famosa cría de caballos; también se crían chinches pequeñas como las de España. Críanse en todos estos valles muchas víboras de las de cascabel, de que habemos tratado, y en los altos con otras pequeñas, como las de España, y otras que se abalanzan á picar. En las montañas y árboles se suben otras y de allí se arrojan á picar á los caminantes. Éstas dicen ser áspides; todas las picaduras destas víboras son irremediables si lue-

go no se les acude con el remedio que ya dijimos y enseñamos.

CAPÍTULO LXXV .

DE LOS VALLES Y PUEBLOS DESDE CLISA Á MIZQUE

De Cochabamba á Pocona ponen 15 leguas, en medio del cual cae el valle de Clisa, muy ancho, de más de 4 leguas y de largo más de 8. En este valle se coge mucho trigo con la calidad de muy bueno, y el maíz lo mismo. No tiene agua, que si la tuviera, era bastante él sólo á dar trigo y maíz á Potosí. El río que sale de Cochabamba divide estos dos valles, y no es provechoso para sacar acequias por correr casi al fin dél. Críanse allí osos muy grandes, que trastornan las mujeres, y ellas, viéndoles, ninguna resistencia hacen. Hay terribles tigres y ha sucedido llegar un tigre á la casa de muchos indios, y de en medio de ellos, si había alguno no bautizado, llevárselo en las uñas, sin hacer daño á los bautizados. Esto no es fábula. A ocho leguas de aquí entramos en el valle de Mizque y antes de llegar á él pasamos por dos vallecillos pequeños, pero de muchos cedros finísimos, donde de algunas chácaras de españoles y viñas se coge bonísimo vino. Mizque es valle ancho, con dos ríos, uno mayor que otro. El mayor lleva savalos grandes y buenos. Todos estos valles, con toda la provincia de los Charcas, tienen al cielo por contrario, por los grandes pedriscos que sobre ellos vienen y descargan. La causa natural es ser esta provincia llena de minerales y como los vapores que de ellos saca el Sol sean gruesos, fácilmente se convierten en pedriscos, y si alguno de ellos es combatido, es este valle de Mizque y á la viña que dá ó árbol frutal, en tres años no vuelve en sí. Tiene otra plaga, y es que se crían así en los indios como en los españoles, papos, que acá llamamos cotos, en las gargantas. Yo he visto hijos de españoles nacer con ellos. El remedio experimentado es atarse á la garganta una ó dos cabezas de víboras y con esto se disuelven. Conocí á un hombre llamado Simón Albertos, con uno muy grande, y sabiendo este remedio se echó

dos cabezas de víboras al cuello y le ví sano como si no hubiera tenido tal en su vida. Pues ¿no hay remedio para apocar las víboras? Si hay, y son los puercos. Estos las apocan; pero en el tiempo de las aguas se crían muchas por la constelación del cielo y por la humedad y fertilidad de la tierra. Es cosa de admiración ver pelear un puerco con una víbora: en viéndola eriza todas las cerdas el cerdo; la víbora, en viéndole, levanta la cabeza cuanto naturalmente puede y ésta se queda; el puerco rodéala hosando y guardando con la tierra el hocico, no le pique en él. Si le pica, como un gamo váse al agua y pone el hocico en ella hasta que se siente sano; vuelve con la misma velocidad á la batalla. La víbora se aparta de su lugar, el puerco vásele llegando hosando y cuando véla suya es prestíssimo, con la una mano pónela encima de la cabeza de la víbora y dando con ella en el suelo, le aprieta tan fuertemente con la tierra, que no la deja volver á picar y con la boca hácela dos pedazos y luego se la come. He dicho esto para..... del prudente lector.

CAPÍTULO LXXVI.

DE LA PROVINCIA DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA

Desde este valle Mizque toma el camino sobre mano izquierda para la provincia de Santa Cruz de la Sierra: esta provincia es abundante de maíz y en algunas partes dá trigo. El temple de la ciudad es bueno; dista deste valle más de 120 leguas, en partes de mal camino, falto de agua. Para ir á esta ciudad se pasa por unas montañas, donde viven indios chiriguanos que comen carne humana, y algunas veces suelen salir hasta bien cerca del valle Mizque, donde el daño que pueden y á los caminantes lo hacen, saliéndoles de trauco y si los cogen descuidados lo pasan mal los nuestros, como lo pasaron no ha muchos años, que saliendo de la ciudad de Santa Cruz la mujer del General nuestro, Fulano de Chávez, de quien luego trataremos; salieron al camino y la quitaron á los soldados que con ellos venían peleando, mas viendo los soldados lo sucedido se concertaron como hombres nobles y va-

lientes, morir ó recobrarla, y siguiendo á los enemigos los alcanzaron y sin riesgo de las mujeres quitaron la presa y se volvieron á su camino, sin que los indios se atreviesen más á pelear con ellos. Y tienen una especialidad los chiriguanas, que no comen carne de español, por que habiéndose comido á uno, á todos los que lo comieron les dieron cámaras de sangre y murieron; porque habiéndose extendido este suceso entre la nación, se abstienen de comer carne de españoles. Pasadas las montañas destos chiriguanas se siguen unas montañas, digo unos valles, llanos muy grandes; donde hay gran cantidad de miel y mucho ganado nuestro, vacuno. De aquí á Santa Cruz de la Sierra, todo ó lo más es despoblado y sin agua, sino son unos jagueyes que lo más del año están sin agua, que lo ocasiona el ser tierra llana. Este pueblo pobló el General Ñuflo de Chávez hermano del padre Maestro Fr. Diego de Chávez; doctíssimo y verdadero hijo de Santo Domingo, primer confesor del Príncipe nuestro señor Don Carlos y después del Rey nuestro señor Don Felipe II. El General Ñuflo de Chávez subiendo por el Río de Plata arriba, muchas leguas de la Asunción, pueblo principal de aquella gobernación, dió en este asiento, pobló y púsole el nombre susodicho, en medio de muchos chiriguanas, porque á una y otra parte del pueblo los hay. Cercó la ciudad de tres tapias; fortaleció las puertas,—en todos estos reinos no hay ciudad cercada; y no obstante vinieron á matar al susodicho General Chávez por confiado y no dar crédito á un soldado que le avisó de la celada que los chiriguanas le tenían armada un día que salió fuera; porque habiéndole muerto, atajaron el camino luego los chiriguanas para que ninguno de los que venían con el General pasase á dar cuenta á Don Diego, su cuñado, que era de los Mendozas: el cual luego que tuvo aviso (que no impidieron los chiriguanas) hecho en el real el sentimiento debido, marchó con su ejército luego y dando en los chiriguanas por una parte los pocos, por otra mató muchos, y á los que vinieron á las manos metieronlos en un buhío y pusieronles fuego: castigo merecido por la maldad cometida, por que el General era nobilíssimo y valentíssimo. Sucedió esta desgracia gobernando este reino el Licenciado Lope García de Castro. Su Magestad le había hecho merced de aquella gobernación, para sí, hijo y nieto. Dejó dos hijos

pequeños y tres hijas. El gobierno encomendóse á Don Diego de Mendoza hasta que su sobrino el mayor tuviese edad. Después quitóselo Don Francisco de Toledo siendo Visorrey destos reinos y proveyó en él á Juan Pérez de Zurita, más para pelear que gobernar. Después tornóse á proveer en el mismo Don Diego, el cual muerto (como diremos) quedó un poco de tiempo el gobierno en los alcaldes; después de lo cual no sé si por Su Magestad ó por qué virrey se proveyó á Don Lorenzo de Figueroa, un caballero muy noble y de muy buenas partes, y no menos christiano, el cual descubrió una provincia de gente política como esta del Perú, muy poblada, y que fácilmente se le dieron, y aún le convidaron con la paz porque los librase de los chiriguanas que los comían. Murió este caballero; ahora no sé quién la gobierna.

CAPÍTULO LXXVII.

PROSIGUE EL CAMINO DE MIZQUE Á LA CIUDAD DE LA PLATA

Volviendo al valle de Mizque y prosiguiendo el camino, á diez leguas andadas, llegamos al Río Grande que corre por un valle desaprovechadísimo, si no es para víboras, tigres y osos; caluroso y sombrío respecto de la mucha montaña de una parte y otra y los árboles infructíferos, silvestres, los más espinosos. Aquí no habitan sino las criaturas dichas y no pocos mosquitos. Al tiempo de las aguas el río muy grande no se puede vadear, y aún al de la seca es necesario saber bien el vado, por el riesgo de los que se ahogan y por ser camino muy pasajero. La ciudad de la Plata fué uno de los ricos pueblos del Perú y los vecinos della fueron de los más aventajados de todo este reino. Aquí fué vecino el General Lorenzo de Aldana, Don Pedro de Portugal, Gómez de Solís, el General Pablo de Meneses, Licenciado Polo y otros muchos capitanes y valerosos varones, de todos los cuales ya no hay memoria, sino es de cuál ó cuál. Fueron todos á una mano riquísimos por las minas que tomaron en Potosí, las cuales entonces acudían á muchos marcos por quintal. Su población es unas lomas llanas, no mucho, pero como las requiere la tierra donde llueve. Es cabeza de obispado, y muy ri-

co. Ahora cuatro años, cuando estuve en ella, estaban los diezmos solamente del distrito de la ciudad y algunos pueblos recién poblados de españoles, hacia las montañas, en 76 mil pesos ensayados, y el año pasado en 82 mil, sin los diezmos de la ciudad de La Paz y provincia de Chucuito. los cuales, todos juntos, pasan de 100 mil pesos. Tiene el señor obispo de su cuarta de la masa principal 25 mil pesos, sin lo que le viene de la cuarta funeral, que yo aseguro no le faltan mucho para 40 mil pesos, que no es mal bocado para un pobre clérigo ó fraile. Ahora 28 años no llegaba la renta del obispo á 70 mil pesos, siéndolo nuestro religioso el reverendísimo Fr. Domingo de Santo Tomás. Después vinieron clérigos á ser obispos, deseados por los clérigos del obispado, los cuales, cuando vino la nueva para tomar la posesión por el Rvmo. don Fernando de Santillán, haciendo grandes regocijos de noche á caballo, con hachas y repiques de campanas, decían:—capillas afuera, capillas afuera. Empero, sucedióles lo que á las ranas; entablaron estos señores obispos la cuarta episcopal y ahora lloran las capillas pasadas y reniegan de sus deseos. Es cosa de admiración ver lo presto que los prelados hinchen las cajas de plata. Sustenta seis monasterios, uno nuestro, otro de San Francisco, otro de San Agustín, otro de la Merced, otro de Theatinos y uno de monjas sujetas á los padres agustinos, pero ninguno hay acabado. El monasterio de San Francisco es el que tiene más edificado, la iglesia es cómoda, de una nave, cubierta toda á dos aguas. Reside aquí la Audiencia Real, necesarísima para los pleitos de Potosí y más para la quietud de la tierra, por maravilla alcanzan en esta ciudad. Empero, es toda esta provincia tan combatida (á la entrada de las aguas) de truenos, rayos y pedriscos que parece temblar los cielos. No sé si hay en el mundo provincia más combatida destas cosas; los rayos son muy frecuentes que hacen mucho daño, y si no fuera por dilatar tanto estas noticias dijera cosas raras del tiempo que viví en ella. Llueve poco en toda esta provincia; es grande y poco poblada de indios. Comienzan las aguas á mediados de Diciembre y por Abril han cesado; pocas veces el agua es general, son aguaceros con tanto ímpetu de vientos, truenos, rayos y relámpagos que es cosa temerosísima. Toda esta provincia de los indios Charcas es abundantísima de miel de abejas. No crían en colmenas como

en España, porque no se tiene cuidado de recogerlas; crían unas en la tierra, debajo della y por un agujero entran y salen á su labor; ésta suele ser agria. Otras crían en troncos y huecos de los árboles; ésta es mucho mejor. Otras hacen sus panales colgándolos de la rama de un árbol, sobre la cual los fraguan, y algunos como botijas peruleras; ésta es la mejor, más blanca y para muchas cosas buena. A cuatro leguas de la ciudad, al Oriente, entramos en el valle llamado Mojotoro, que quiere decir barrio nuevo, angosto, mas tiene algunas anconadas, todas de riego, en las acequias que del río sacan. Aquí hay muy buenas chácaras y huertas con todos los árboles frutales nuestros, y muy buenas viñas, á donde de Potosí vienen, que dista 22 leguas, á comprar con muy buenos reales desde las cebollas y ajos hasta la camueza y la pera. Todos estos valles son abundantes de las plagas arriba dichas de víboras y otros animales ponzoñosos, pero proveyó Dios de muchas yerbas medicinales y árboles más que en ninguna otra parte destos reinos. Llena esta tierra mechacán tan bueno como el que se trae de México; lo que en más abundancia se cría son molles; aprobadísimos para muchas enfermedades frías, y estos árboles son como grandes encinas. Los molles dándoles una cuchillada en la corteza y sin que se les dé, pero dada, destilan una goma blanca con un poquito de cárdeno, al gusto, poco mordaz. Usan de ella para purgar flema; yo ja he tomado. Pónenla en un paño limpio, mójanla en agua, exprímenla como cuando se hace una almendrada y cuanto hay una escudilla echánle un poco de azúcar y puesta al sereno, por la mañana se bebe sin más preparación. Hace su efecto admirablemente; llena unas uvillas coloradas que son como las majuelas de España, pero son todas redondas sin la coronilla que tienen las majuelas. De estas uvillas se hace miel y chicha muy dulce y calidísima. Con la corteza curten suelas, y muy buenas. Hay entre estos árboles macho y hembra: el macho es más coposo y más grato á la vista; la hembra crece más y las ramas más extendidas; la fruta del macho jamás madura, pero la de la hembra la llegá á sazonar. Pero de lo que es más abundante esta provincia es de toda suerte de minerales, á cuya causa son las tempestades tan recias y si Potosí faltase, no faltarían otros cerros llenos de plata.

CAPÍTULO LXXVIII.

DE OTRO CAMINO PARA LA CIUDAD DE LA PLATA

Volviendo á Caracollo, de donde proseguimos el camino para la ciudad de la Plata por los valles, y tomándolo por el más seguido, de aquí una jornada llegamos á la venta de las Sepulturas. Llámase así, porque se pobló en un llano donde hay cantidad dellas, y en todo el camino, particularmente desde Siquisica, sepulturas de indios, donde en su infidelidad se enterraban en estos lugares fríos; la causa debía ser porque no se corrompieran los cuerpos. Son altas, de más de estado y medio, todas en general angostas, como una vara, de cuatro paredes; unas puertezuelas, que todas miran al Oriente, junto al suelo. Aquí se enterraban los indios y sus mujeres y para los hijos hacían otras pequeñas junto á éstas, y no dan grima estos cuerpos como los nuestros; y en estas sepulturas no come la tierra los cuerpos, sino consúmese la carne y lo demás queda entero, ni se crían gusanos, porque la frialdad y sequedad del país no dá lugar á ello. Tomando, pues, el camino sobre mano izquierda, 9 leguas dista aquí el pueblo llamado Chayanta, poblado en una llanada bien fría; antes de llegar á él en medio del camino, un arroyo abajo de mala agua con muchos manantiales, con una fuente de buena agua de una peña viva. De aquí son...jornadas al pueblo llamado Macha, en dirtrito del cual hay una mina de plata que hasta ahora no se ha descubierto ni se espera descubrirá. Un religioso nuestro, á quien yo conocí en este reino, siendo seglar, ahora cuarenta años, acaso dió con ella, y conociendo el metal, echó alguno en unas alforjas; llevólo á Potosí, fundiólo; acudió mucha plata, luego conoció ser la mina que tanta fama tiene, empero no lo dijo sino á uno ó dos amigos para ir á ella y registrarla. Sucedióle en este tiempo, antes que la fuese á descubrir, hacer un viaje forzoso á Arequipa, donde se metió fraile nuestro y así se quedó, ya profeso, y viviendo en nuestro convento en Huánuco; y estando á la sazón allí mismo provincial el padre Fr. Francisco de San Miguel, á quien se lo oí decir muchas veces, llega-

ron dos hombres que venían de Potosí en busca del religioso para que les descubriese la mina y cerro. Encuentran con el provincial, dícnle por qué razón tomaron tanto trabajo, viaje largo, y que si el religioso les descubre cerro y mina se obligarán á hacer un convento entero en la ciudad que el provincial señalase. Al provincial no le pareció mal el partido; tratólo con el religioso, y con ser un hombre tosco y no de mucho entendimiento, respondió al provincial era verdad sabía el cerro y mina, pero que no convenía descubrirlo, porque los indios de Macha, en cuyo distrito estaba y suya era, la labraban para pagar sus tributos y para sus necesidades, la cual, si se descubría, la habían de quitar á los indios y quedarían privados de su hacienda. La respuesta del religioso pareció bien al provincial y respondió á los dos compañeros que no la descubriría aunque le hiciesen tres conventos, y así se quedó hasta hoy. Desde este pueblo son tres jornadas á la ciudad de la Plata, de muy mal camino, como lo es todo el desta provincia.

CAPÍTULO LXXIX.

DE LOS PUEBLOS DE ESPAÑOLES EN VALLES CERCA DE LOS CHIRIGUANAS

Saliendo de la ciudad de la Plata, entre el Oriente y el Sur, puso Dios muchos valles, muy buenos y fértiles, donde los indios nunca habitaron ni entraron. De pocos años á esta parte en dos valles destes se han fundado dos pueblos, recogién-dose los chacareros á ellos, uno en el valle llamado Tomina, y otro en el valle de la Lagunilla, fronteras de chiriguanas, con lo cual se les ha puesto freno para que no hagan el daño que solían hacer antes que se redujesen á pueblos, y aún ahora también las casas de las chacáras todas eran fuertes y de noche los amos y los indios dormían debajo de una puerta y llave, y algunas veces se velaban por miedo desta mala gente, que por la mayor parte sus asaltos son de noche; y porque se sepa qué gente es ésta, en breve diré sus calidades.

CAPÍTULO LXXX.

DE LOS CHIRIGUANAS Y SUS CALIDADES

Los indios chiriguanas viven muy cerca destes valles, en unas montañas calurosas y ásperas, por donde apenas pueden andar caballos. No son naturales sino que vinieron allí del Río de la Plata; la lengua es la misma sin diferencia alguna. Son bien dispuestos, fornidos, los pechos levantados, espaldados y bien hechos, morenazos. Pélanse las cejas y pestañas; los ojos tienen pequeños y vivos, no guardan un punto de ley natural; son viciosos, tocados del vicio nefando y no perdonan á sus hermanas. Es gente supervivíssima, todas las naciones dicen ser sus esclavos, comen carne humana sin ningún asco: andan desnudos, cuando mucho cuál ó cuál tiene una camisetilla hasta el ombligo. Son grandes flecheros, sus armas son arco y flecha; el arco tan grande como el mismo que lo tira y porque la cuerda no les lastime la mano izquierda, en la muñeca encajan un trocillo de madera y allí da la cuerda. Pelean muy á su salvo, porque si les parece que el enemigo les tiene ventaja no acometen; pocas veces con nosotros pelean en campo, si no es á más no poder. Contra estos más que bárbaros hombres entró don Francisco de Toledo, Visorrey del Perú; lo que le sucedió diremos cuando trataremos de lo que le sucedió gobernando estos reinos.

CAPÍTULO LXXXI.

DE EL CERRO DE POTOSÍ

Volviendo á nuestra provincia de los Charcas, es esta ancha y larga, empero poco poblada y muy áspera, de malos caminos; los indios son más bien dispuestos que los del Collao; más fornidos, los otros más llanos, y en sus vestidos más bien tratados. Son muy ricos de plata y ganados, aunque los del Collao les hacen ventaja en ganados. El Visorrey Don Francisco de Toledo, desde Potosí, envió con un yanacona

que le prometió descubrir una mina, un religioso nuestro; fué y halló una veta pobre, aunque trujo della una piedra pasada toda con clavos de oro; túvose por cosa que no se podía seguir y así se quedó. Es Potosí de la forma de un pan de azúcar; sólo á la parte del Poniente se le desgaja una cordillera de un cerro que no creo tiene una legua de largo y baja; por la parte del pueblo, tiene un cerrillo pegado, á quien llaman Guaina Potosí, como si dijésemos el grande, el viejo Potosí. Este cerro es conocidísimo entre mil que hubiera: parece que la naturaleza se esmeró en criarle como cosa de donde tanta riqueza había de salir. Es como el centro de todas las Indias, fin y paradero de los que á ellas venimos. Quien no ha visto á Potosí no ha visto á las Indias; es la riqueza del mundo, terror del turco, freno de los enemigos de la fee y del nombre de los españoles, asombro de los herejes, silencio de las bárbaras naciones; todos estos epitectos le convienen. Con la riqueza que ha salido de Potosí, Italia, Francia, Flandes y Alemania son ricas; y hasta el turco tiene en su thesoro barras de Potosí y se teme son deste cerro en cuyos reinos corre aquella moneda. Los enemigos del magno Philipo y de los bravos españoles y de su christiandad, en trayendo á la memoria que es señor de Potosí, no se atreven á moverse de sus casas; los herejes quedan como despulsados y cuando los potentados del mundo se quieren conjurar contra la magestad Católica no aciertan á hablar. Es el más bien hecho cerro que se ha visto en todas las Indias y si dijésemos en el mundo, no creo sería exageración; del pie hasta la cumbre y corona de él hay una legua larga; vése de más de veinte leguas. Por todas partes, Oriente y Poniente, Norte y Sur es abundante en vetas de plata, las ricas que se labran y siguen son las que miran al Oriente; todo este cerro era una montaña espesa de árboles que llaman quinuas, torcidos solo buenos para leña carbón, en lo cual puede competir con la encina. Su descubrimiento fué desta suerte; y si no me engaño lo descubrieron unos yanacunas de Fulano Zúñiga, hombre antiguo en este reino, y si no fué thesorero de la Hacienda Real. Cuando los españoles entraron en este reino, conquistado el Collao y esta provincia de los Charcas, no la tenían por rica más que de miel, por lo cual muchos rehusaron los repartimientos y encomiendas en esta provincia, diciendo que no

querían tributos de miel. Verdad es que se labraba el cerro de Porco, de donde se sacaba plata para el Inga antes de la venida de los nuestros; acobardábales el temple, en partes desabrido, y el cielo áspero con tantas tormentas y porque á pocas brazas daba en agua; con todo eso quedaron algunos de los conquistadores antiguos. Sucedió, pues, que yendo ó viniendo algunos indios yanaconas deste Fulano Zúñiga, y pasando por las faldas del Potosí (vá por aquí el camino real) salió un guanaco, á modo de cabra. Los indios échanle los perros; el guanaco huyendo, el cerro arriba, hizo fuerza con los pies en una veta en la superficie de la tierra, y derrumbó un poco de metal. Los yanaconas que le seguían, como quien conocía el metal, viéndolo, dejan de seguir el guanaco y comienzan entre ellos si es piedra de plata, ó madre de plata. Recojen más piedras, llévanlas á su amo, hacen el ensaye, y acudió á muchos marcos por quintal. A la voz vino Zúñiga y vinieron los demás y registraron minas en el cerro. Este fué el principio y origen del descubrimiento de Potosí, y es verdad que desde entonces dejaron de seguir las minas de Porco. La principal veta que se descubrió se llamó veta Rica. Luego la del estaño, porque la plata es sobre estaño, y estas son las que ahora principalmente se labran, de las cuales ha salido tanta cantidad de plata, como no hay en el mundo.

CAPÍTULO LXXXII.

DEL CERRO DE POTOSÍ

A la fama de tanta plata luego se comenzó á despoblar, aunque no del todo. el asiento de Porco y se pasó á Potosí, y poblaron los españoles desta otra parte un arroyo que pasa al pié del Guayna Potosí; los indios de la otra parte del arroyo, al pié del cerro. El asiento, así del pueblo de los españoles como de los indios, no es llano sino en una media ladera, como se requiere en tierra que llueve; el uno y otro asiento lleno de manantiales de agua que Nuestro Señor proveyó allí para el beneficio de los metales. Acudían á mucho más que ahora; no los fundían los españoles sino los indios. La causa no se sabe; el metal cernido y lavado echábanlo á bo-

ca de noche en unas hornasas que llaman guairas, agujereadas, del tamaño de una vara, redondas, y con el aire que entonces más vehemente, fundían su metal. De cuando en cuando lo limpiaban y el indio fundidor, para guarecerse, estábanse al reparo de una paredilla sobre que sentaba la guaira y derretido el metal limpio de la escoria sacaba su tejo de plata y veníase á su casa muy contento, y á este paso, de noche, todo el cerro era luminaria de guairas, fundiendo plata; y se hacían procesiones por viento como por falta de aguas, cuando se detienen. Cesaron totalmente las guairas desde que se empezó el beneficio del azogue, que fué en el segundo año del gobierno de don Francisco de Toledo.

CAPÍTULO LXXXIII.

LAS VUELTAS QUE HA DADO POTOSÍ

Ahora 30 años ya casi estaba para totalmente perder todo su crédito, si Nuestro Señor no proveyera de que se acertase á sacar plata con azogue. Es así que si en esta sazón llegara un hombre con 200 mil pesos, comprara todas las minas del cerro. Las costas muchas, los metales pobres y las minas muy hondas, no parecía se podía sustentar, empero luego el año adelante se descubre el beneficio del azogue y torna á revivir de tal manera, que en estos 30 años es casi innumerable la plata que de él ha salido. Goza Potosí (á lo menos gozaba) de las mejores mercaderías: paños, sedas, linos, vinos, y de las demás de todo lo descubier-to de las Indias. Porque como en España se cargase lo mejor para la Ciudad de los Reyes, de allí la flor se llevaba á Potosí. Ahora no es así, porque como sea tierra de acarreo y las mercaderías que sean buenas, que sean malas, se hayan de gastar, no se tiene tanta cuenta como los años pasados. Es pueblo muy abundante de mantenimientos, por que de Cochabamba, que dista dél 50 leguas, le llevan el trigo, harinas, tocino, manteca, y de la ciudad de la Plata todas las frutas nuestras y mucho trigo é maiz; y de la costa, de más de 100 leguas, el pescado casi salpreso, porque ahora cuatro años se obligaron tres ó cuatro de dar el pescado

salpreso en Potosí, con condición que otro que ellos no lo pudiese meter, señalándoles la villa el precio, y salieron con ello, y tenían en paradas caballos con que lo conducían. La plaza es muy proveída, donde casi todo el año se hallan uvas, las demás frutas, camuezas, manzanas, menbrillos, duraznos, melones, naranjas y limas, granadas á su tiempo, hasta en el mismo cerro hay sus plazas con todas estas cosas; y vinos y pan, hasta en la misma coronilla del cerro, que llevan los indios, donde lo venden, así á indios como á españoles.

CAPÍTULO LXXXIV.

DE LAS PARROQUIAS DE POTOSÍ

Si no me engaño, deben ser las parroquias de Potosí de 8 á 10, las cuales dividió don Francisco de Toledo, siendo Virrey, cada una con 500 indios tributarios para servicio del pueblo, mejor diré del cerro, que todos con hijos é mujeres llegan á 30 mil indios y ninguno hay si quiere trabajar, que no gane plata. Hasta los niños de 6 ó 7 años á mascar maíz para hacer levadura para chicha, la ganan. La iglesia mayor es buena, de adobe y teja, y de una nave, rica de ornamentos y de servicios de plata para el altar, y de esta suerte son las demás iglesias de los monasterios de todas órdenes, ricas de ornamentos y plata para el culto divino. Susténtanse en cada convento dominicos, franciscos, agustinos, teatinos de 8 á 10 religiosos, poco más ó menos. Tiene buenas carnes y buena agua si la traen de una fuente que llaman de Castilla. Aquí se hacía una contratación que llamaban de los asegurados de los metales, aprobada por el Audiencia y dos teólogos, uno agustino y otro teatino de la Compañía, tres cronistas y juristas, que era usura clara sino que no se había entendido bien; fué Nuestro Señor servido, que yendo yo á Chile, contra todo el torrente del pueblo y letrados, se declaró la verdad de ella, y finalmente, de 8 años á esta parte no se ha tratado más de ella. Esto se ha dicho para comprobar que es necesario tener los provincianos hombres doctos en este pueblo, por las muchas contratacio-

nes usurarias que en él se tratan y se inventan con muy poco temor á Nuestro Señor, y menos á sus conciencias, por las cuales debemos, conforme de nuestro estado, mirar y alumbrarlas.

CAPÍTULO LXXXV.

DE LAS COFRADÍAS

Las cofradías de Potosí son muchas y muy bien servidas, con mucha cera, y en los días festivos, ó de solemnidad de cada una, confiesan y comulgan los cofrades, con la mayor asistencia. Es pueblo donde se hacen muchas grandes limosnas. Cuando algún 24 muere (como ya dijimos se nombran) le han de acompañar todas las cofradías de que lo fuere con sus hachas y cirios. Suelen ser más de 100, que es cosa de ver porque aunque se llaman veinte y cuatro el número no es solo de veinte y cuatro, sino de cincuenta, y más. Finalmente, Potosí podremos decir es España, Italia, Francia, Flandes, Venecia, México y China, porque de todas estas partes le viene lo mejor de sus mercaderías; de las naciones extranjeras, hay muchos hombres, que si no los hubiera no perdiera nada el reino, y puedo decir que quien no ha visto á Potosí, no ha visto las Indias, por más que haya visto, como habemos dicho.

CAPÍTULO LXXXVI.

DE LA DESTEMPLANZA DE POTOSÍ

Con tener todo esto bueno, no deja de tener su alguacil y contrario como las demás ciudades y provincias, por que al tiempo de las aguas, y en particular á la entrada y salida del invierno, son muchas las tempestades de truenos, rayos, pedriscos y nieves. Oí decir allí á una señora discreta que cuando corrían los vientos, que acontecen muy continuos allí, y salía de su casa á oír misa en los días forzosos, á la vuelta traía un fieltro dentro en el pecho por el

polvo, lana y cabellos que le hacía tragar *toma allí* (que así se llama el viento) mal que le pesase; con todo esto, la cobdicia y diligencia para adquirir y sacar la plata, hace en estos días trabajar y pasear las calles á los hombres.

CAPÍTULO LXXXVII.

DE LA PROVINCIA DE CHICHAS

Deste pueblo de Potosí, declinando un poco hacia el Oriente, se entra en las provincias de los Chichas, á dos jornadas, los cuales son indios bien dispuestos, bélicosos: su tierra rica de oro y plata, sino que no la quieren descubrir. Llega esta provincia hasta el último pueblo dellos y de la jurisdicción del reino del Perú, llamado Talina, cincuenta leguas buenas de Potosí. El camino no malo, y los valles donde están los indios de moderado temple, á cuya mano derecha queda la provincia de los Lipés, donde hay unas piedras medicinales para el dolor de ijada, pues comenzando yo á padecer esta enfermedad, tomé dos piedras, que son de color de carne de membrillo, y después que las traigo cosidas en el jubón, cuatro años hace, no me ha repetido el mal como antes. No dejan fraguar piedra; deshácenla y deshecha se lanza por la orina, de que hay experiencia cierta.

CAPÍTULO LXXXVIII.

DEL VALLE DE TARIJA

Quince leguas á la mano izquierda de Talina, declinando más al Oriente, entramos en el gran valle de Tarija, ancho, espacioso, abundante de toda clase de comidas nuestras y de la tierra, y de ganados de los nuentros, donde se dá buen vino con las demás frutas españolas. Hállanse en este valle á la ribera y barrancas del río, sepulturas de gigantes, muchos huesos, cabezas y muelas, que si no se vé no se puede creer cuan grandes serán, por que como estos indios no tengan escrituras, la memoria de cosas raras y notables,

fácilmente se pierde. Certificóme este religioso nuestro, haber visto una cabeza en el cóncavo de la cual cabía una espada mayor que la marca, desde la guarnición á la punta, que por lo menos era mayor que una adarga, y siendo yo estudiante de Theología en nuestro convento de los Reyes, el Gobernador Castro envió al padre prior Fr. Antonio de Hervías que nos la leía, y después fué obispo de Cartagena, por que actualmente estaba leyendo, una muela de un gigante (que le habían enviado de la ciudad de Córdoba del reino de Tucumán, de la cual diremos en su lugar) y un artejo de un dedo, el de en medio de los tres que cada dedo tiene y acabada la lección nos pusimos á ver que tan grande sería la cabeza donde había de haber tantas muelas, tantos colmillos y dientes y la quijada cuan grande y la figuramos como una grande adarga y á proporción con el artejo figuramos la mano y parecía cosa increíble con ser demostración; oí decir más á este nuestro religioso, que las muelas y dientes estaban de tal manera duras que se sacaban de ellas lumbre como de pedernal.

CAPÍTULO LXXXIX.

DE OTROS PUEBLOS EN FRONTERA Y TIERRA DE LOS CHIRIGUANAS

Dos jornadas no largas deste valle de Tarija, sobre mano izquierda, hay un valle que llaman San Lucas, donde un hombre poderoso de hacienda llamado Gerónimo Alanis, manco de la mano derecha, tenía una gran hacienda de vacas y crías de mulas con gente bastante, pero como era muy cerca de las montañas Chiriguanas, porque no le hiciesen daño, pagábales tributo: cuchillos, tijeras, algunas hachas para cortar árboles y alguna chaquira; y para refrenar á estos enemigos comunes del género humano, se ha poblado aquí otro pueblo de españoles, al cual ahora cuatro años, llegando yo á la ciudad de la Plata, volvían más de 50 hombres que con un capitán habían salido á descercar el pueblo porque los chiriguanas le tenían cercado. Estos indios andan ahora más soberbios que antes, por que los bandea un perro

mestizo, nacido en el Río de la Plata. Yo le conocí, gran oficial herrero, llamado Fulano Capillas, ladino como el demonio y blanco que no parece mestizo, casado y con hijos en la ciudad de la Plata. No sé por qué ocasión se fué ó le envió la Audiencia, y ésto es lo más cierto, á tratar con ellos no sé qué medios de paz, y él decía no le enviasen porque no le habían de dejar salir los indios. Fué y quedóse con ellos. Este maldito les hace unos casquillos de acero para las flechas. Vive este mestizo entre los chiriguanas con las mujeres que quiere; anda casi desnudo y para no ser conocido cuando sale á hacer daño en los nuestros se embija como indio y dice al enviado á decir á la Audiencia que de buena gana dejaría aquella vida, porque es cristiano si le perdonasen, pero que teme si se reduce le han de castigar por los daños que ha hecho, pero como desta gente alguna sabe á la pega en ella se queda.

CAPÍTULO LXXX

DEL CERRO LLAMADO PORCO

Volviendo á nuestro Potosí digo, pues, que de aquí salimos para el puerto de Arica, 100 leguas tiradas. A las 7 ú 8 llegamos al cerro de Porco, de quien habemos tratado un poco, al pie del cual tienen su asiento los españoles que allí viven; y pobres respecto de los de Potosí. No he llegado á este asiento, pero he pasado media legua dél; y quien vive en Potosí puede decir vive en Porco, así por la poca distancia de camino como porque lo que pasa en Porco se sabe en Potosí luego y al contrario; es cerro más alto que el de Potosí, medido entre unos cerros y no tan bien hecho y el metal más fino. He visto alguno que certificaron á don Francisco de Toledo, Visorrey destos reinos, acudía á 80 marcos por quintal. Este metal es poco y luego se descubre tanta agua que es imposible desaguarla; dicen no son vetas seguidas de donde se saca la plata como en Potosí, sino pozos. Si estos dos contrarios no tuviera, ó la del agua que es la mayor, mucho más rico era que Potosí y el metal más suave de quebrar; y una de las excelencias que puso Nuestro Señor en Potosí, es no haber dado

en agua todo lo que puso al pie del cerro en una parte y otra del arroyo que divide á los indios de los españoles.

CAPÍTULO LXXXI.

DEL CAMINO DE PORCO Á ARICA

Media legua de Porco, sobre mano derecha, pasa el camino real de Potosí á Arica, que son 100 leguas muy frías y de algunos arenales, no muy pesados para caballos; empero, para carneros de la tierra, cuando van cargados, sonlo mucho, por lo cual las recuas de carneros que llevan el azogue á Potosí, desde Arica, á las 9 del día ya han de tener su jornada hecha, que son 3 leguas, saliendo para ello á las 3 de la mañana y aún antes, porque en toda la sierra, con ser en partes inhabitable por el mucho frío, son los calores del sol muy crecidos, tanto y más abrasan que en los llanos. Habiendo tratado con la brevedad que prometimos de las ciudades, caminos y otras cosas particulares tocantes á los españoles, ya es tiempo tratemos de las condiciones de estos indios. Lo primero que tienen y es el fundamento de las buenas ó malas costumbres morales, es un ánimo el más vil y bajo que se ha visto ni hallado en nación ninguna; parece realmente son de su naturaleza para servir á los negros. Es gente cobarde, si la hay en el mundo, de donde les viene lo que á todos los cobardes: son cruelísimos cuando ven la suya. Cuando tienen necesidad de nosotros en cualquiera que se vean de enfermedad, hambre ú otras, con grandes humildades y sumisiones piden nuestro favor; pero si estamos en ella y con palabras mansas y amorosas les pedimos nos socorran, hacen burla de nosotros, mofando y escarneciendo y aunque sea su amo que le haya criado, por lo cual sólo por amor de Dios les hacemos bien. La nación más sin honra que se ha visto y más mentirosa que se puede imaginar, de que les viene no temer levantar falsos testimonios; lo que me admira es que conociendo los que vivimos en estas partes destas gentes lo mismo que acabo de decir, díganos mal de éste ó aquél les creemos, y esta falta es nuestra, como también la hay en los gobernadores. No es afrenta entre ellos, uno á otro:—mientes. No tie-

nen veneración á sus padres, abuelos, ni demás parientes, ni á sus mayores, contra quienes sucede todos los días volverse á palos, puñadas y bofetadas, por cuyos excesos yo he castigado á algunos. No tienen vergüenza de hacer á sus mujeres alcahuetas, las cuales, como son pusilánimes, temiendo el castigo, se las traen, y todos duermen juntos, porque las casas de los indios no tienen apartamiento alguno. Su asiento destos es perpetuamente en el suelo. Solo los curacas de los lugares usan una como banquetilla de zapatero. No guardan los padres á las hijas, ni les buscan maridos ni partido para casarse, ellas se lo buscan y componen como pueden ó les parece. Son dados mucho al vicio sodomítico y las mujeres en estando preñadas lo usan fácilmente, por lo cual á los indios yungas los ha castigado Ntro. Señor, que ya no hay casi en los valles sino muy pocos, como habemos dicho. Son levísimos de corazón, inconstantísimos, cualquier cosita los admira; los mayores pleitistas del mundo, por lo cual de la sierra descenden á los Reyes, donde mueren ó enferman. En lo que toca á la doctrina, cómo aprovechan en ella, no quiero tratar, porque no se puede decir sino palabras muy sentidas, y estas me faltan.

CAPÍTULO LXXXII.

CÓMO LOS GOBERNABA EL INGA

Conocida, pues, la calidad de los indios por el inga y su ánimo peor que servil, los gobernaba con leyes rigurosísimas, porque las penas eran muerte, no sólo al delincuente, mas á toda su parentela. El que hurtaba, por leve que fuese el hurto, pena de muerte, por lo que nunca faltaba nada de unos á otros; mentir no se usaba, ni por imaginación; verdad se había de decir burlando ó de veras; agravio no se hacía á nadie, so pena de la vida. Acuérdome haber oído decir á algunos antiguos que cuando Atabalipa, el último señor destos reinos. se vió preso en poder del Marqués don Francisco Pizarro, le dijo:—el mejor reino tienes del mundo; pero cada tercer año, si te han de servir bien estos indios, has de matar la tercera parte dellos. El consejo no le alabamos

porque es cruelísimo, el cual ni se aceptó ni se ha de aceptar, sino comprobamos el ánimo servil destes sino es por miedo; de otra suerte no se aplican á cosa de virtud. Después que los españoles entraron en el reino, mandó el Gobernador Vaca de Castro, que vino á pacificar la rebelión de don Diego de Almagro, y á gobernarlo, que los caminos, tambos, puentes y recaudo para ellos estuviesen á cargo de los mismos indios, como antes estaban; y esto lo conocí y alcancé por muchos años. Después, el marqués de Cañete, de buena memoria, mandó que el trabajo y comida que diesen los indios se les pagase por arancel que los corregidores de las ciudades pusiesen; y así se hacía infaliblemente y los indios vendían sus gallinas, pollos, carneros, perdices y leña, y todo se les pagaba. Ahora los corregidores de los partidos venden todas estas cosas y el vino y lo demás, pan y maíz, y se aprovechan para sus grangerías de buena parte de los indios que están repartidos para el servicio de los tambos y ventas, y cuando los indios tenían á su cargo los tambos les era no poco provecho y ayuda para pagar sus tributos. Después que los corregidores de los partidos se ocupan en sus grangerías con no poco daño, de que soy testigo de vista y he predicado contra ello delante de virreyes y audiencias, y en particular les he avisado de sus costumbres, no por eso se remedia mucho y los indios del servicio del tambo son más trabajados.

CAPÍTULO LXXXIII.

CÓMO SE HAN DE GOBERNAR EN ALGUNAS COSAS

Teniendo, pues, consideración á la calidad desta gente, parece en ley de buena razón que no deben ser gobernados en muchas cosas como los españoles y particular en los pleitos, en los cuales, por ser tan amigos dellos, gastan sus pobres haciendas y pierden las vidas si no fuesen de tal calidad que requieren sus plazos y traslados y lo demás que el derecho permite y justísimamente tiene establecido, porque los más de los pleitos son de una chacarilla que no es de media hanega de sembradura y destas cosas de poco momento, por lo cual

si el corregidor aunque las aplique al que tiene justicia, el otro fácilmente apela para la Audiencia, principalmente los sujetos á la de los Reyes, donde van con sus apelaciones y lo primero que hacen es atestarse de vino, y lo más es nuevo. Andan por el sol; son desarreglados; mueren como chinchas, y si no vayan á las matrículas de los hospitales de los indios y verán si tratamos verdad, con no correr allí riesgo de la salud, por el temple como el de sus tierras. Conocí un regidor que se malquistó grandemente con los secretarios y procuradores (y á fe que le costó no poca inquietud) porque pretendió con los demás sus compañeros que los pleitos de los indios se averiguasen á su modo y como era quitar los derechos á los secretarios, levantáronse contra él y no salió con su intención. Un curaca halló á su mujer en adulterio y mató al adúltero y á su mujer, y le condenaron á muerte y le justificaron, porque aunque sea curaca no tienen tanta honra como los españoles á quienes en semejante caso no justiciarían sino que le darían por libre, como vemos. En lo que era menester poner remedio es en las borracheras que éstas van acabando con los indios y poco á poco no ha de quedar ninguno. El daño es evidente, porque si donde habían 30,000 indios tributarios no hay 600 en tan breve tiempo, por qué no se había de poner remedio y ley rigurosa contra este vicio? No hay duda que en Flandes, Alemania y aún en España se emborrachen; pero no se mueren á manadas como éstos. Si en Flandes y Alemania por las borracheras se despoblaran porque los borrachos se morían, el señor de aquellos reinos ¿no estaba obligado, so graves penas, prohibir y castigar las borracheras? No hay duda, pues, por qué acá no se había de hacer lo mismo ¿porque un reino sin vasallos, qué vale? Aquel rey ó reino es más temido cuanto más poderoso es en vasallos, y la riqueza destes reinos consiste en que los naturales se conserven y aumenten. De los demás vicios no quiero tratar, porque no es de mi intento, baste decir las calidades desta servil gente, para que conforme á ellas se les den las leyes que les conviene.

CAPÍTULO LXXXIV.

EL AZOGUE CONSUME MUCHOS INDIOS

El asiento de las minas de azogue de Huancavilca ha consumido y consume muchos indios tributarios; si no se me cree, véanse los repartimientos más cercanos y pregúntese á este valle de Jauja. La causa es labrar las minas por socavón, porque como no tenga respiradero el humo del metal, al que lo quiebra lo azoga, sentándoseles en el pecho, y como no curan al pobre azogado, cáusale muchos dolores y muerte. Cuando se labraban (que fué al principio sin socavón) ningún indio enfermaba, iban y venían los indios contentos; ahora como mueren tantos, dificultosamente quieren ir allá. Avisamos á los que lo puedan remediar, empero no se nos responde, y de esto no más, porque tratándose de Guancavilca, no sé si decimos más de lo que se quería oír. Lo que he tratado de las calidades y condiciones de los indios es verdad, y es lo común; si alguno se hallare sin ellas será cisne negro, por lo cual lo que dejamos escrito no puede parecer calumnia.

CAPÍTULO LXXXV.

CÓMO SERÍAN LOS HIJOS DE ESPAÑOLES QUE NACEN
EN ESTE REINO

Habiendo dicho la razón por qué los naturales se consumen, estamos obligados á decir que si los hijos de los nuestros se multiplican, cómo serían; críanlos sus padres muy mal ó con demasiado regalo, y no ha nacido el muchacho cuando le tienen hechos los grecuescos, monteras, y lo llevan á la Iglesia cuando le van á bautizar en fuentes de plata grandes: un abuso jamás oído, digno de ser prohibido. Nacido el muchacho, lo entregan á una india ó negra borracha que le críe, sucia, mentirosa, con las demás buenas inclinaciones que hemos dicho, y criándose grandecicos con indiezuelos, ¿cual sal-

drá este muchacho? Sacará las inclinaciones que mamó en la leche, y hará lo que hace aquél con quien pase, como cada día lo experimentamos; el que mamó leche mentirosa, saldrá mentiroso, y si ladrona, ladrón; y de Cayo Calígula leemos haber salido cruelísimo por que su ama cuando le criaba untaba los pezones de la teta con sangre humana. Tito, hijo de Vespasiano se crió enfermo porque su ama era enferma. Acuérdome que en los sermones que el ilustrísimo Fr. Gerónimo de Loayza predicaba en los Reyes cotidianamente reprendía á los vecinos de Lima la mala crianza de sus hijos, el regalo con que los criaban, y amas que les daban los vestidos é compañías? para que buscan á los hijos de los príncipes y reyes, los medios á más de buenas costumbres y buena leche? Luego, algo vá en esto, y por que no quiero cansar al prudente lector, le ruego lea el segundo libro del Theatro del Mundo, donde verá los inconvenientes irremediables que de las malas costumbre de las amas han sucedido y ganado los niños, y cuánta ventaja en este particular hacen los animales á los hombres, porque no consienten otros que les críen sus hijos, pues aunque me den con una viga en los ojos de las que dicen que hay en Roma. Si los que gobiernan este nuevo mundo mandasen y con mucho rigor y pena y la ejecutasen en los maridos, que á ningún mero español criase negra ni india, otras costumbres experimentaríamos; y de ésto no más, no se conjure todo el reino contra nós. De las costumbres de los maridos españoles é indios (que llamamos mestizos) ó por otro nombre montañeses, no hay que gastar tiempo en ello.

(Se continuará).